

COLOMBIA MENOS VULNERABLE

La gestión del riesgo de desastres en nuestra historia

TOMO I



COLOMBIA MENOS VULNERABLE

La gestión del riesgo de desastres en nuestra historia

Juan Manuel Santos Calderón

Presidente de la República de Colombia

Alfonso Prada Gil

Secretario General Presidencia de la República de Colombia

Carlos Iván Márquez Pérez

Director Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres - UNGRD

Primera edición inédita: Bogotá, Colombia, septiembre de 2016.

Edición revisada y ampliada: Bogotá, Colombia, febrero de 2018.

ISBN 978-958-56017-7-2

Editor:

Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres - UNGRD

www.gestiondelriesgo.gov.co

Textos, investigación y producción:

©Rayuela Estrategia Narrativa S.A.S.

correo@rayuelanarrativa.com

Fotos: EFE, Agence France-Presse (AFP), Presidencia de la República de Colombia, UNGRD,

Rayuela Estrategia Narrativa, archivos particulares, entre otros.

Impresión: Printer y Casa Editorial El Tiempo

Algunas imágenes tienen contenido sensible. Se recomienda discreción.

Publicación institucional, distribución gratuita.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sea a través de cualquier dispositivo o medio: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de autores y editores.

*Dedicado a las víctimas de
los desastres en Colombia:
perdieron la vida; dejaron
una lección para siempre.*

UNA COLOMBIA MEJOR PREPARADA FRENTE AL CAMBIO CLIMÁTICO

Juan Manuel Santos

Presidente de la República de Colombia

Cuando asumí la Presidencia de la República, me encontré con uno de los desastres más impactantes en la historia de nuestra nación: las inundaciones ocasionadas por el fenómeno de La Niña, que azotó al país entre los años 2010 y 2011, y que dejó millones de damnificados.

Hoy, varios años después de aquella experiencia amarga, avanzamos en la atención de otro hecho imborrable en la memoria: la tragedia ocurrida en Mocoa por el desbordamiento de tres ríos, el primero de abril de 2017.

Dos hechos separados en el tiempo que nos confirman, como lo he dicho en decenas de foros y en todos los espacios posibles, que el cambio climático llegó para quedarse y es uno de los problemas más graves que enfrentamos como sociedad y como humanidad.

Al día siguiente de mi posesión, en agosto de 2010, visité una de las zonas con mayor afectación por La Niña: la región de La Mojana, donde pude constatar que el impacto y la destrucción causados por las lluvias eran de proporciones catastróficas.

Meses después me encontré con otro de los efectos de esas lluvias incessantes: la ruptura del canal del Dique, una construcción histórica y estratégica en el Caribe colombiano, esencial para el aprovechamiento de nuestro río Magdalena.

Frente a estos sucesos de tan terribles consecuencias, como Gobierno decidimos examinar qué le faltaba al país en materia de prevención de desastres.

Notamos, entonces, la necesidad de modernizar los mecanismos de manejo de los desastres y —sobre todo— de comprender el cambio climático y sus efectos; entender la hidrometeorología, la variabilidad climática, y conocer a fondo los impactos que la naturaleza puede generar, para así identificar y reducir los riesgos.

En el año 2011 tuve la oportunidad de hablar con el ex vicepresidente de Estados Unidos Al Gore, un líder mundial en el tema de cambio climático, con quien profundicé y amplié la perspectiva sobre el tema.

Colombia hace parte de los cinco países más vulnerables del mundo por el impacto del cambio climático, de manera que debíamos asumir un gran reto: establecer una política pública en gestión del riesgo de desastres que permitiera reducir los efectos que plantea esta realidad, además de generar las herramientas necesarias para atender la emergencia que vivía el país en ese momento.

Colombia Humanitaria nació como una estrategia para responder a las inundaciones causadas por La Niña que afectaron a casi todo el país, con consecuencias dolorosas: más de 1.300 colombianos muertos, unos 1.000 desaparecidos y más de 3 millones de damnificados. A esto se sumó una afectación importante a la infraestructura, la agricultura, el comercio, la educación y el medio ambiente.

Ese fue el panorama desolador que enfrentó y atendió Colombia Humanitaria. Por fortuna, como en tantas ocasiones lo hemos comprobado, los colombianos nos engrandecemos en las adversidades y sacamos lo mejor de nosotros para ayudar a nuestros compatriotas.

Así mismo, dimos vida al Fondo Adaptación, una entidad dedicada a atender la reconstrucción, recuperación y reactivación económica y social de las zonas afectadas por el fenómeno de La Niña.

El trabajo que se adelanta desde este Fondo ha sido esencial pues lidera obras de gran importancia regional y nacional como la recuperación del canal del Dique, la región de La Mojana, el jarillón de Cali, la reconstrucción del pueblo de Gramalote y otros proyectos en todo el país.

Posteriormente, manteniendo presente la urgencia de fortalecer la prevención y reacción frente a calamidades naturales, creamos la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres.

La nueva entidad fue definida bajo tres pilares: el conocimiento del riesgo, la reducción del riesgo y el manejo de los desastres. Pero quizá lo más importante fue que, a partir de la creación de la Unidad, radicamos un proyecto de ley que recogiera esa nueva visión y que fuera coherente con los lineamientos de la entidad recién creada.

Fue así como logramos que el Congreso de la República aprobara la ley 1523 de 2012, conocida como la Política Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres, con la que Colombia se puso a la vanguardia mundial por sus avances jurídicos en gestión del riesgo.

Este fue un paso muy importante y —sin lugar a dudas— una valiosa herencia para las próximas generaciones, ya que con esta ley se protege la vida de los colombianos y hacemos menos vulnerable a nuestro país frente al cambio climático.

Ahora Colombia cuenta con procesos específicos, esquemas y protocolos actualizados —acordes con los estándares internacionales— que nos permiten tener una reacción inmediata y oportuna.

Y hemos tenido la oportunidad de probarlo en varias ocasiones. Por ejemplo, frente a la avenida torrencial que golpeó al municipio de Salgar, en el departamento de Antioquia, atendimos de manera oportuna a la población, y en dos años terminamos la reconstrucción de la región y el plan de atención que creamos para los habitantes.

También fue oportuna la respuesta tras el sismo que afectó a los departamentos de Santander y Norte de Santander, donde la recuperación consistió en construir 600 viviendas —gran parte de ellas en zonas rurales apartadas— implementando una atención integral de gran relevancia.

Y qué decir de la avenida torrencial que azotó recientemente a Mocoa, en el departamento del Putumayo, que convocó la solidaridad de todos los colombianos. Por desgracia, perdimos más de 300 compatriotas en la tragedia, pero estamos acompañando a los mocoanos para que queden mejor de lo que estaban antes de este doloroso episodio.

En apenas 18 días adelantamos la Etapa de Respuesta. Tardamos 11 días en restablecer el servicio de energía eléctrica en todo el departamento, en las primeras semanas inició la reconstrucción de las casas y, un mes después, ya estábamos firmando un contrato de 28.000 millones de pesos para construirles un acueducto que reemplazará el que quedó destruido y que tendrá el doble de capacidad.

Algo similar —en oportunidad y eficiencia— vimos en la atención prestada a una tragedia subsiguiente en Manizales, también en el mes de abril.

Y no solo hemos atendido desastres a nivel nacional. Con orgullo podemos contar que hemos apoyado la respuesta en varios países de la región que nos han necesitado. A Ecuador, ante un devastador terremoto, y a Chile, en dos oportunidades: por inundaciones en el desierto de Atacama y por incendios forestales en varias zonas del territorio.

Además, fuimos a Haití para apoyar la atención de la emergencia causada por el huracán Matthew y ayudamos a la hermana República del Perú a hacer frente a los efectos del fenómeno de El Niño costero.

Con gran satisfacción podemos decir que nuestra Política en Gestión del Riesgo es ejemplar y un modelo para otros países. Tanto así que la Unidad asumió la Presidencia Regional de las Américas del Grupo Asesor Internacional en Búsqueda y Rescate Urbano —INSARAG—, de las Naciones Unidas.

Y esto, a su vez, nos planteó otro desafío: conseguir la certificación de equipos nacionales con altos estándares internacionales. En el año 2018 nuestro país tendrá el primer grupo mediano de búsqueda y rescate certificado a nivel internacional de INSARAG, que le servirá al país y al mundo entero.

Este es, sin asomo de duda, el momento más esperanzador de nuestra historia y la mayor apuesta por un futuro más digno y en paz para los colombianos de todas las regiones. Nuestra hoja de ruta hasta 2025 está trazada en el *Plan Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres*, como evidencia de que este Gobierno no solo piensa en el presente.

De otro lado, es importante reconocer que los logros alcanzados con esta Política han sido posibles gracias al trabajo abnegado y profesional de su director y sus funcionarios, en colaboración con la fuerza pública y los organismos de socorro y atención humanitaria, así como con la Procuraduría, la Fiscalía, la Defensoría del Pueblo, el sector privado y la sociedad civil en general.

Este libro, que entregamos a los colombianos, dará cuenta del camino que hemos recorrido y de la multiplicidad de procesos que hemos implementado para blindar a nuestro país frente a los desafíos que nos plantea el cambio climático.

En él encontrarán el testimonio de expertos en la materia y, lo que es más importante, la vivencia de los damnificados, quienes nos dejan la mayor enseñanza: lo que ocurrió, no se puede repetir.



TOMO I

INTRODUCCIÓN

19

01.

Y UNA NOCHE MOCOA SE DESVANECIÓ

37

02.

MOMENTO DE REVISAR EL CÓMO

75

03.

EL CAMINO DE APRENDIZAJE

Siglo XX: tragedias imborrables

115

137

04.

JUEVES SANTO Y TERRIBLE EN POPAYÁN

«Nadie estaba preparado»

«Los instrumentos de medición eran muy primitivos»

«Las cúpulas de las iglesias ya no estaban»

149

172

178

180

05.

EL DÍA QUE ARMERO DESAPARECIÓ

«Omayra nos grita que no se puede repetir»

«Sí existían indicios suficientes»

«Se improvisó mucho»

187

226

230

234

TOMO II

06.

UN SISTEMA

«Un gran cambio»

07.

MURINDÓ: TERREMOTO DOBLE

08.

**TIERRADENTRO: EL DÍA QUE
CAYERON LAS MONTAÑAS**

«Un proceso muy complicado»

09.

UNA CAPITAL EN RUINAS

«La solidaridad quedó fortalecida»

10.

ESTÁ LLOVIENDO SOBRE MOJADO

«Un Sistema en medio de la emergencia»

La Niña desde el aire

TOMO III

11.

LA NUEVA MIRADA

12.

SPACE: EVACUACIÓN QUE SALVÓ VIDAS

13.

SALGAR: LA FURIA DE UNA TORMENTA

14.

SANTANDERES: EL RETO DE LA RECONSTRUCCIÓN

15.

FRONTERA: Y UN DÍA TUVIERON QUE PARTIR

TOMO IV 16.

UN NIÑO CON LECCIONES

17.

MOCOA AVANZA

18.

MANIZALES, DESPUÉS DE LA TORMENTA

«Hay un contexto claro»

Siglo XX: lecciones de la naturaleza

19.

**ORDENAMIENTO TERRITORIAL:
DEBATE DEL FUTURO**

20.

LAS CARTAS DE NAVEGACIÓN

BIBLIOGRAFÍA



UNGRD

MINISTERIO DE ENERGÍA Y MINAS

TODO POR UN NUEVO

REPÚBLICA DE COLOMBIA



INTRODUCCIÓN

En Siapana, La Guajira, el presidente de la República, Juan Manuel Santos Calderón; y el director de la UNGRD, Carlos Iván Márquez Pérez, pusieron en servicio un pozo profundo con capacidad para producir 3.4 millones de litros de agua al día.

Presidencia de la República de Colombia • Juan Pablo Bello



Las calles de Mocoa, Putumayo, tras la avenida torrencial de la noche del 31 de marzo de 2017. Las lecciones que dejó la atención en la fase de respuesta resultarían definitivas para medir la capacidad del nuevo Sistema.

AFP • Luis Robayo

Es lo mismo que la historia que jamás termina. La gestión del riesgo. Un libro sobre la gestión del riesgo. Porque mientras usted lee estas líneas, algún río cambia por cuenta de las lluvias; una quebrada fue interrumpida en su curso; los científicos revisan nuevamente las escalas, el año más caliente desde que se lleva registro; la temperatura del mar puede subir o bajar para alterar las lluvias; y alguien puso la primera piedra, el primer ladrillo de su casa, cerca del río que pasa por su pueblo.

Y entonces el proceso que jamás termina. Las sirenas que suenan en Corinto, Cauca, aquel 8 de noviembre a las 5 de la tarde. La alerta temprana fue activada porque los sensores y vigías en la montaña detectaron que se formaba una avenida torrencial en el cauce del río La Paila: cerca de 3.000 personas se pusieron a salvo. Cuando el agua bajó y dañó casas, comercios y colegios, cinco vidas se perdieron.

Semanas atrás, el terremoto que sacudió a Ciudad de México, en una historia llena de coincidencias y lecciones: ocurrió exactamente el mismo día, 19 de septiembre, pero 32 años después de otro terremoto, el de 1985, y horas después de un simulacro nacional por sismo.

Y semanas antes, las calles de Houston, Estados Unidos, que son un lago por el agua arrastrada por el huracán «Harvey»: medio centenar de personas muertas, muchos de ellos atrapados en su casa. El Estado de Texas aún no se recuperaba cuando otro huracán, «María», golpeó de manera catastrófica a Puerto Rico: medio centenar de víctimas más y un corte energético de cerca de dos meses en el territorio.

Al otro lado del mundo, un tifón que golpea algún país de Asia. Los titulares con el conteo luctuoso una y otra vez. Cadena de meses, fechas, conexiones. Un fuerte sismo en Irán, muy cerca de la frontera con Irak: medio millar de muertos entre las estructuras colapsadas por la magnitud 7,3. Ocurrió exactamente el día en que Colombia conmemoraba 32 años de la tragedia de Armero, Tolima: el 13 de noviembre.

El proceso que jamás termina. La fuerte lluvia en Mocoa, Putumayo, la cadena de deslizamientos, el material que se acumula y el agua que

es bomba de tiempo y al fin explota a las 11:24 de la noche: más de 300 vidas bajo las rocas y los escombros arrastrados por los ríos Sangoyaco y Mulato, y por la quebrada Taruca.

En apenas unas líneas, algunos de los eventos más graves de 2017... Solo en ese conteo, más de 2.000 vidas perdidas tras procesos naturales, algunos de ellos condicionados —y casi siempre exacerbados— por las decisiones del hombre. Nunca antes en la historia de la humanidad fue tan urgente entender la naturaleza, contener el cambio climático. Un proceso que hace años dejó de ser un vaticinio y ahora es una realidad de cada día que se narra en vidas perdidas.

Un buen inicio es revisar la historia, conocer fechas y antecedentes. Construir memoria. Y hacerlo para desentrañar enseñanzas, para entender por qué. Los que estudian los riesgos y desastres, el clima, los fenómenos telúricos, la naturaleza o el cambio climático saben que la única manera de llegar a conclusiones y consolidar teorías es a través de un estudio juicioso del pasado. Meses o años después del desastre; décadas o siglos atrás.

Así se ha hecho decenas de veces, desde la institucionalidad o la academia. Y de esas empresas quedaron ejemplos en una bibliografía que resulta amplia y compleja. Pero —por primera vez— se proponen miradas paralelas, en un libro que se mueve entre la historia, el testimonio, el relato periodístico y el análisis especializado.

Ese es, precisamente, el libro que ahora el lector tiene en sus manos.

El escritor y periodista estadounidense Ernest Hemingway solía decir que los libros son apenas la punta del *iceberg*¹. El que ahora nos ocupa es —apenas— lo visible de un entramado profundo: la compleja historia de la gestión del riesgo en Colombia, una línea de estudio que se remonta en los tiempos.

El primer antecedente del concepto de vulnerabilidad en la historia de la humanidad se les atribuye a dos pensadores: al escritor François-Marie Arouet —quien fue más conocido como Voltaire— y a Jean-Jacques Rousseau, tras el terremoto de Lisboa, el 1 de noviembre de 1755.

1. Entrevista de George Plimpton con Ernest Hemingway, *The Art of Fiction* No. 21, en *The Paris Review*, consultado en octubre de 2017. <https://www.theparisreview.org/interviews/4825/ernest-hemingway-the-art-of-fiction-no-21-ernest-hemingway>.



La gestión del riesgo es un proceso que jamás termina. En la imagen, dos habitantes de Corinto, Cauca, a salvo tras la avenida torrencial del 8 de noviembre de 2017. Ese día la evacuación salvó al menos 3.000 vidas.

EFE • Ernesto Guzmán



Emergencia en Corinto, Cauca, por avenida torrencial. Cinco personas murieron. En la imagen, el presidente Juan Manuel Santos Calderón llega para verificar los daños.
Presidencia de la República de Colombia • Archivo

Tras esa tragedia, cuyo impacto se calcula en unos 100.000 muertos, los pensadores entraron en una profunda reflexión. Voltaire, tras su intensa búsqueda, escribió uno de sus textos conocidos.

Se llama *Poema sobre el desastre de Lisboa*, una extensa proclama sobre esos días terribles. Con lamentos, como aquellos versos que dicen: «Créanme, cuando la Tierra entreabre sus abismos / mi llanto es inocente y legítimos mis gritos». O cuestionamientos profundos, como cuando en un apartado Voltaire se pregunta: «¿Se ha vengado Dios; su muerte paga sus crímenes? / ¿Qué crimen, qué culpa cometieron esos niños, sobre el seno materno aplastados y sangrientos?»

Esos cuestionamientos permitieron que, tras el desastre de Lisboa, la reflexión llegara a lugares inéditos. Por primera vez el hombre separaba los riesgos y los desastres del concepto de «castigo divino». Rousseau le escribió una carta a su amigo Voltaire y en esas líneas le reconoció su hallazgo: «El desastre no fue Dios (...) fue el ser humano por haber abandonado la vida sencilla de las aldeas cerca de la naturaleza»².

Y desde ese momento, cuando se supo que *no era Dios*, hay quienes se dedican a analizar de qué manera es posible «gestionar» ese riesgo que implica el entorno. Rousseau es relativamente cercano en el tiempo a Simón Bolívar —quien lo tenía como uno de sus grandes maestros—, murió cuando El Libertador era un niño de 5 años, lo que ubica el hallazgo cerca al nacimiento de Colombia como nación.

Pero Colombia necesitó más de un siglo y medio —y varias tragedias de gran magnitud— para pensar en serio el asunto. El día que un terremoto destruyó Popayán, en Cauca, se dieron los primeros pasos. Luego, cuando un lahar, producto de una erupción volcánica, arrasó Armero, Tolima, hubo otro avance significativo. Siempre en esa ingrata ecuación de vidas perdidas y la posterior reflexión.

Es posible enumerar cómo cada tragedia ha sido determinante de distintos modos: para avanzar o para develar carencias. Esas conexiones y circunstancias son las que aquí se compilan. El propósito de esta investigación periodística es revisar los antecedentes, el contexto histórico y los distintos hechos que confluyeron en el marco legal que hoy existe en Colombia.

2.

Con información de la revista *Desastres y sociedad*, (enero - junio 1996. No.6. Año 4) y de la *Enciclopedia de desastres naturales históricos de Colombia*, de Armando Espinosa Baquero, quien además fue entrevistado para esta publicación.





El presidente Juan Manuel Santos a su llegada al Centro Interactivo Maloka, donde sancionó la ley del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres. Le acompañaron el ministro saliente del Interior, Germán Vargas Lleras (i); el director de Gestión del Riesgo, Carlos Iván Márquez y la directora del centro científico, Nora Elizabeth Hoyos.
Presidencia de la República de Colombia • Javier Casella

Y la revisión del contexto, en gestión del riesgo, inicia en 2011, entre los meses de mayo y noviembre, cuando una ley le dio facultades extraordinarias al presidente Juan Manuel Santos Calderón para que iniciara una profunda reforma a la administración pública. Entre otras iniciativas, impulsó la creación de la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD).

Y luego está el día 24, una fecha cargada de significación y simbolismo cuando se trata de revisar la manera en que Colombia evolucionó la gestión del riesgo. El 24 de abril, del año 2012, fue sancionada la ley que impulsó —aunque solo llevaba meses en el cargo— el presidente Santos Calderón: la 1523.

En esa norma se estableció una nueva política para buscar un mejor conocimiento y reducción del riesgo; un manejo de desastres contundente y eficaz. Y el otro 24, el de febrero de 2016, cuando se consolidó el derrotero y la hoja de ruta que debe seguir el país para ese propósito: el *Plan Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres, una estrategia de desarrollo*.

Pero todo el movimiento institucional y los cambios en la legislación tuvieron origen en un evento de la naturaleza. Curiosamente, se trata de un fenómeno alejado del impacto inmediato. No es el evento de una noche trágica, ni un momento de crepitar en el subsuelo. Pero es, sin duda, lo más trágico que ha ocurrido en Colombia, después de la tragedia de Armero. Hablamos del fenómeno de La Niña que golpeó al país entre los años 2010 y 2011.

Esa causa y efecto, quizá, la historia central de este libro. Porque, a partir de ese desastre, el país inició el camino hacia la nueva institucionalidad. Y fue cuestión de un lustro para que la ley 1523 estuviera a prueba de varias maneras: aquella noche imborrable en Mocoa, el día que un edificio cayó en plena zona de El Poblado, en Medellín, o tras un fuerte sismo, de alcances catastróficos, en Santander, que no dejó víctimas mortales pero sí cuantiosos daños rápidamente reparados.

Contar la historia. Hacer memoria. En los distintos capítulos se propone una mirada renovada, a través de los sobrevivientes y testigos; sin olvidar las preguntas capitales que inquietan a largo de todo el libro: ¿qué tan preparados estábamos?, ¿cuál fue el impacto de la tragedia?, o ¿cómo fue la respuesta del gobierno a cargo?



Vista aérea de las inundaciones causadas por la temporada de lluvias en el corregimiento de San Rafael de Lebrija, municipio santandereano de Rionegro. La fotografía fue tomada el 14 de diciembre de 2010. *Presidencia de la República de Colombia • Felipe Pinzón*

Y siempre a través testimonios de las víctimas, que se deben compilar en la memoria oficial, al lado de las imágenes que deben dejar las cajas y los sótanos de archivo para recordarnos cómo fue, cómo la historia que jamás termina puede repetir las graves consecuencias si no se asumen los procesos correctamente.

Una vez concluye el recorrido histórico, el relato se reencuentra con uno de los planteamientos iniciales: los dos días 24: la sanción de la ley 1523 y el *Plan Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres*. Hay un análisis y exploración del documento que define las estrategias para que la gestión del riesgo sea un componente del desarrollo en los próximos lustros.

El objetivo 5 del plan ordena fortalecer la gobernanza, la educación y la comunicación social —entre otros—, como uno de los procesos clave en la gestión del riesgo. Lo que se busca es que los ciudadanos estén informados y puedan actuar de acuerdo a sus deberes y responsabilidades.

Este libro busca cumplir ese propósito. Avanzar en ese camino, que es lo mismo que la historia que jamás termina. Lo dijo el presidente Santos cuando sancionó la ley 1523 —aquel *primer 24*—: «Quisiera poder ser más optimista y decirles que esto es algo temporal. Pero la realidad es que estos fenómenos obedecen a una dinámica mundial que está aquí para quedarse y que se llama el cambio climático».

Pero la cadena de meses, fechas y conexiones continúa. El segundo día 24 (es decir, el de 2016), Ecuador apenas trataba de levantarse de una de sus mayores tragedias: el terremoto que sacudió la costa norte del país. Ese día, el 24 de febrero justo cuando apareció el decreto que promulgó el *Plan Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres*, el presidente Santos Calderón y el director de la UNGRD, Carlos Iván Márquez Pérez, llegaron al barrio Tarqui, de Manta, para entregar ayuda humanitaria en nombre del país. En pocos años, Colombia pasó de recibir a dar.

Fechas y conexiones. Porque menos de un año después del terremoto en Ecuador, en los primeros minutos de abril del 2017, ya estaba en plena ebullición la avenida torrencial que arrasó parte de Mocoa. Cuando las imágenes de personas sepultadas por el lodo llenaron



Juan Manuel Santos Calderón llevaba horas en el cargo de presidente de la República y su primer acto de gobierno fue viajar a una de las zonas afectadas por el fenómeno de La Niña. Llegó al municipio de Guaranda, en el departamento de Sucre y la región de La Mojana, donde lo recibió la comunidad. Era una de las zonas con más personas afectadas por las lluvias. 8 de agosto de 2010.

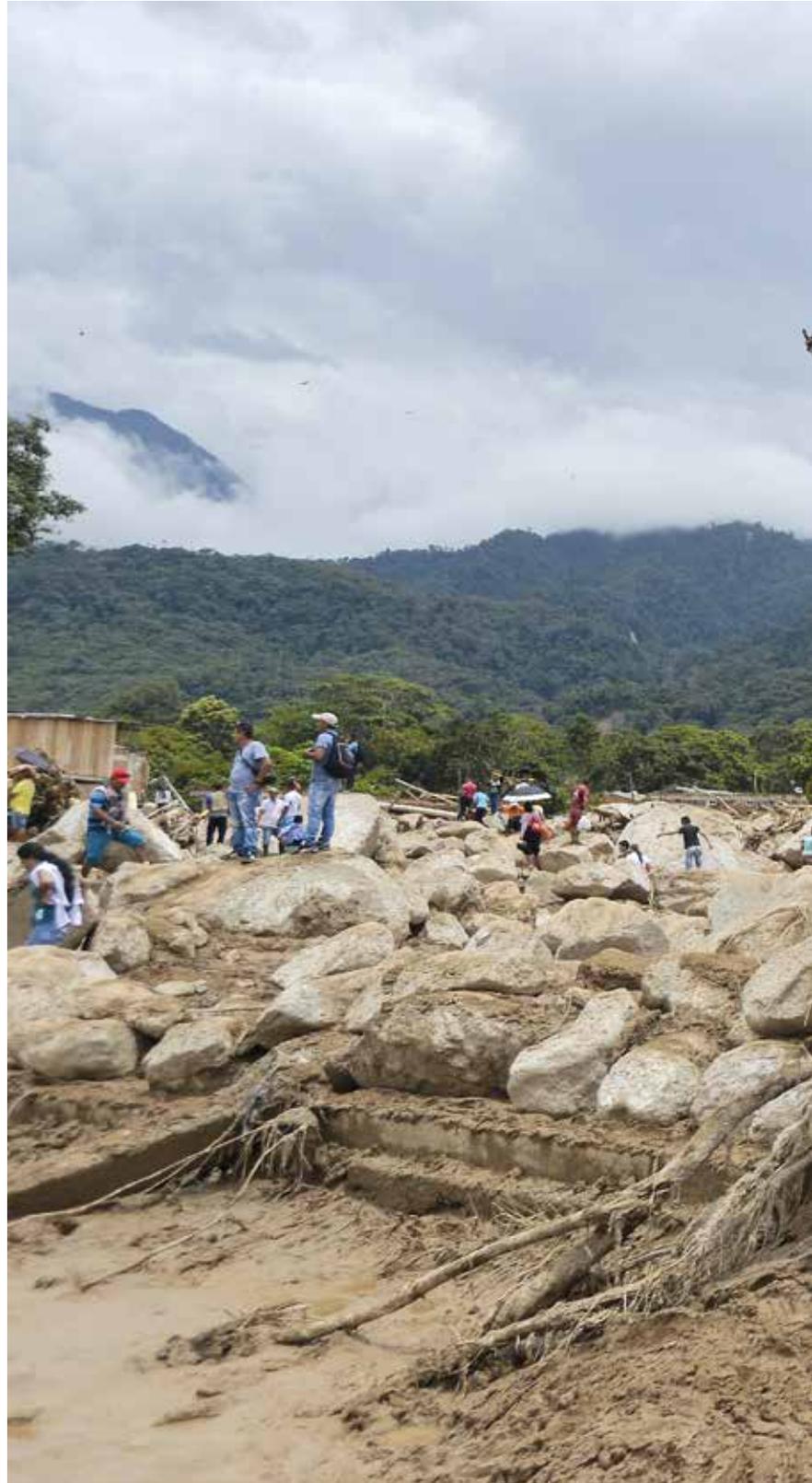
Presidencia de la República de Colombia • César Carrión



El presidente Juan Manuel Santos saluda a las familias afectadas por las lluvias en Tibú, Norte de Santander. La visita se cumplió el 2 de abril de 2012, en la fase final de las emergencias por La Niña.

Presidencia de la República de Colombia • César Carrión

Los afectados en Mocoa en medio de la incertidumbre. ¿Es posible comparar lo que ocurrió en la capital de Putumayo con hechos como el de Armero? En estas páginas, el extenso debate.
AFP • Luis Robayo







El Sistema Nacional de Gestión del Riesgo se activó en Corinto, Cauca, para atender la emergencia del 8 de noviembre de 2017. Aquí el presidente Santos Calderón (centro) recibe reporte del Ejército y la Defensa Civil.

Presidencia de la República de Colombia • Archivo

televisores, pantallas y páginas de diarios, para muchos, la única manera posible de entender y explicar fue acudir a una dolorosa metáfora que existe en la memoria colectiva: «es otro Armero».

Pero ¿es verosímil esa comparación? La respuesta la puede llegar a tener cada lector, una vez recorra la historia aquí planteada. Porque Mocoa y Armero podrían conectarse o distanciarse, tanto como lo pueden estar Murindó, Antioquia, y Tierradentro, Cauca; o el debate del calentamiento global con el del ordenamiento territorial. Ese es otro propósito de esta publicación: crear puentes y contrastes, proponer relaciones, encontrar puntos en común de reflexión y aprendizaje.

Y desenterrar la historia. Es llamativo que mientras sobre eventos como el de Armero abunda el material, las fotografías de archivo o los libros e investigaciones; de sucesos como el de Murindó o el de Tierradentro, apenas hay rastro de algunas imágenes y son escasos los investigadores e inexistentes los periodistas que se hayan dedicado a hacer memoria, a contar la historia como una estrategia de la gestión del riesgo de desastres.

El veterano escritor y periodista Germán Santamaría, uno de los testigos de esa historia de dolores y desastres, y quien es una de las fuentes testimoniales de este libro, dice que hay algo que grita Omayra Sánchez Garzón. Una voz que todavía se abre paso por entre los escombros de lo que un día fue su casa; avanza por entre el lodo espeso y el barro que la atrapa desde la cintura. Y lo que dice Omayra, más de 30 años después de aquella noche aciaga del 13 de noviembre de 1985, es que lo que ocurrió en Armero, Tolima, no se puede repetir.





01.

Y UNA NOCHE MOCOA SE DESVANECIÓ

Atardecer en Mocoa. El cauce del río Sangoyaco aún con las marcas que dejó la avenida torrencial. La capital de Putumayo puso a prueba su resiliencia tras la noche del 31 de marzo de 2017.

Rayuela Estrategia Narrativa • Archivo



En la parte inferior, al lado del campo de fútbol, la plaza de mercado muy afectada (sobresalen muros con pintura verde). En el margen contrario del río, el tajo de tierra que la corriente arrancó.
Presidencia de la República de Colombia • Archivo

Norberto Marín oyó la voz de Lina Constanza, su hija, a pesar del ruido reteñido de la corriente furiosa y del estropicio agudo de las rocas que chocaban. «Pero ya se oía lejos». La tenía agarrada de la mano cuando una bocana de lodo se la arrebató. Estaban a punto de entrar a la casa de un vecino, en busca de refugio, a dos o tres metros de la puerta, sitiados contra un muro por las aguas bravas. Entonces la embestida, una ola de furia y de fin del mundo, el muro que se partió y los dos, padre e hija, a merced de la corriente.

—¡Papá!.. ¡Papito!

El hombre intentaba levantar la cabeza, sacar el cuerpo, mover los brazos, mirar, encontrar a su hija entre el mundo que se caía a pedazos. Pero algo desde adentro lo jalaba. Lo sumergía. Lo zarandeaba. Lo volteaba. Lo llevaban contra su voluntad. Lo estaba matando. Era un lodo espeso y frío. «No sé cómo es que pude respirar».

Minutos antes, cuando el mundo todavía estaba en pie, Norberto Marín limpiaba su casa. Era viernes en la noche y lo que intentaba era cerrar una jornada intensa de aseo y renovación. «Lo que no sirve que no estorbe», le dijo a su esposa, Rubiela Murillo, y sacó chécheres y cosas viejas. En esas estaba cuando Lina Constanza le pidió la moto prestada.

—Claro, mi amor, llévatela.

Dice Norberto Marín que le respondió a su hija y que luego siguió en los oficios de la casa. Terminó y tomó un baño. Fue ahí cuando notó que su hija no se había ido en la moto prestada.

—¿No ibas a salir?

—¿Con este aguacero? Ya no.

John Eduard Abella Amaya recuerda que ese viernes se acostó a dormir temprano. «Y la verdad no sentí que inició el fuerte aguacero. Solo al rato, entre sueños, empecé a escuchar bulla, gritos. Pero fue entre sueños». Su madre, que vivía en la misma casa, pero en las habitaciones delanteras, fue quien lo despertó. «Estaba desesperada. Gritaba:

‘¡se desbordó la quebrada!’; ella no hablaba de avalancha, ni nada por el estilo. Pero sí decía que estaba muy grande la quebrada y que se había desbordado, que era muy peligroso, que saliéramos».

Aquel 31 de marzo del 2017 empezó a llover en Mocoa, Putumayo, minutos después de las 9:30 de la noche. Desde el inicio fue un aguacero fuerte y decidido que no paraba. A esa hora, la gobernadora, Sorrel Aroca, dormía en su casa. El sueño la había vencido a la misma hora que inició la lluvia. La consecuencia de una jornada intensa de trabajo junto a los bomberos, y con los distintos comités de gestión del riesgo. Pero fue un duermevela intranquilo que no duró más de 30 minutos.

Se despertó. Y hubo algo que llamó poderosamente su atención: la lluvia que caía tenía una furia poco usual, extraña. Y además había un olor extraño. «Como a lodo podrido», recuerda. En eso pensaba, en que solo un aguacero descomunal tiene ese sonido, cuando la pantalla del teléfono encendida por una llamada nueva iluminó el cuarto. Era el secretario de Gobierno, Jesús David Ureña.

—Eso, acá, es de dimensiones grandes —le dijo el funcionario y enseguida le soltó una frase directa que a ella le sonó inverosímil—: voy a ir a rescatarla. Y justo ahí se cortó la llamada.

John Eduard Abella Amaya, que seguía en su casa, intentaba aliviar la angustia de su madre: «Tenga fe en Dios, no nos va a pasar nada», le dijo. El hombre, un joven trabajador de la construcción y entregado a su esposa embarazada, a su hijo de 5 años y a la religión, sinceramente no creía que algo grave fuera a ocurrir. «No me iba a salir de la casa. Y pensé: mi casa es segura». Pero ante los ruegos de la madre angustiada decidió que saldrían. Le dijo a su esposa que prepara una cobija y una maleta pequeña con lo básico para el niño.

—No, ya no hay nada que hacer —lo interrumpió la madre, llorando.

—Pero por qué; cálmese, mamá, que no es para tanto —respondió el hijo.



Pedazos de muros en pie en lo que un día fue el barrio San Miguel de Mocoa, Putumayo. Fue la zona que recibió la peor descarga de la corriente.

Rayuela Estrategia Narrativa • Archivo



Doloroso panorama en Mocoa, Putumayo. Las casas que quedaron en pie terminaron sin puertas ni ventanas y tapadas de barro en la primera planta.
EFE • Leonardo Muñoz

Entonces, por primera vez esa noche, decidió asomarse a la puerta de su casa. Y lo que observó fue una de las imágenes más inverosímiles que alguna vez hubiese visto. «Pasaba un río por la calle y era imposible cruzarlo: bajaban hasta automóviles. Era en serio: ya no había nada que hacer».

La gobernadora, Sorrel Aroca, intentó prender la luz del cuarto y tras el clic del interruptor no pasó nada: la ciudad estaba sin energía eléctrica. Y la oscuridad otra vez fue cortada por la luz de la pantalla del celular. Ahora llamaba su asistente personal. «Trate de ir dos cuadras más arriba que la van a ir a recoger», le explicó.

Supo que lo que pasaba era grave. Cuando al fin corrió la cortina y se asomó por la ventana, la sorprendió aquella imagen improbable que ya otros veían: la calle donde vivía ya no estaba y en su lugar corría un río oscuro y bravo. No necesitó explicaciones de nadie más para entender que la quebrada La Taruca se había desbordado de manera inesperada y que la situación era muy preocupante.

Y lo que más recuerda es que el agua fuera de control hacía un ruido de espanto. «Ensordecedor. Como un sonido del mar, pero más fuerte. Otra cosa que me sorprendió fue el cielo. No parecía que estuviera en el firmamento sino a dos metros de la cabeza. Era denso. Muy, muy oscuro y denso».

A esa hora, en el barrio San Miguel, en uno de los extremos de Mocoa, José Buelvas dormía en su casa. De pronto, un sonido extraño en el patio trasero lo despertó. Fue a verificar y encontró que era el ruido de las rocas que chocaban unas con otras, apiladas y sacudidas por la corriente. La escena era aterradora y por eso salió corriendo con la idea de huir de la casa para ponerse a salvo. Cuando abrió la puerta que da a la calle un río espeso lo bañó de frente. «Se me vino el agua y el lodo».

Como pudo cerró de nuevo, pero su casa ya estaba inundada. Miraba por entre las hendidias y vio una camioneta que bajaba por su calle: iba sin conductor y en reversa, arrastrada por el agua. «Entonces me desanimé y me quedé quieto». Pasmado. Parado en la esquina de la sala. Sin saber qué hacer.

Norberto Marín no podía dormir. Daba vueltas en la cama y una presión en el pecho le quitaba la calma. «Como un presentimiento». Oyó ruidos en la calle y decidió ir a mirar. Lina Constanza lo encontró cerca de la puerta, donde se ataviaba con botas y una capa impermeable.

—Papi, yo quiero ir con usted.

—Camíname, vamos —le contestó Norberto, y entonces Lina Constanza también se equipó de botas plásticas y capa. Caminaron en medio de la lluvia hacia el puente en la parte alta de su barrio, Laureles. Pero un árbol en medio de la calle les cortó el paso. Norberto Marín se unió al grupo de vecinos que intentaba aserrarlo para despejar la vía.

«Es que siempre me gustó colaborar en el barrio», dice ahora, meses después de la tragedia, sentado en el parque central de Mocoa. Su camisa roja a cuadros, impecable y perfectamente planchada se convierte en un emblema. En un indicio de su dignidad. Norberto Marín se mira las botas de caucho. «Como las de esa noche», dice y vuelve a estar en la calle, machete en mano, cortando ramas y troncos. En esas estaba cuando un estruendo de la tierra lo dejó inmóvil.

Padre e hija se sumaron al grupo que salió calle abajo en busca de refugio. Quizá fue exactamente en ese momento cuando tomó de la mano a Lina Constanza —el padre que protege siempre toma de la mano—, rumbo a la casa. Sus recuerdos tienen varios cortes pero hay una imagen nítida: padre e hija al frente de su casa. A unos pasos, muy cerca, pero separado por el río de furia. Solo hay que pasar la calle para entrar a esperar que todo pase, pero la imagen insólita, la que otros ya habían visto, le confirmaba que era imposible.

—Por ese río bajaban neveras, lavadoras y carros. Y mi casa estaba al otro lado. Me preocupaban mi esposa y mi hijo menor, Juan David, de 12 años, que no habían salido.

La gobernadora, Sorrel Aroca, necesitó unos segundos para ordenar las ideas tras ver el río de barro frente a su casa. Estaba con su hija, de 8 años, y en un acto reflejo la tomó de la mano —la madre que protege siempre toma de la mano—. Se puso botas de caucho.

Le puso a la niña botas de caucho. Salieron a la calle. Subieron a la camioneta y trataron de avanzar. El teléfono sonó nuevamente.

—El puente sobre el Sangoyaco ya no está, se lo llevó el río —le dijo a secas al otro lado de la línea Jesús David Ureña.

—¿Cuál puente?

—El grande.

—No, no puede ser. Usted está equivocado.

Le dijo, pero él estaba en lo cierto. Meses después de la tragedia, recuerda que, en ese momento, cuando supo del puente caído —una de las estructuras más importantes de Mocoa, clave para conectar la ciudad y para el transporte de alimentos—, justo en ese momento, una idea se fijó en su mente: enfrentaba una emergencia de grandes proporciones.

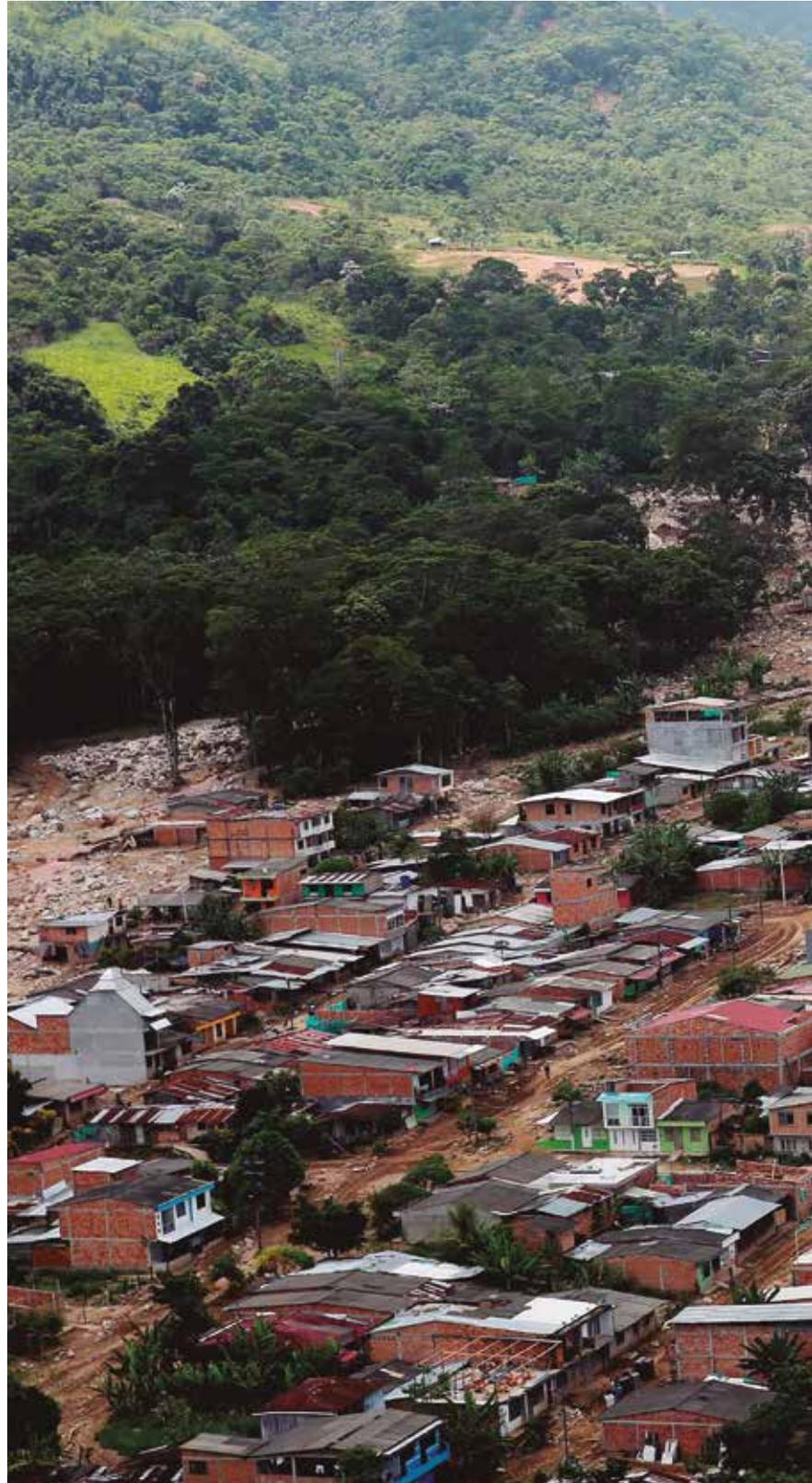
Debía pensar al tiempo que esquivaba lodo en la calle. «Instalar el Puesto de Mando Unificado, tenemos un protocolo de crisis», se repetía. Cayó en la cuenta de que el alcalde de la ciudad, José Antonio Castro, no estaba: había salido de viaje para un encuentro con mandatarios de todo el país en Cartagena. Supuso que era ella la responsable.

En ese momento, Alex Romero analizaba el panorama desde la ventana de la segunda planta del hotel de su familia, en el barrio El Progreso. Ya había decidido despertar a todos los huéspedes. No parece un aguacero común, les dijo. Apenas empezaba a llover cuando verificó en el almacén de la planta baja y descubrió que estaban inundados: las mercancías flotaban, como en un lago.

El agua del río Sangoyaco, que en ese momento rugía con furia a escasos metros del hotel, se había salido sin control. Los Romero decidieron entonces organizar un plan de evacuación. Lo hicieron por la parte trasera del edificio, y por la segunda planta, desde donde ataron cuerdas y las dejaron caer en una acera donde el nivel del barro aún no era profundo. Así salieron. Uno a uno, despacio y muy asustados por el estruendo y la lluvia. Esa decisión salvó a decenas de personas.

El barrio San Miguel de Mocoa desde el aire.
La avenida torrencial que bajó desde lo alto de
la montaña se abrió varias cuadras causando
mortales estragos.

EFE • Leonardo Muñoz







Esta vía fue rehabilitada semanas después de la emergencia, por integrantes del SNGRD. A los lados quedaron las rocas y los rastros de la masa que bajó hacia el pueblo.

Rayuela Estrategia Narrativa • Archivo



La estación de bomberos de Mocoa. La noche de la emergencia todo el Sistema local estuvo a prueba. Muchos de los socorristas fueron también afectados por la avenida torrencial.

Rayuela Estrategia Narrativa • Archivo

Norberto Marín miraba atónito la calle de su barrio que ahora es un río por el que bajan electrodomésticos, muebles y pedazos de muro. Necesitaba llegar a su casa, a solo unos pasos. Su esposa y su hijo estaban adentro. Su hija, a su lado.

—Pendientes, la niña y yo, de que ellos no salieran porque la corriente era muy peligrosa.

Entonces miró hacia la parte de atrás de su casa y notó algo extraño. Se veía como un brillo plateado. «Era agua. Se veía por encima del techo. Ahí sí dije: ‘Dios mío... Esto qué es’».

El nivel ya estaba al borde de ventanas y cielorrasos. Ante semejante panorama desistieron de llegar a su casa y pensaron que una opción era buscar refugio en la casa del vecino. Y entonces otro estruendo: la pared que cedía, la niña que se soltaba de la mano al padre.

El bombero Juan Pablo Hernández estaba de turno en la estación de Mocoa, aquel viernes 31 de marzo. Recuerda que, desde el inicio del aguacero, el teléfono sonó sin pausa. «Se inundó mi barrio, señor; el agua está entrando a las casas, por favor». Un grupo de verificación salió a hacer una ronda. Casi siempre ocurre eso cuando llueve. Pero esa noche era distinto. La intensidad de la lluvia y la frecuencia de las llamadas eran el principal indicio.

Pasadas las 11 de la noche también fue sorprendido por aquella imagen increíble: a la estación llegaba gente embarrada, de pies a cabeza; confundidos y dando voces de espanto; «el nivel del río, el lodo tapó las calles, entró a las casas...». Eran tantas las llamadas y reportes, que por varias horas los bomberos que habían salido no sabían en concreto qué estaba pasando, más allá de que era una avalancha en proceso, pero no el sitio exacto de la ciudad o cuántas personas estaban afectadas.

Ese fue el panorama que la gobernadora, Sorrel Aroca, encontró cuando llegó a la estación de bomberos, su primera parada obligada. Allí tendría un panorama claro para luego montar el puesto de mando en la sede de la Defensa Civil. Y la recibió la gente embarrada y recién llegada de la muerte, «vea, mi abuelito está en la casa, quedó atrapado, sálvelo», le contó una mujer.

—Vayan, acompáñenla —le dijo a uno de los bomberos.

—No, es que no es la señora —le respondió el voluntario—. Es que todo el pueblo está pidiendo lo mismo.

Fue ahí cuando decidió llamar al director de la Unidad Nacional para la Gestión de Riesgos de Desastres (UNGRD), Carlos Iván Márquez Pérez. «El teléfono timbró y al segundo pitazo me contestó. Como si el doctor Carlos Iván durmiera con el teléfono».

—Señora gobernadora, ¿cómo está? —saludó Márquez Pérez.

—Doctor Carlos Iván, véngase para acá —la voz entre sollozos—. Nos está pasando una tragedia en Mocoa.

—¿Y usted dónde está, gobernadora?

—En Mocoa.

—Mañana nos vemos a primera hora.

«La noté nerviosa, pedí que me describiera un poco lo que veía», cuenta meses después de la tragedia Carlos Iván Márquez Pérez. «También hablé con el coordinador de Gestión del Riesgo, Lalo Giovanni Zambrano, quien me mandó imágenes». Con la información que había recogido, el director de la UNGRD, realizó los primeros procedimientos de la coordinación. «Le dije a ella que buscara un sitio seguro y que empezara a dar la orden de evacuación hacia las zonas altas. Le pedí que convocara al Consejo Departamental de Gestión del Riesgo y al Consejo Municipal de Gestión del Riesgo».

Los indicios que habían entregado los funcionarios en la zona daban cuenta de una situación muy complicada. Y la reacción que se cumplía desde Bogotá era como el dictado, a través del teléfono, de los primeros pasos de la atención. «Le pedí, por ejemplo, que no gastaran innecesariamente las baterías de los aparatos, como teléfonos, que estaban utilizando», recuerda Márquez Pérez.

El siguiente paso fue activar el Sistema Nacional de Gestión del Riesgo. «Le dije al Subdirector de Manejo de Desastres, el coronel Luis Fernando Piñeros, que se comunicara con las cabezas del Sistema —continúa Márquez Pérez— y que activáramos las capacidades de respuesta aérea y terrestre porque había probabilidades de algo difícil».

Con Mocoa sin energía, y en pleno desarrollo de la avenida torrencial, era escasa la información precisa a esa hora. En todo caso, en los siguientes minutos, la UNGRD conformó un grupo de 150 personas y reunió 7 toneladas de ayuda: dos motobombas, una planta eléctrica y una potabilizadora; se sumaron además dos helicópteros de búsqueda y el avión de la Fuerza Aérea para el traslado urgente.

Mientras tanto, los bomberos en el terreno ya luchaban contra el infortunio. Un grupo de búsqueda, que volvió a la estación tras un recorrido por los barrios cercanos a la cárcel, llegó con una señora y una niña en el platón de la camioneta. Uno de los voluntarios contó que las habían recogido y que el hecho de traerlas los había salvado a ellos también.

Estaba muy oscuro, siguió el relato, la patrulla avanzaba por una calle estrecha e inundada hacia la avenida principal del barrio. De pronto, señora y niña aparecieron en una moto, en medio de la huida desparovida. Al tratar de esquivar el carro de bomberos, que iba en sentido contrario, se cayeron de la moto. Los rescatistas no dudaron en parar a auxiliarlas. Segundos después vieron atónitos que, en la esquina, de donde venían las mujeres, bajaba lo más furioso del cauce. De no haber parado, muy seguramente se habrían encontrado con la avenida torrencial en la esquina.

El comandante de bomberos, capitán José Alfonso Cruz Martínez, impartía órdenes y recibía informes a distancia, pues él mismo, para ese momento, era uno de los afectados. El río Mulato por poco se lleva su casa y ahora estaba atrapado en su barrio, el 7 de Julio. La corriente había tumbado el único puente de acceso. «No había luz. Pero evacuamos a las personas de las zonas del riesgo del barrio», recuerda el capitán.



El Sistema Nacional de Gestión del Riesgo en el momento en que se despliega en Mocoa. Entre otros, de izquierda a derecha: Luis Gilberto Murillo, ministro de Medio Ambiente; Sorrel Aroca, gobernadora de Putumayo; Juan Manuel Santos Calderón, presidente de la República; Carlos Iván Márquez Pérez, director de la Unidad Nacional de Gestión del Riesgo.

Presidencia de la República de Colombia • Archivo



En el barrio San Miguel fueron muy pocas las estructuras en pie tras el paso de la avenida torrencial. La fuerza de la corriente rompió muros y columnas de concreto.

Rayuela Estrategia Narrativa • Archivo

Esa fue una de las características del evento en Mocoa. Las cabezas del Sistema, en el nivel local y departamental, estaban afectadas, o atrapadas, en distintos extremos de la ciudad. Los propios socorristas que debían emprender a partir de ese momento la búsqueda de víctimas, estaban angustiados por sus familias. «Lo primero que decidimos, porque los voluntarios llegaban llorando, fue: ‘vayan y salven a sus familias’; si no, no iban a estar concentrados», recuerda la gobernadora, Sorrel Aroca.

La hora exacta del evento fue las 11:24 de la noche. Dicen los sobrevivientes que la masa mayor pasó en pocos minutos. Por eso a las 11:30 gran parte de Mocoa ya era un oscuro valle de piedras y dolor. Las causas exactas todavía se estudian, y requieren una investigación científica. Pero los indicios que existen indican que confluyeron varios factores.

En la zona alta de la ciudad se habían presentado constantes e históricos deslizamientos que llegaron al cauce de distintos afluentes, como la quebrada La Taruca. Meses después de la tragedia, la Mesa Técnica Ambiental, conformada para el análisis de lo que ocurrió, informó que detectó 804 deslizamientos previos a ese día, «de los cuales 603 ocurrieron en zonas de bosque denso y los 201 deslizamientos restantes en zona con presencia de cultivos y pastos»³. Es decir, la mezcla de deforestación y malas prácticas agrícolas y ganaderas resultaron determinantes.

Esa cantidad de movimientos habla de la inestabilidad de los terrenos en la región. Y las intensas lluvias de esa noche fueron entonces un detonante. Según el reporte de la Mesa Técnica, el Servicio Geológico Colombiano identificó los factores que se combinaron antes de la noche del 31 de marzo: «alta pendiente, fracturamiento de roca (presencia de fallas geológicas), acumulación de rocas depositadas por eventos anteriores (en el 2014 ocurrió un evento de menor magnitud y los depósitos de rocas llegaron hasta la vereda San Antonio)», dice un comunicado emitido por la Mesa.

A los técnicos les llama la atención ese dato que indica que no es la primera vez que ocurre un evento de este tipo en Mocoa. La indagación posterior incluyó el análisis a la poca información que existe y averiguaciones a través de documentación o entrevistas con habitantes de la zona. «Contamos con una imagen de 1962 que es la base

3. Comunicado de prensa de Corpoamazonia, 16 de agosto del 2017.

para estudios sociales», explica Sandra Rodríguez Bula, líder de la reconstrucción ambiental y de la elaboración de la agenda para la reconstrucción ambiental de Mocoa, por la WWF para Corpoamazonia. «Y con los relatos de la gente. Hemos evidenciado que acá ya habían ocurrido eventos varios».

Lo cierto es que, a pesar de los antecedentes, ninguno de los eventos había alcanzado la magnitud de lo que ocurrió el 31 de marzo del 2017. El Servicio Geológico Colombiano inició un estudio de largo aliento en busca de evaluar la amenaza por movimientos en masa en las cuencas de los ríos Sangoyaco, Mulato y la quebrada La Taruca. En los próximos años, decenas de científicos centrarán su esfuerzo y análisis en Mocoa, su entorno montañoso y las distintas mediciones meteorológicas.

Porque fue tan desproporcionado el volumen de la lluvia, que rompió las barreras y represas naturales, formadas por aquellos deslizamientos continuos. Y una vez eso ocurrió, se formó una avenida torrencial de inusitada potencia. Y con un rasgo que empeoraba las cosas: se autoabastecía de energía. Cuantos más metros ganaba, mayor fuerza adquiría: arrancaba material vegetal de las orillas: tierra, que terminaba convertida en lodo al mezclarse con el agua; árboles, que formaban la peligrosa empalizada; y todo tipo de construcciones, como viviendas rurales.

Los estudios posteriores de la Mesa Técnica determinaron que, de la masa que formó la avenida torrencial, solo 10% resultó ser producto de la tierra de los deslizamientos. Los desechos de otro tipo fueron los que más alimentaron el monstruo, que sufría el mismo efecto de la bola de nieve: a mayor avance, más tamaño.

Dice la explicación de Corpoamazonia, en uno de sus comunicados: «Provino de la socavación que la velocidad del flujo removió del fondo y de los lados de las quebradas La Taruca, Taruquita y San Antonio; y parte del río Sangoyaco». El IDEAM calculó el volumen de la lluvia esa noche en 129 milímetros, en tres horas. Es decir, lo que llueve en 10 días en la ciudad cayó en un lapso muy corto.

En el inicio de su ruta mortal, La Taruca empezó a borrar viviendas rurales y fincas. Uno de los primeros puntos estratégicos que alcanzó fue la subestación eléctrica. Allí dos policías estaban en turno de



Uno de los principales estragos de la avenida torrencial: la destrucción de la subestación de energía eléctrica que dejó a Mocoa sin el servicio y, esa noche, en medio de la oscuridad.

Rayuela Estrategia Narrativa • Archivo



La caseta de vigilancia de la subestación eléctrica.
Había dos policías de guardia en el sitio en el
momento de la avenida torrencial. Solo uno
logró sobrevivir.
Rayuela Estrategia Narrativa • Archivo

vigilancia. Uno de ellos alcanzó a subirse al techo de una de las casetas y el otro no alcanzó a correr y fue arrastrado. El lodo llegó también a las torres de conducción. Los hierros quedaron a lado y lado, como recién salidos de una trituradora. La estructura que no cayó quedó sepultada varios metros. Esa fue la causa para que Mocoa quedara sin energía eléctrica.

Metros más abajo la Taruca tuvo un amplio corredor para ganar potencia. Cayó a la quebrada El Carmen y posteriormente al río Sangoyaco, que atraviesa Mocoa. Y el lodo, cada vez más cargado de material, inevitablemente tenía como ruta el casco urbano. El primer barrio en recibir la descarga fue el San Miguel. Era un suburbio de casas de una planta y paredes de colores. Allí fue muy poco lo que quedó en pie.

Los barrios vecinos al San Miguel, que son los que quedan cerca de la cárcel, también fueron alcanzados rápidamente. Los Laureles o Altos del Bosque eran ahora una playa plateada de lodo y rocas. Cuadras abajo de la cárcel fue donde La Taruca se unió con el Sangoyaco. Y el río furioso y desbordado bajó por Mocoa abriendo un boquete de varios metros a lado y lado. Borró del mapa cientos de viviendas de distintas zonas en barrios como La Esmeralda o El Progreso, donde quedaba el hotel de la familia Romero.

A la altura de la carrera séptima, los escombros que bajaban por el río entraron sin control a la plaza de mercado y a la terminal de transporte. En esa manzana se llevó completo un edificio de 3 pisos. Dicen los testigos que la estructura aún intacta flotó por varios segundos, como un barco a la deriva, antes del colapso estruendoso y terrible en medio de las aguas.

Y la corriente de barro bajó todavía cinco o seis manzanas más, hasta los barrios La Independencia y San Agustín, que son los que quedan en la desembocadura del Sangoyaco al Mocoa. Es el extremo opuesto al piedemonte amazónico y el punto de la ciudad donde había iniciado la ruta de muerte y dolor.

Y mientras tanto, en la otra franja de la ciudad, ocurría algo similar con el río Mulato. Aunque no recibe agua de quebradas, la lluvia fue suficiente para generar también una avenida torrencial. Eso fue lo que aisló una mitad de la ciudad de la otra. La fuerza de la corriente,

en los dos casos, demoledora e inusitada. «La misma velocidad con la que venía el flujo se transformó en una máquina de socavar —explica Rodríguez Bula—, lo que provocó un cañón de 20 o 25 metros de profundo».

«El momento más duro fue después de la avalancha», dice John Eduard Abella Amaya. Y recuerda que, apenas bajó la corriente, llegaron a su casa amigos, vecinos de toda la vida, buscando a sus familias. «Llegó un muchacho llamado Germán; me saludó y me dijo: ‘Usted no ha visto de pronto a mi esposa y mi hijo’. Le dije: ‘No, no los he visto’. El muchacho lloró y me dijo: ‘Se los cargó el río’».

¿Usted no ha visto?, se hizo la pregunta más repetida esa madrugada. Las calles se llenaron de personas que deambulaba y gritaban nombres. Buscaban con voces desesperadas a sus seres queridos con la esperanza de que contestaran desde lo más profundo de la penumbra. Cuando John Eduard Abella Amaya salió a la calle a mirar qué había pasado, cayó en la cuenta de que era el dueño de una suerte inexplicable, que solo pudo interpretar como un asunto divino. En la parte alta de su calle, un hombre hizo una casa con buenos cimientos y vigas, y en la parte de atrás la cerró con un enrejado fuerte.

«Y hasta ahí llegaba el agua. Pegaba ahí y se desviaba. No le pasó nada a mi casa por esa construcción. Estábamos los cuatro, nosotros tres y mi madre, y no nos pasó nada. Y como a las 12:45 a.m. volvió mi padre con mi hermano. Nos contó que a ellos no les querían abrir una puerta porque había como 70 personas en la calle. Hasta que casi la tumban y el señor abrió. Era una casa de tres pisos; esa casa quedó en pie y se salvaron todos».

¿Usted no ha visto?, ¿usted no ha visto?, se oía una y otra vez. Y también lamentos, llantos, dolor en todas las formas y sonidos posibles. Esa noche más de 330 personas murieron, casi la tercera parte, niños. Y meses después de la tragedia, todavía no se sabía nada de cerca de 75 personas: integraban la dolorosa lista de desaparecidos tras la avenida torrencial⁴.

Sentado en el parque de Mocoa, Norberto Marín recuerda el momento en que oyó la voz de su hija. Hace apenas minutos contaba sin inflexión alguna hasta el detalle más insignificante de aquella noche

4. Al cierre de esta publicación, las cifras oficiales sobre víctimas indicaban lo siguiente: 335 muertos, 55 desaparecidos y 398 heridos.

terrible. Pero cuando llega al momento en que el muro cae y le arranca a Lina Constanza, queda sumido en un silencio atroz.

—¡Papá!.. ¡Papito!

«Estaba lejos», dice al fin. «Se escuchaba lejos...». Porque en ese instante, en el segundo exacto cuando el mundo a pedazos bajó el volumen para que él oyera a su hija, creyó que estaba muerto; «o más que muerto», intenta precisar; «más que muerto estoy», dice que se repetía mentalmente esa noche, mientras trataba de salir de aquel hades. «Y entonces dije: ‘Dios mío, si es el día, entonces, llévame. Pero y si no, cualquier cosa que me salve’».

Fue en ese instante cuando sintió que un tronco le rozó la espalda. Como pudo se volteó y se aferró con fuerza. Así avanzó unos metros más hasta que una bocanada de corriente lo hizo a un lado, lo apartó a una zona menos profunda. Y vio un poste medio caído. Entendió la situación como un designio divino.

—No sé si me llevaba derecho o no. Pero yo dije, Dios mío, que me lleve a ese poste, y ahí me sostengo. Y como si estuviera planeado: allá llegué.

El poste, donde ahora se sostenía Norberto Marín, estaba en un punto muy cerca de la desembocadura de La Taruca en el Sangoyaco. Si hubiese caído a las aguas del río, otra habría sido su suerte. Y por eso, aferrado, soportó hasta que pasó la corriente.

Avarias cuadras, José Buelvas seguía parado, pasmado, en una esquina de la sala de su casa. «Y el agua empezó a mermar». Él también oía la gente que gritaba, que pedía auxilio. Por fin abrió la puerta y vio a los que avanzaban con linternas. Se unió al grupo. Le ayudó a un vecino que amarraba dos palos para sacar a una señora herida.

—Qué le pasó —preguntó.

—La alcanzó una piedra y tiene quebrada una pierna —respondió el hombre.



Mocoa muestra su resiliencia. Tras la tragedia el único camino posible: seguir adelante, renacer desde el lodo.

EFE • Leonardo Muñoz



El detalle de la huella en las paredes de la vivienda (a la derecha) permite saber hasta dónde subió el nivel del lodo aquella noche en Mocoa.
Rayuela Estrategia Narrativa • Archivo

Recorrió la calle un rato más, hasta que un conocido le dijo que su suegra había muerto. Regresó a su casa, recogió a su esposa y su hijo y empezó ese otro camino que cientos también iniciaban con él a esa hora. El duelo por los seres queridos.

El capitán Cruz Martínez ya había logrado llegar a la estación. «El caos era total», fue la impresión que se llevó. «Cada vez más personas acudían en ayuda. Las solicitudes de socorro llegaban de casi toda la ciudad».

El cabo Juan Pablo Hernández recuerda que recorría los barrios tapados por el lodo, y con rapidez y angustia, desenterraba los cuerpos que abundaban a lado y lado. Buscaba la cabeza; ¿respira o no respira? Era terrible mirar a la muerte a los ojos pero así salvó muchas vidas. «Lo más difícil era con los niños».

La gobernadora, Sorrel Aroca, había salido de la central de bomberos rumbo a la Defensa Civil para instalar el puesto de mando. En esa ruta varias veces el vehículo se encontró de frente con rocas gigantes que bajaban por la calle. «Entonces el conductor daba reversa. Tanto, que la reversa, el cambio en la caja de transmisión, se dañó».

—Mamá, ¿nos vamos a morir? —le preguntaba su hija.

—No. No nos vamos a morir. Vamos a vivir.

Dice la gobernadora, Sorrel Aroca, que era lo que le respondía a su hija. Y ese recuerdo le quiebra la voz. Con esas imágenes y preguntas instaló el puesto de mando. El primero en llegar fue el general Adolfo León Hernández Martínez, comandante del Batallón de Selva n.º 27. La activación del Sistema ya daba los primeros resultados. Apenas unos minutos después de que bajara el río bravo, pelotones de soldados se sumaron a la búsqueda de desaparecidos. El oficial estaba embarrado de pies a cabeza. «Necesitamos linternas, la gente está atrapada», dijo el oficial. Entonces desde el puesto de mando llamaron a los comerciantes, que se respondieron de inmediato.

Norberto Marín, que seguía aferrado al poste, empezó a sentir un dolor intenso en todo el cuerpo. Tenía golpes y laceraciones en las piernas, la cadera y los brazos. Y los ojos llenos de fango. Como pudo, ubicó una casa en pie a unos metros de distancia. Cuando intentó



El presidente, Juan Manuel Santos Calderón, sobrevuela Mocoa, tras la emergencia del 1 de abril.

Presidencia de la República de Colombia • Archivo

mover el cuerpo, el dolor lo dobló. Pero se sobrepuso y caminó. Varias personas adentro de la casa recibían auxilio y se ayudaban mutuamente.

—Por favor, regáleme agua —le dijo al dueño—. Regáleme agüita, yo me lavo.

Cuando se quitó la costra dura que tenía en la cara, cayó en la cuenta de que estaba desnudo.

—Présteme una pantaloneta —le dijo al vecino que le ayudaba.

Y con la desnudez también le cayó encima todo el peso de las circunstancias. Norberto Marín, que no es hombre de segundas palabras, lo explica de manera sencilla y universal: «Me dio un ataque de nervios tan pero tan grande».

Entre los que lo vieron en ese trance de angustia, estaban dos mujeres, integrantes de una comunidad religiosa del sector. Una de ellas se le acercó y le tomó las manos. «¿Quiere que oremos por usted?», le preguntó. «Y cuando terminaron de orar —recuerda Norberto Marín— a mí se me quitaron los dolores del cuerpo. Se me quitó la angustia. Fue un alivio impresionante».

Entonces pidió un teléfono celular y marcó el número de su esposa. El aparato timbraba. Ese indicio fue suficiente. Tomó aire, se llenó de esperanza, y salió a la calle, o a lo que quedaba de ella, en busca de su familia. El paisaje era sobrecogedor. «Uno asustado porque no había casas». No sabía muy bien por dónde avanzar. Lo intentó por lo que quedó de un solar, y se hundió de barro hasta el pecho. Entendió que el peligro seguía intacto.

Fue el momento en que enfrentó la otra avalancha, la de la realidad terrible. Los dolores volvieron al cuerpo. Trató de sentarse y no pudo. Recibió la ayuda de otros sobrevivientes que también llegaron. Atravesó dos o tres tablas, para apoyar la espalda, y se quedó dormido. Ahí lo encontraron.

Amanecía en Mocoa. «Era increíble. No alcanzamos a imaginar cómo hizo tanto estrago», reconoce el capitán Cruz Martínez. «Y cuando ya era de día, empezamos a salir —recuerda John Eduard Abella

Amaya—. Los que íbamos saliendo éramos pocos, eran más los heridos que los que estábamos bien. Y Era como ver una playa... Vi salir a doña Rosa, una señora donde hacíamos parrandas. Y doña Rosa dijo: 'Tengo un niño pequeño; aquí está, muertico'».

Minutos antes de la 5 de la mañana, Carlos Iván Márquez Pérez llamó por teléfono al presidente, Juan Manuel Santos Calderón, para contarle lo que pasaba. «Estoy activándome para moverme», le explicó Márquez. «Yo voy», respondió Santos. «Vamos para allá a trabajar». Y luego preguntó: «A quién hay que llevar». «Al Sistema», le respondió Márquez Pérez.

Con esa orden se activó el Sistema Nacional de Gestión del Riesgo: por ejemplo, el Ministerio de Salud, con el objetivo principal de salvar vidas, a través de la atención en el sitio o con traslado aéreo. Se reforzó a los hombres que ya trabajaban en búsqueda y rescate terrestre, con equipos helitransportados de la Fuerza Aérea, el Ejército y la Policía. «Llegamos de avanzada, pero el número de muertos subió y subía mucho más», recuerda Márquez Pérez.

La luz del día permitía entender con más exactitud qué había pasado. Las cifras que recopilaba el Sistema cambiaban cada minuto. El presidente Santos les explicó a los periodistas, apenas bajó del avión en Mocoa: «A las 5 de la mañana, Carlos Iván Márquez me reportó lo que estaba sucediendo y me dio una cifra de 14 personas muertas».

Pero cuando la comitiva del Presidente llegó al aeropuerto militar de Catam, en Bogotá, el panorama ya era otro. «En ese momento me dieron un reporte de 62 personas muertas —continúa el presidente Santos—. Cuando nos embarcamos en el avión, la cifra era de 82 personas fallecidas. Aterrizamos y en ese momento, 102. Y me acaban de reportar que vamos en 112 personas fallecidas. No sabemos cuántas van a ser».

Cada movimiento de la UNGRD correspondía a un protocolo previamente definido. A las 5:30 de la mañana el Sistema ya estaba completamente activo. «Ejemplo —explica Márquez Pérez—: la Fuerza Aérea tiene aeronaves para el traslado de heridos, debíamos coordinar esas acciones, además, con el Ministerio de Salud. Mientras tanto, el Ministerio de Transporte ayudaba también con los traslados de heridos por tierra, y con la evaluación de los puentes afectados».



Un soldado de la Policía Militar salva a una niña. La activación del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo permite la acción de distintas entidades en la atención.
Presidencia de la República • Archivo



Atención en Mocoa. Carlos Iván Márquez Pérez coordina los grupos de búsqueda y rescate que trabajan tras la grave emergencia por avenida torrencial.
UNGRD • Archivo

La operación enfocada en los heridos fue un logro en la atención del primer momento, pues se evitó que se desbordara el sistema de salud de Mocoa y Putumayo. Esa rapidez se logró porque lo que ocurría en ese momento en materia de atención estaba sustentado en un plan previamente establecido. Cada año, en el país, la UNGRD activa el plan de contingencia por la temporada de lluvias. Eso permite tener previstos alistamientos y disponibilidades que a la hora de una emergencia saben cómo y en qué momento actuar. Así ocurrió en Mocoa.

Cuando el presidente Santos ya estuvo en Mocoa, instaló el Puesto de Mando Unificado (PMU) para darle una estructura, según las prioridades. Todo era urgente, pero era necesario establecer un orden y una metodología. «Luego quedé yo al mando con las Fuerzas Militares y los demás sectores. Así se inició el desarrollo de la primera fase», dice Márquez Pérez.

Pero una operación como la de Mocoa trasciende las competencias del Gobierno. Para atender a los afectados se integró a otras entidades del Estado: Defensoría del Pueblo, Fiscalía, Procuraduría, Bienestar Familiar, Medicina Legal, entre otros. «Mocoa demostró que el país estaba preparado para atender de manera directa eventos de esa magnitud, no hubo necesidad de llamado internacional, por ejemplo, para la coordinación. Todo se hizo bajo la UNGRD», concluye Márquez Pérez.

Esa madrugada llegaron unos 1.200 hombres que rápidamente tuvieron que sobreponerse al impacto y al horror para dedicarse a la búsqueda y el rescate. Los apoyaban 5 helicópteros de la Fuerza Aérea, Ejército y la Policía y tres aviones de la Armada Nacional y la Policía. Mientras desde el aire verificaban la zona para descartar posibles rezagos o repeticiones del lodo, también buscaban a personas desaparecidas y heridas que pedían auxilio.

Entre tanto, en tierra, las brigadas recorrían el peligroso valle de rocas y barro aún fresco. La prioridad era salvar vidas. Y menos de 12 horas después de la avenida torrencial, los equipos de rescate ya habían atendido a cientos de heridos, de los que 68 habían sido trasladados a otras ciudades. Antes de la primera noche se instalaron cinco albergues, con capacidad para más de 500 personas.



Antes del amanecer, el Sistema Nacional de
Gestión del Riesgo inició el traslado de ayudas.
Presidencia de la República • Archivo

Sobre el mediodía, en simultáneo con el trabajo de búsqueda y rescate, el PMU sesionaba de manera permanente. Se movilizaron 500 kilos de medicamentos y casi 7 toneladas de equipos, desde generadores eléctricos hasta tanques de almacenamiento. Se evaluó el tipo de ayuda humanitaria que se necesitaba y se activaron las cuentas bancarias para los aportes en dinero.

Y desde esas primeras reuniones, entre los tres ejes del Sistema —el local, departamental y nacional— se fijó un objetivo prioritario: el restablecimiento de servicios públicos, pues Mocoa estaba sin agua y sin energía eléctrica y cualquier calamidad era aún más grave sin los recursos básicos. Apenas días después, este plan sería uno de los más efectivos y ejemplares en la etapa de respuesta.

Por ahora, al final de esa primera jornada, la cifra de personas muertas se acercaba a las 200, gran parte de ellas plenamente identificadas. Por donde los socorristas buscaban, había cuerpos por recuperar o personas que requerían ayuda. Y desde muy temprano, los noticieros de radio y televisión le contaban al país lo que ocurría. El dolor por las víctimas se extendió rápidamente por el mundo entero.

Se necesitaron minutos para que la solidaridad de los colombianos se manifestara a través de distintos canales. El Sistema se unió a esas iniciativas, para entregar información y coordinar cada vez que los ciudadanos requerían apoyo. Y hasta los mensajes de ánimo y condolencias fueron importantes: con el numeral *#todosporMocoa*, en las redes sociales, millones de personas escribieron palabras de aliento.

Y se necesitaron apenas unas horas para que se iniciara otro debate nacional: qué tantos indicios existían sobre esta tragedia, qué tanto se había prevenido y cuántas medidas para mitigar el riesgo se habían tomado. La controversia sería intensa en las semanas siguientes.

Pero por ahora, lo prioritario era atender a las víctimas. A las 7:30 de la mañana, un socorrista le tendió la mano a Norberto Marín, que aún trataba de lidiar con su desgracia y sus dolores, encima de una tabla. Cuando caminaba hacia la ambulancia un vecino lo vio y le gritó desde lejos.

—Nosotros encontramos a su hijo, está en el hospital.

La frase fue un empujón. Un motivo. El bálsamo para sus heridas. La razón que necesitaba. A esa hora no sabía nada de su esposa y de su hija arrastrada por la corriente. Pero era suficiente. Su familia, igual que miles a esa hora y que la ciudad entera, no tenía un camino distinto a seguir adelante.

Encontró a su hijo en una habitación atestada de gente y dolor, tendido en una camilla. Tenía el cuerpo lleno de hematomas y la clavícula izquierda rota. Lo que más impresionó al padre fue el rostro del niño: desfigurado a fuerza de la hinchazón. Y entonces, por primera vez desde que La Taruca se hizo río furioso en su calle, desde que el agua le arrancó a su hija de la mano; por primera vez desde la noche anterior, se soltó a llorar. Un llanto inevitable, doloroso y profuso.

Y recordar, sentado en el parque principal de Mocoa, lo deja otra vez entre nostalgias. Pero su máxima fortaleza está a su lado. Juan David, ya recuperado, lo abraza por la cintura y en silencio oye el relato del padre y el hijo sobrevivientes.

Entonces Norberto Marín saca su teléfono del bolsillo. Es un aparato de pantalla grande que se activa con un botón al lado. Lo enciende. Se ilumina una foto de dos mujeres: son madre e hija. Lina Constanza y doña Rubiela Murillo Zuluaga. «En esta casa hubo dos grandes pérdidas. A mi esposa la encontraron cerca del barrio San Agustín. Y también al otro día encontraron el cuerpo de la niña. No sé cómo el niño logró salir de ahí».

El segundo hijo de John Eduard Abella Amaya nació cuando la familia estaba en el albergue. La noticia fue un motivo de celebración para las decenas de familias que también estaban allí en busca del impulso para empezar de nuevo. «Todo el mundo miraba a mi esposa porque estaba muy gordita y decían: 'vea... es un milagro'», dice el padre, quizá para querer decir... otro milagro.





02.

MOMENTO DE REVISAR EL CÓMO

Un habitante del sector de 'La Dolores', en zona rural de Palmira, departamento del Valle del Cauca (Colombia), trata de salir de su casa. Ocurrió el jueves 16 de diciembre de 2010, cuando el desbordamiento del río Frayle afectó ese municipio.

EFE • Carlos Ortega



El presidente Juan Manuel Santos visita el municipio de San Vicente de Chucurí, donde horas antes la empalizada de la quebrada Las Cruces causó serios estragos. Hace su recorrido con Emilce Suárez Pimiento, alcaldesa local.

Presidencia de la República de Colombia • Felipe Ariza

A las 3:00 de la madrugada un rugido agobiante se oyó en el pueblo. Recorrió las calles, bajó por avenidas, se metió en las habitaciones y llegó hasta la plaza. Era un ruido como de agua brava. Como de mar furioso. Como de fin del mundo. Rosalba Gómez de Álvarez, que por una certidumbre extraña no podía dormir, acababa de mirar desde la puerta de la casa cuando sintió el estropicio. Entonces supo que una tragedia se venía encima de todo el pueblo y de su familia, que a esa hora dormía. Le avisó a Andrea Natalia, su hija, quien al principio prefirió seguir durmiendo. Deambuló por la casa. Despertó a Gloria Rocío, su otra hija, y también a su nieta, Linda Margarita. Luego se asomó al patio y vio la escena más aterradora que jamás hubiera visto: una corriente descomunal arrastraba palos, trozos de montaña, muros caídos y los árboles arrancados de raíz parecían caminar sobre el agua. Era la avenida torrencial que bajaba por la quebrada Las Cruces de San Vicente de Chucurí, el municipio de Santander.

Las cuatro salieron de la casa. Pero antes de correr a buscar protección, Andrea Natalia recogió un madero del piso y se fue golpeando ventanas: «¡Salgan, salgan! Viene una avalancha». «La hija de Rosalbita se enloqueció» —decían algunos—. Pero al final los vecinos, por decenas, atendieron la alerta. En calzoncillos. En pijama. Envueltos en toallas. Todos abandonaron sus domicilios y buscaron refugio en zonas altas. La familia de Rosalba seguía ahí, en la calle. Andrea Natalia le decía a Rocío que necesitaba el teléfono y una moto para alertar a los que vivían en las partes bajas. «Yo no voy a dejar a esa gente», insistía. Luego recordó que el perro de la familia no estaba. Volvió. Su mamá, su hermana y su hija vieron desde afuera cómo los muros de la casa se desmoronaron cuando un envión furioso e inesperado de la quebrada golpeó la estructura.

Ocurrió en mayo 18 de 2011. Y la historia de Andrea Natalia resultaría una dolorosa metáfora que, días después, sería destacada por el presidente de la República, Juan Manuel Santos Calderón. En ese momento el fenómeno de La Niña golpeaba al país. Las lluvias causaban tragedias de innumerables dimensiones. Se vivía una larga y compleja emergencia que para el día de la tristemente inolvidable tragedia de San Vicente de Chucurí, completaba casi un año. Aguaceros, deslizamientos, inundaciones y tragedias como la que acababa de azotar a ese pueblo de Santander.

Las proporciones del siniestro habían superado la capacidad gubernamental y estatal, algo que el propio presidente Santos Calderón reconocía en sus intervenciones al respecto o cuando visitaba las zonas. Había tenido que afrontar el problema desde el primer minuto de su mandato: se puede decir que despidió a los invitados a su investidura, el 7 de agosto de 2010, y en esa misma pista aérea abordó el avión para ir a visitar las zonas afectadas por las inundaciones. Nueve meses después, los viajes a las zonas de catástrofe continuaban, en maratónicas jornadas en las que combinaba la atención a las víctimas con las tareas propias del mandato. Los afectados recibían ayuda y atención prioritaria, y las obras de reparación se ejecutaban de la manera más veloz posible.

La Dirección de Gestión del Riesgo (DGR) —oficina para ese tiempo adscrita al Ministerio del Interior y de Justicia— y Colombia Humanitaria, un fondo creado menos de seis meses atrás, era el encargado de atender a las víctimas. Los científicos hablaban de que el país atravesaba una de las más grandes tragedias en toda la historia: el volumen de las tormentas resultaba inusitado e impredecible. Era un ciclo incontenible: mientras más llovía, más crecía la catástrofe.

Y eran días en los que había una evidencia de peso que nadie negaba: era necesario replantear el cómo se reaccionaba, pues el modelo institucional y las herramientas para atender casos como estos resultaban insuficientes. Santos Calderón lo sabía y por eso ya le había impartido instrucciones precisas al ministro del Interior, Germán Vargas Lleras; y al director de la DGR, Carlos Iván Márquez Pérez, quien acababa de llegar al cargo —había asumido el 1 de abril de 2011—.

El problema tenía sus raíces en las leyes que soportaban el Sistema, especialmente la 46 de 1988 y el decreto que la reglamentó: el 919 de 1989. Por ejemplo, declarar la calamidad en municipios y de esa manera gestionar recursos para lo urgente era una gestión engorrosa y larga. La oficina para la atención —es decir, la DGR— también se quedaba pequeña. En un proceso gradual de los últimos años, el equipo de trabajo se había reducido paulatinamente. Dicho de otra forma, el esquema de atención y prevención de desastres, igual que la infraestructura dañada por las lluvias, vivía las últimas fases de una crisis crónica que al gobierno recién llegado le había estallado en las manos.



Una mujer, habitante del barrio La Feria, en San Vicente de Chucurí, mira con asombro los estragos de la avenida torrencial que bajó por la quebrada Las Cruces, el 18 de mayo de 2011.
Archivo particular • Juan Carlos Díaz Rey



El barro que bajó por la quebrada Las Cruces, en San Vicente de Chucurí, departamento de Santander, dejó en el piso el puente que comunicaba el barrio El Centro con el barrio La Feria de ese municipio. 18 de mayo de 2011.
Archivo particular • Juan Carlos Díaz Rey

El presidente Juan Manuel Santos Calderón durante la rendición de cuentas de Colombia Humanitaria el 18 de diciembre de 2012. Ese día dijo: *Fue uno de los episodios más duros de nuestra historia, pero —paradójicamente— fue también una oportunidad excepcional para demostrar de qué estamos hechos los colombianos.*

Presidencia de la República de Colombia • César Carrión







Las viviendas del barrio Orocué, en San Vicente de Chucurí, son alcanzadas por desbordamiento de la quebrada Las Cruces. La tragedia ocurrió el 18 de mayo de 2011.
Archivo particular • Juan Carlos Díaz Rey



Con las luces del día se vio la magnitud de la corriente de la quebrada Las Cruces, en San Vicente de Chucurí. Las brigadas comunitarias de limpieza ayudaron a los afectados. 18 de mayo de 2011.
Archivo particular • Juan Carlos Díaz Rey



Carlos Iván Márquez Pérez, director de la UNGRD, durante la atención de una emergencia en Cauca.
UNGRD • Archivo oficina de prensa



S.N.P.A.D.



Sistema Nacional
para la Prevención y
Atención de Donantes



COLOMBIA





Germán Vargas Lleras, ministro del Interior, y Carlos Iván Márquez Pérez, director de la Dirección de Gestión del Riesgo, esperan en el centro interactivo Maloka al presidente Juan Manuel Santos Calderón, quien sancionará la ley 1523 de 2012. La ceremonia fue el 24 de abril de 2012.

UNGRD • Archivo oficina de prensa

Página anterior.

El 20 de abril de 2012 el presidente Santos Calderón recorrió las calles de Paz de Río, uno de los municipios de Boyacá azotados por La Niña.

Presidencia de la República de Colombia • Javier Casella

La urgencia de esa revisión y el replanteamiento era un diagnóstico hecho, incluso antes de La Niña. Y tras el pedido del Presidente, el director de la DGR incluyó el tema en su agenda tan pronto como recibió cargo. De eso habló con su nuevo jefe directo, el ministro del Interior, Germán Vargas Lleras, cuando se conocieron. Márquez recuerda su primer encuentro. La charla tuvo lugar en el despacho del Ministro, quien mientras le hablaba se acercó a la ventana, corrió la cortina y divisó el cielo gris oscuro que cubría a Bogotá y el país por aquellos días.

Estaba lloviendo, como durante casi todo ese año. El Ministro le preguntó qué tan acertado era desde el punto de vista técnico que la DGR, a cargo de un desastre de semejantes proporciones, fuera dependencia de un ministerio. Luego se quedó mirando el paisaje urbano y, según recuerda Márquez, le dijo:

—Vea... aquí lo que hay es agua. Tenemos que trabajar. Usted sabe qué hacer.

El Ministro se refería a que además de la atención a las víctimas y demás temas urgentes era fundamental el proyecto de ley que el Presidente había pedido para mejorar el modelo y poner a Colombia a tono con un tema en avanzada mundial: la gestión del riesgo de desastres y sus tres líneas de acción: conocimiento, reducción del riesgo, una intervención para revertir los procesos que generan riesgos; y manejo de desastres, la actuación ya cuando los hechos catastróficos han acontecido.

Márquez no olvida las palabras del Ministro:

—Lo primero es trabajarle al proyecto... ¿Usted podrá mover esto con el doctor Aurelio Iragorri?

Márquez le respondió que sí, pues compartía la tesis de que muchos cambios institucionales de fondo eran necesarios. Debía hacer llave con Iragorri, viceministro del Interior, y con el Equipo Técnico del Ministerio, que ya trabajaba en la idea. Este último estaba conformado por Richard Vargas y Benjamín Collante. El primero, un ingeniero experto en gestión del riesgo. El segundo, un asesor jurídico con conocimiento pleno acerca de la normativa para atención de desastres en Colombia. Los dos habían trabajado con la anterior directora

de la DGR, Luz Amanda Pulido, quien impulsó los primeros indicios para repensar el nuevo modelo. El grupo había recibido la misión de preparar una solicitud de financiamiento para el Banco Mundial, una de cuyas exigencias indagaba por las políticas nacionales de gestión del riesgo en Colombia.

Se retomaron las bases de lo existente y las actividades se concentraron en dos frentes: replantear el funcionamiento y la naturaleza de la oficina que atendía las tragedias y, más ambicioso aún, proponer un proyecto de ley en el Congreso de la República con una nueva política al respecto. En tal sentido los dos caminos debían ser paralelos, y dentro de un marco adverso y de calamidad: la atención a los millones de víctimas que iba dejando La Niña en el territorio nacional.

Por ahora Márquez había retomado las estrategias de su antecesora e implementado otras como estandarizar los paquetes de asistencia humanitaria de emergencia para afectados. También involucró aún más a las Fuerzas Militares en la atención de la primera respuesta a la emergencia —lo que permitió reducir el tiempo de ayuda prioritaria—, y gestionó más dinero para las víctimas. Germán Vargas Lleras era quien tramitaba los desembolsos correspondientes. Episodios como el de San Vicente de Chucurí, que acababa de ocurrir, se repetían en distintas escalas y variables: deslizamientos, crecientes e inundaciones, por hablar sólo de algunas.

Y además de atender los estragos dejados por La Niña, el director de la DGR y su equipo debían proponer la ley y dar forma al nuevo organismo estatal. El asunto se convirtió en una maratón. «Cuando el doctor Germán Vargas —continúa Márquez— me dijo lo que había que hacer y cuánto tiempo teníamos, hice una consulta interna. Encontramos varias firmas que podían elaborar estudios para esa clase de proyectos. Conseguí los recursos y echamos a andar la iniciativa». Benjamín Collante recuerda que uno de los primeros consensos del equipo técnico fue aprovechar el posicionamiento que ya tenía la DGR. «Lográbamos convocar entidades que estaban por encima de nosotros —cuenta—. Y el primer reto fue establecer de qué naturaleza jurídica sería la que íbamos a proponer. Determinar si crearíamos un departamento administrativo, una unidad especial o un ministerio».



Un policía está de guardia en el punto donde minutos antes ocurrió un derrumbe en el corregimiento de Giraldo, en la carretera que conduce de Bogotá a Medellín, capital de Antioquia. Se cree que unas 30 personas quedaron sepultadas por ese deslizamiento el 28 de septiembre de 2010.

AFP • Raúl Arboleda



El presidente Juan Manuel Santos Calderón visitó los albergues en los que se refugian los damnificados por La Niña en Atlántico. La imagen fue captada en Barranquilla, el 5 de diciembre de 2010. *Presidencia de la República de Colombia • César Carrión*

Al tiempo que se configuraba la nueva entidad, se debatía y redactaba el contenido de los artículos para el proyecto de ley. Con frecuencia Márquez viajaba en las mañanas a entregar ayudas para las emergencias y en la tarde coordinaba las reuniones técnicas en las que los avances en el asunto eran revisados. Una de las firmas que el equipo buscó como asesora para las definiciones de la nueva ley fue la de Omar Darío Cardona, ex director de la Oficina de Atención y Prevención de Desastres, y una voz altamente autorizada en el tema. En cuanto a la configuración de la entidad naciente, el equipo se acompañó de la consultora Consorcio Maximizar Remolina Estrada, especialistas en diseño de empresas. Era necesario realizar estudios de factibilidad, saber con exactitud los objetivos y funciones, determinar la carga de trabajo, el número de funcionarios y el diseño y la estructura de la planta de personal.

Dichos estudios tomaron semanas. Cada avance en la redacción de la ley iba siendo compartido con el presidente Santos Calderón y con las entidades del Sistema de Atención y Prevención de Desastres. La intención del equipo era permitir la participación de todas las instancias y en todo el país; conocer lo bueno del marco legal existente y saber dónde era necesario ajustar conceptos, reglamentos o alcances.

Entre junio y julio el proceso de perfeccionamiento del articulado implicó extenuantes jornadas. El grupo de trabajo, junto con los consultores, afinaba detalles técnicos y ajustes jurídicos. El Director se empeñaba en convocar a todos los sectores, para recibir aportes y socializar las ideas. «Nos preocupaba muchísimo que ese documento final realmente estuviera enmarcado dentro de un lenguaje comprensible desde lo público —recuerda Richard Vargas—. No queríamos que sucediera lo que sucede con algunas normas: cuando no se entienden, simplemente la gente no las usa».

El 10 de agosto de 2011 el ministro del Interior y de Justicia, Germán Vargas Lleras recibió el aval del presidente Santos y entonces radicó ante la secretaría general de la Cámara de Representantes el proyecto de ley. El texto en el encabezado manifestaba la intención de establecer los procesos de conocimiento y reducción del riesgo y los protocolos en el manejo de desastres, y de crear el Sistema Nacional de Gestión de Riesgo. «El propósito de esta propuesta es contribuir a la seguridad, bienestar, la calidad de vida de las personas y al desarrollo sostenible», explicó el Ministro ese día⁵. Lo acompañó Carlos Iván

5. Con información de *Radican proyecto para crear el Sistema Nacional de Gestión de Riesgo*. En: El País, Cali, agosto 18 de 2011.

Márquez Pérez y representantes de las entidades que conforman el Sistema. Se iniciaba así un trámite que, aunque sería muy rápido, encontraría varios retos en el camino.

Ahora era necesario definir la nueva entidad que manejaría el Sistema. Los análisis de la consultora arrojaron que lo más conveniente sería la creación de una unidad administrativa especial, adscrita a la Presidencia de la República. Los alcances fueron debatidos con María Lorena Gutiérrez, entonces alta consejera presidencial para el buen gobierno. Márquez y su equipo visitaron ese despacho, explicaron la propuesta y obtuvieron luz verde. Se inició entonces el reto de cumplir con los trámites administrativos. En esos días, el presidente Santos había sido investido de facultades extraordinarias, otorgadas mediante el decreto 1444 del 4 mayo de 2011. El texto estipulaba que éstas operarían por un término de seis meses. Corría septiembre de 2011 y dicho plazo estaba cerca de cumplirse. El equipo de la DGR supo que era importante aprovechar tal disposición porque específicamente facultaba al primer mandatario para modificar la estructura de la administración pública. Algunos ministerios, como el del Interior y de Justicia, fueron escindidos gracias a eso.

Márquez y su equipo decidieron elevar su solicitud, amparados en ese decreto. Llegaron cuando faltaban horas para que las facultades vencieran. El decreto con la creación de la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres fue firmado el 3 de noviembre de 2011, un día antes de que el 1444 perdiera vigencia. En éste se afirmaba que el Sistema de Prevención y Atención de Desastres requería un mejor direccionamiento. Por eso, dice el texto, era fundamental «actualizar el desempeño (...) y coordinación del mismo, adoptando una visión integral de gestión del riesgo de desastres, que incluya el conocimiento y la reducción del riesgo y el manejo efectivo de desastres asociados con fenómenos naturales y humanos no intencionales».

Luego, con el artículo 1 del capítulo 1 se creaba formalmente la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres, «con personería jurídica, autonomía administrativa y financiera, patrimonio propio, del nivel descentralizado, de la rama ejecutiva, del orden nacional, adscrita al Departamento Administrativo de la Presidencia de la República»⁶. Y más adelante el decreto explicaba sus funciones y

6. Decreto 4147 de 2011.



El miércoles 19 de octubre de 2011 así se veía la vía de La Cordialidad, que comunica a Cartagena con Barranquilla. El Caribe fue una de las zonas más afectadas por el fenómeno de La Niña.

EFE • Ricardo Maldonado





María Clemencia Rodríguez de Santos entregó el sábado 30 de abril de 2011 asistencia humanitaria para 200 familias afectadas por el fenómeno de La Niña en La Dorada, departamento de Caldas.
Presidencia de la República de Colombia • Felipe Ariza

A la izquierda.

El presidente Juan Manuel Santos durante una rueda de prensa en Bogotá, en la sede de la Policía Nacional con el chaleco que lo acredita como máxima autoridad del Sistema Nacional de Prevención y Atención de Desastres. 29 de diciembre de 2010.

AFP • Guillermo Legaria



Empleados de la granja de porcicultura El Castillo, ubicada en la vía entre Cali y Yumbo, departamento del Valle del Cauca, caminan entre el agua, luego de una fuerte inundación que sacudió a la zona por el desbordamiento del río Fraile.

EFE • Carlos Ortega



Una de las calles del municipio de Tiquisio, en el departamento de Bolívar, afectado por las lluvias de La Niña en el segundo semestre de 2012.

UNGRD • *Archivo oficina de prensa*



El presidente Juan Manuel Santos Calderón recibió ayuda entregada por Ecuador a los damnificados por la fuerte Niña que soportaba Colombia. Su homólogo, Rafael Correa, encabezó la delegación en Cali, el 15 de diciembre de 2010.

Presidencia de la República de Colombia • Felipe Pinzón

Así se veía una zona inundada de Tuluá, departamento de Valle del Cauca, el 16 de noviembre de 2010. El fenómeno de La Niña que azotaba el país estaba aún lejos de terminar.

AFP • Carlos Ortega



A bordo de un avión que sobrevoló las zonas cercanas a los municipios de Campo de la Cruz, El Piñón y Cerro de San Antonio, en Atlántico iba el presidente Juan Manuel Santos. Era la zona más afectada por la emergencia invernal producto del rompimiento del Canal del Dique. 7 de enero de 2011.

Presidencia de la República de Colombia • César Carrión



Panorámica de San Vicente de Chucurí, después de la avenida torrencial causada por la quebrada Las Cruces. 18 de octubre de 2011.

Presidencia de la República de Colombia • Felipe Ariza





El presidente Juan Manuel Santos entrega ayudas a las familias afectadas por las lluvias en el corregimiento de Pacelli, municipio de Tibú, Norte de Santander. La visita se cumplió el 4 de abril de 2012.
Presidencia de la República de Colombia • César Carrión



Las distintas entidades del Sistema Nacional de Prevención y Atención de Desastres, entregan ayuda en Córdoba, donde cientos de familias resultaron afectadas por el fenómeno de La Niña. Participa el director de la DGR, Carlos Iván Márquez Pérez.

UNGRD • Archivo oficina de prensa



El incremento de las lluvias por el fenómeno de La Niña inundó el municipio de Tiquisio, departamento de Bolívar, y dejó una estela de destrucción y damnificados en el segundo semestre de 2012.

UNGRD • Archivo oficina de prensa



Cali, la capital del Valle del Cauca, soportó varias inundaciones durante La Niña. Así se veía el panorama el 22 de abril de 2011.
AFP • Luis Robayo













A la izquierda.

Una mujer vive la tragedia de la inundación dentro de su casa en Cali, departamento del Valle del Cauca. Ocurrió el 22 de abril de 2011 en pleno fenómeno de La Niña.

AFP • Luis Robayo

Página 104.

La niña y su bicicleta en una calle inundada de Jamundí, departamento del Valle del Cauca. Ocurrió el 17 de noviembre de 2010, en medio del fenómeno de La Niña.

AFP • Luis Robayo

Página 106.

Así soportó una inundación Palmira, Valle del Cauca, el 30 de noviembre de 2010. En esa zona rural el río Fraile se desbordó debido a las fuertes lluvias del fenómeno de La Niña.

AFP • Luis Robayo



Fueron varios los kilómetros de aéreas cultivadas y viviendas bajo el agua en el margen del río Cauca a su paso por el departamento de Valle del Cauca. El fenómeno de La Niña estaba en uno de sus puntos más críticos aquel 1 de diciembre de 2010.

EFE • Carlos Ortega

A la derecha.

La mujer y la niña caminan en una calle de Bosa, la localidad del sur de Bogotá. Esa zona soportó una fuerte inundación del río Bogotá el 18 de noviembre de 2010.

AFP • Eitan Abramovich



organización: un consejo directivo, un director general y una estructura basada en subdirecciones de conocimiento, reducción y manejo de desastres, además de los órganos de asesoría y coordinación.

Carlos Iván Márquez Pérez fue ratificado y asignado como director. El nombre que recibió, Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres, se acompañó del logo en el que una mano extendida resguarda a un ciudadano, el mismo símbolo que venía acompañando al Sistema hasta ese día. La imagen empezó a aparecer cuando llegaba ayuda tras la tragedia. Así, la sigla UNGRD empezó a abrirse espacio en la actualidad nacional. Hoy Márquez Pérez recuerda cómo fue esa transición: «se creó en noviembre, y en diciembre ya tenía 100 cargos de planta, más los de contrato. Después se hizo un ajuste, a los seis meses, a través de un trámite con el Servicio Civil, para que la estructura tuviera un secretario general y un subdirector general».

Mientras tanto la ley andaba por sus últimos trámites dentro del Congreso de la República. Así, de manera simultánea, fueron desatándose dos cambios distintos aunque complementarios sobre un asunto que cambiaría la vida de millones. Que sería la carta de navegación, entre otras cosas, para que muchos se relacionaran con el entorno y la naturaleza de una forma distinta. Para aprender a convivir con el riesgo, conocerlo, reducirlo y manejarlo.

Con el fin de materializar esta nueva política sería preciso repasar la historia. Buscar entre decretos y leyes que desde los inicios del siglo xx intentaban entender las causas y procedimientos en atención de emergencias. Revisar las lecciones dejadas por grandes tragedias que sacudieron a Colombia: el terremoto que destruyó gran parte de Popayán, incluida su simbólica e histórica catedral; el lahar que suprimió a Armero del mapa, como el que cercena un pedazo de país de su geografía. Analizar también las lecciones derivadas de tragedias como las de Murindó, Tierradentro o el Eje Cafetero, en las que el doloroso lugar común fueron las miles de vidas extinguidas bajo los escombros.

Así era el camino iniciado en noviembre de 2011: reflexionar sobre el pasado y proyectar el futuro. Y todo en medio de la debacle de La Niña, con saldos como la tragedia que golpeó a San Vicente de Chucurí aquella madrugada. Allí se escribió la historia de Andrea Natalia. La suya, como la de ley o la nueva entidad, también dejaría mucho por reflexionar y aprender.





03.

EL CAMINO DE APRENDIZAJE

Con la creación de la Defensa Civil, cuando el Ministerio de Guerra pasó a ser Ministerio de Defensa en Colombia, se dio un gran paso en la atención de desastres. A partir de ese momento el organismo asumió trascendentales tareas de atención y estuvo presente en todas las tragedias de finales del siglo xx en Colombia. Aquí, en una escena de 2005, tras la extenuante jornada de atención de incendios forestales el 5 de enero en Bogotá.

AFP • Eitan Abramovich



El lente de uno de los fotógrafos más importantes del siglo xx en Colombia, Sady González, captó así los hechos del 9 de abril de 1948. El panorama en el centro de Bogotá era de tierra arrasada.

El Tiempo • Sady González

7.

Los datos sobre desastres, tales como número de víctimas, magnitud de sismos, características del evento, cálculos sobre afectaciones o número de víctimas, entre otros, serán citados de *Evaluación de Riesgos Naturales—Colombia—ERN. Consultores en riesgos y desastres*. En la portada del informe aparecen los logos del Banco Mundial, la Agencia Colombiana de Cooperación Internacional y el Departamento Nacional de Planeación. Hay dos subtítulos: *Definición de la responsabilidad del Estado, su exposición ante desastres naturales y diseños de mecanismos para la cobertura de los riesgos residuales del Estado* y *Estudio sobre desastres ocurridos en Colombia: estimación de pérdidas y cuantificación de costos*. Firman el estudio: Omar Darío Cardona Arboleda, Gustavo Wilches-Chaux, Ximena García, Elizabeth Mansilla M., Fernando Ramírez Gómez, Mabel Cristina Marulanda. Lo que se busca al citar las cifras de una sola fuente es unidad ya que, en algunos casos, los registros difieren según la fuente. Cada vez que se cite este estudio se hará con su sigla, ERN, y con la respectiva página donde aparece el dato.

8.

ERN página 1-136.

La imagen es amarillenta. El plano general busca, entre saltos desordenados, hacer foco en un grupo que observa algo. Paneo confundido a izquierda y derecha. La imagen alcanza a mostrar los curiosos que parecen desconcertados. Un hombre de camisa a rayas pasa por el frente de la cámara —los brazos en jarras, el gesto atribulado—. Por fin el plano está más quieto y se puede ver mejor. Son escombros. Pedazos de un muro blanco, dos o tres llantas, algo que parece una nevera, trozos de madera puntiagudos y, de entre ese mundo retorcido y acabado, se asoman las farolas y la persiana de un automóvil. Allí, hasta hoy, vivía una familia.

La ciudad en ruinas es Tumaco, Nariño. La grabación fue hecha la mañana del 12 de diciembre de 1979. El terremoto ocurrió unas horas antes: exactamente a las 3:00 de la madrugada. El epicentro fue en el mar, frente a la ciudad. Con una magnitud de 7.9 en la escala de Richter y una profundidad de 33 kilómetros, se sintió en toda Colombia, Panamá, Ecuador y parte de Venezuela. Los expertos en riesgos y desastres⁷ dicen además que la violencia del sismo tuvo tres efectos inmediatos: vibraciones fuertes, licuación de suelos y tsunami, con olas de hasta seis metros de altura⁸.

La de Tumaco es una tragedia de relevancia trascendental no sólo por el número de muertos, cerca de 600, sino porque planteó interrogantes acerca de la atención a las víctimas de los eventos naturales. Hay quienes fijan en ese momento una de las estaciones definitivas en el largo camino de la cultura de la prevención y atención, y se cree que aquella madrugada en el Pacífico colombiano se cerró un ciclo, iniciado en la primera década del siglo XX, precisamente en ese mismo puerto, pero en 1906. Las tragedias posteriores a ese día de principios de siglo fueron atendidas de una manera distinta, y generaron otras reacciones. Por eso Tumaco es el fin de algo que comenzó varios siglos atrás.

La Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales lleva un registro de los desastres desde antes del nacimiento de Colombia como nación. Su primer reporte es una creciente del río Bogotá en 1581. De ahí en adelante la lista es extensa, aunque es probable que el sub-registro también. El geólogo Armando Espinosa Baquero, autor de la *Enciclopedia de desastres naturales en Colombia*, ubica un claro punto de quiebre en el concepto de fenómeno natural que se tenía en la Nueva Granada. «El aviso que publicó el primer

periódico de Colombia acerca del terremoto de 1785, se refiere por primera vez a éste como un fenómeno con origen en la naturaleza. Anteriormente se hablaba de castigos».

Los procesos para asimilar, entender y explicar los eventos del entorno natural han avanzado simultáneamente con la cultura y la sociedad. Es difícil encontrar un presidente en Colombia que no haya lidiado con una tragedia o una calamidad. Incluso a Simón Bolívar le tocó. «El terremoto de 1827 es el escenario más grave que ha tenido el país, desde el punto de vista de la amenaza —dice Espinosa Baquero—. Destruyó medio país, incluyendo Bogotá. Sucedió bajo la Presidencia de Bolívar y en medio de una situación política bastante compleja. Lo máximo que pudo hacer Bolívar fue pedirles información a los gobernadores y los alcaldes en todas las regiones del país»⁹.

Durante décadas no era muy claro qué hacer ante una tragedia. El primer marco legal de procedimiento se definió sólo hasta finales del siglo XX, pero la creación de algunas instituciones, y distintos hechos catastróficos no siempre de origen natural —es decir de causa antrópica—, se pueden entender hoy como las estaciones de ese largo camino.

La fundación de la Cruz Roja Colombiana fue uno de esos momentos definitivos. El organismo nació en aquella Colombia recién azotada por la guerra de los Mil Días y la separación de Panamá. La historia está consignada en el libro *La Cruz Roja en la historia de Colombia*, del periodista Javier Darío Restrepo. El acto tuvo lugar en el teatro Colón de Bogotá, el 30 de julio de 1915. Ese día se concretaba lo que inició en tiempos de confrontación inclemente durante el cambio de siglo. En ese tiempo un grupo de médicos y empresarios decidió que ayudaría, de manera neutral, a los afectados de esa guerra¹⁰.

Javier Darío Restrepo desarrolla en profundidad esa historia. Y es importante destacar tres fechas claves que reseña: la fundación en 1915; el reconocimiento de la personería jurídica por parte del presidente José Vicente Concha, el 22 de febrero de 1916; y el reconocimiento internacional, entregado al grupo entusiasta de médicos el 22 de marzo de 1922. De esa manera Colombia empezó a contar con un organismo de atención a víctimas de distintos sucesos, entre ellos los desastres con origen en la naturaleza.

9.

Para revisar los antecedentes del concepto de *vulnerabilidad* puede regresar a información consignada en la Introducción de esta publicación.

10.

En ese libro Javier Darío Restrepo hace un interesante recorrido que avanza en dos rieles: la historia de Colombia y la de la Cruz Roja. El antecedente de las primeras campañas humanitarias en la guerra de los Mil Días está narrado de la siguiente manera. *En compañía del empresario Santiago Samper y de los cirujanos de la Casa de Salud de El Campito, José María Montoya, Nicolás Buendía y 26 médicos más, 42 practicantes, 8 hermanas de la caridad, un capellán y un farmacéuta, organizaron la primera ambulancia. Ardía en ese momento, con toda intensidad, el incendio de la guerra de los Mil Días (...)* En los primeros días tuvieron que demostrar, ante una desconfianza generalizada, que para ellos un herido o un enfermo no eran ni liberales, ni gobiernistas, sino seres humanos a quienes se debía ofrecer toda la atención médica posible. [Restrepo, 2005, página 22].



Imagen histórica de los hechos del 9 de abril de 1948 en Bogotá, en el lente de uno de los fotógrafos más importantes del siglo XX en Colombia: Sady González.
El Tiempo • Sady González





Un día después del bogotazo, el 10 de abril de 1948, así se veía la Plaza de Bolívar, en el centro de Bogotá. El día de las revueltas resultó clave en la historia de la gestión del riesgo y en cuanto a legislación en la materia.

EFE • European Press Service

No es muy claro cuál fue el impacto real y cómo se atendieron grandes tragedias en el país, como el terremoto de Tumaco de 1906. «Es el terremoto más fuerte en la historia del país, en términos de fenómeno. Hubo además 2.500 muertos por tsunami —dice Espinosa Baquero—. Ese sismo todavía está entre los diez más fuertes del mundo. Un terremoto de 8,8, es una cosa monstruosa». La página electrónica del Instituto Geofísico de Ecuador confirma que el epicentro fue frente a las costas de los dos países y que ocurrió a las 10:36 de la mañana del 31 de enero.

Cuando eso ocurrió no existía la Cruz Roja. Pero después de su fundación hubo nuevos hechos graves, como los deslizamientos de tierra en Boyacá, en los años treinta, o la serie de terremotos que afectó a Nariño, entre 1923 y 1936: en total siete sismos de magnitud importante. Dice Espinosa que la Iglesia Católica atendió a las víctimas en campamentos y coordinó la entrega de auxilios, y que el gobierno de Ecuador apoyó al país en uno de esos eventos, específicamente el que ocurrió en Túquerres.

O el grave incendio que destruyó Manizales en 1925. En algunos de esos casos la Cruz Roja tomó partido, aunque su capacidad aún era limitada. Cuenta Javier Darío Restrepo que para atender la tragedia fue necesario movilizar la ayuda humanitaria en tren, desde Bogotá, por Facatativá y hasta Honda; y luego a lomo de mula por la ruta Mariquita-Fresno. El viaje duró más de veinte días.

En todo caso, más de treinta años después de la fundación del organismo humanitario, no existía una entidad oficial que apoyara las tareas de atención humanitaria cuando ocurrían tragedias. Se necesitó un hecho de proporciones catastróficas, aunque de naturaleza antrópica, para que se expidiera un primer decreto sobre el tema.

Ocurrió aquella tarde, cuando en el centro de Bogotá, en plena avenida Jiménez con carrera Séptima, sonaron cuatro disparos. Ese día asesinaron al político liberal Jorge Eliecer Gaitán. Fue el 9 de abril de 1948 y el hecho desencadenó la violenta jornada de muerte y destrucción conocida como el bogotazo. Desde la segunda mitad del siglo xx, hasta hoy, decenas de pensadores, escritores y académicos se han dedicado a determinar cómo el magnicidio cambió el rumbo del país. Puede afirmarse incluso que este hecho tuvo consecuencias en la atención de desastres.

Ese día la Cruz Roja participó activamente en el cuidado de las víctimas. En la investigación para su libro, el periodista Restrepo habló con Roberto Liévano y Alberto Vejarano, que en abril de 1948 eran dos jóvenes estudiantes de medicina y terminaron atendiendo a los heridos de la cruenta batalla campal. Liévano y Vejarano se convirtieron después en destacados dirigentes de la Cruz Roja. Pero ese día, con Bogotá en llamas, estuvieron cerca de morir en su empeño de atender a los heridos.

Liévano, por ejemplo, le contó a Restrepo cómo eran los traslados en las improvisadas ambulancias: «y era tal la balacera que nosotros viajábamos en el carro acostados en el suelo, con pacientes y todo». Vejarano reveló que tuvo la muy difícil misión de llevar los muertos tirados en las calles al Cementerio Central¹¹. Hospitales de guerra en los barrios de la ciudad y sábanas blancas con una cruz en la mitad como improvisados emblemas. La Cruz Roja recogió ayudas, contabilizó muertos e hizo registros de toda clase.

El hecho de que un organismo no gubernamental quedara a cargo de esa tarea dejó en evidencia que en el país no existían políticas públicas o procedimientos preestablecidos en caso de una emergencia de cualquier origen. Ocho meses después, el gobierno de Mariano Ospina Pérez promulgó la ley 49 de 1948, «por la cual se provee a la creación del Socorro Nacional en caso de Calamidad Pública».

11.

Restrepo, 2005, páginas 64 y 65.

12.

Entrevista con Omar Darío Cardona para esta publicación. Mayo de 2016. Fue un extenso diálogo en el que se abordaron varios temas sobre la gestión del riesgo de desastres. Cardona es una de las autoridades del tema en Colombia, como académico y como director del Sistema Nacional de Prevención y Atención de Desastres, 1992 – 1995. En los siguientes capítulos será citado este diálogo con atribuciones directas o al pie de página.

En el artículo 1 de dicha ley, se establecía que la Cruz Roja, «en acuerdo con los ministerios de Guerra y de Higiene, y con la ayuda y cooperación de ellos, establecerá y coordinará la organización de socorros para siniestros». A ese incipiente modelo de Sistema se le llamó «Socorro Nacional en Caso de Calamidad Pública». Dejaba claro que el campo de acción era en todo el país y precisaba que, en todo caso, el Socorro no era el responsable de la reconstrucción. El ingeniero y experto en gestión del riesgo Omar Darío Cardona dice hoy que en la creación del Socorro algunos conceptos se confundieron: «Era una visión para tener reservas y elementos para apoyar situaciones de emergencia y urgencia. De hecho se mezclaba mucho ese concepto con las redes de urgencia, y con el tema de la logística para accidentes»¹².

Los hechos del 9 de abril fueron para la Cruz Roja una especie de laboratorio para afinar su manera de actuar. Las evidencias posteriores abundan. Por ejemplo, la de la mañana del 12 de julio de 1954, cuando un derrumbe sepultó una vivienda en el kilómetro 7 de la vía entre Medellín y Rionegro. El sector es conocido como Media Luna. En ese momento, cerca de siete individuos quedaron atrapados en el sitio. Los bomberos y socorristas llegaron para hacer su trabajo y la zona, además, se llenó de curiosos.

Se cree que unas 1.000 personas estuvieron rondando la peligrosa zona de la emergencia. Esa noche, cuando aún había unos 150 curiosos en el sitio, otro segmento de la montaña se desprendió: esta vez una descomunal masa de rocas y tierra. Allí quedaron enterradas decenas de gentes, entre rescatistas, curiosos y familiares de las víctimas iniciales. Al final, la Cruz Roja de Antioquia participó en el rescate de 70 cuerpos, pero la certidumbre de que al menos un centenar más de éstos quedó allí atrapado perduró para siempre¹³.

Pero la que pudo ser la primera gran prueba para el Socorro Nacional quedó planteada ocho años después de su creación, con una tragedia de grandes proporciones sucedida en Cali, Valle del Cauca. La madrugada del 7 de agosto de 1956 llegaron a la ciudad seis camiones con cargamentos de 42 toneladas de explosivos, recogidos en el puerto de Buenaventura. Se estacionaron cerca de la Tercera Brigada del Ejército. Quizá fue la luz del algún cigarro, quizá la llama de una vela lejana o quizás el calor... pero en todo caso, la desgracia fue infinita. La explosión dejó un cráter de más de sesenta metros de diámetro por veinticinco de profundidad. Cali se convirtió en un campo de tierra arrasada.

El número de víctimas nunca fue determinado con claridad, pero se cree que la explosión mató unos 1.500 y dejó heridos a cerca de 5.000. «Entre la oscuridad y a la luz de los mechones y de las lámparas de mano comenzaron los primeros operativos de rescate», relata Javier Darío Restrepo en su libro. Eran años del gobierno de facto del general Gustavo Rojas Pinilla. Su hija, María Eugenia Rojas de Moreno, había quedado a cargo del Servicio Nacional de Asistencia Social, Sendas, fundado para atender a las víctimas de las intensas agitaciones sociales vividas en esos días.

13.

Uno de los reporteros que cubrió la tragedia fue Gabriel García Márquez, enviado por El Espectador una semana después de los hechos. Dicen los estudiosos de su obra que este fue su primer gran reportaje, cuyo inicio dice: *El lunes 12 de julio, un poco antes de las siete de la mañana, los niños Jorge Alirio y Licio Caro, de once y ocho años, salieron a cortar leña. Era un trabajo que realizaban tres veces por semana, con un pequeño machete de cachas de cuero, gastado por el uso, después de tomar el desayuno en compañía de su padre, el arenero Guillermo Caro Gallego, de 45 años.*

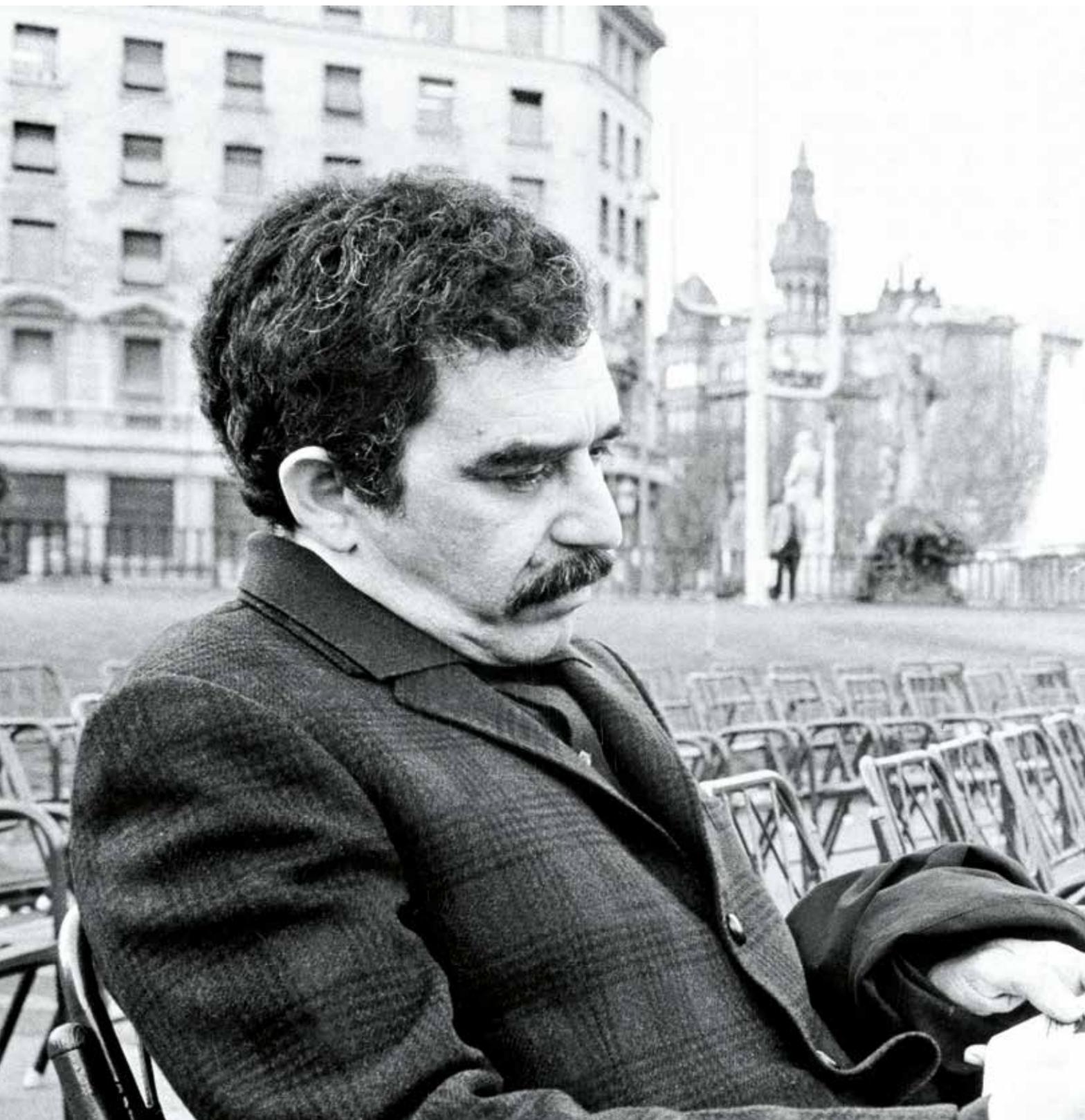
Ese servicio de la Presidencia se encargó de la ayuda a las víctimas de Cali y la Cruz Roja quedó excluida. Artículos de prensa de la época cuestionan la colaboración que recibieron los afectados, calificada de precaria y deficiente. El análisis que hace hoy Omar Darío Cardona consiste en que, sobre todo, en aquella tragedia de Cali se perdió una oportunidad de aprendizaje: «Curiosamente eso no generó una actitud por parte del gobierno colombiano para enfrentar ese tipo de eventos, porque se vio como un accidente; como esos temas infortunados que ocurren. En este mismo orden, los fenómenos naturales se veían también como cosas del infortunio y de la mala suerte».

El país tuvo que esperar una década más para un nuevo hecho significativo, en materia de legislación o normas en favor de la atención de víctimas. Hoy se puede decir que ocurrió casi por azar, pues el objetivo del decreto 3398, de 1965, no fue crear un organismo de atención. Pero ese día nació la Defensa Civil.

El mencionado decreto lo que hizo, ante todo, fue impulsar el Ministerio de Defensa Nacional, que reemplazó al Ministerio de Guerra. El cambio de enfoque fue fundamental, pues se asumió que el enemigo no estaba fuera de las fronteras sino adentro, y en concreto en los nacientes grupos de guerrilla que en ese momento surgían en Colombia, en parte por inspiración y consecuencia directa del triunfo de la revolución cubana, liderada por Fidel Castro.

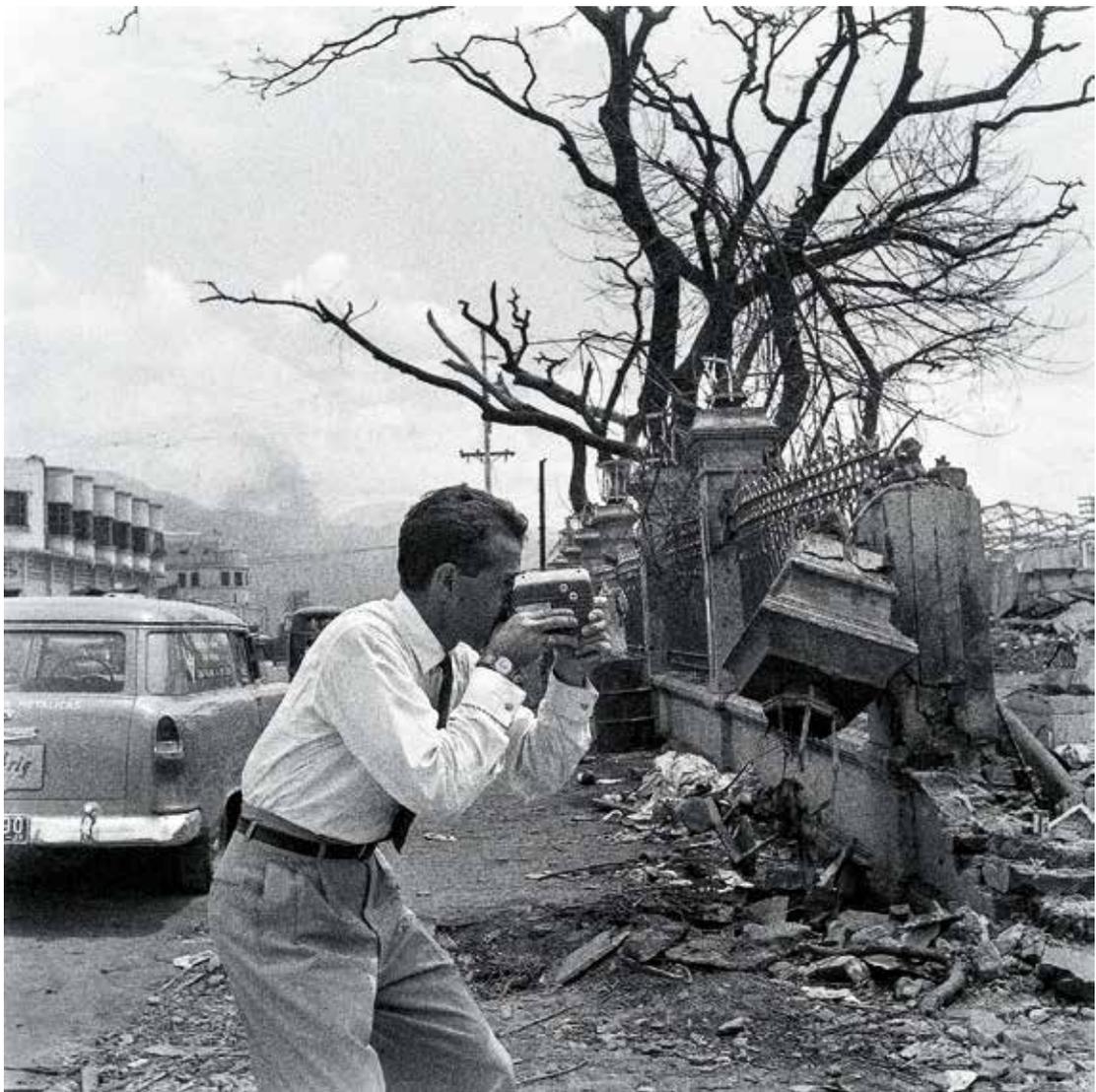
El caso es que la política internacional influyó de manera directa en la nueva estructura del Estado colombiano. En la configuración del nuevo Ministerio de Defensa se definió también la defensa ciudadana como «las medidas, disposiciones y órdenes no agresivas, que tiendan a evitar, anular o disminuir los efectos que la acción del enemigo o de la naturaleza puedan provocar sobre la vida, la moral y los bienes del conglomerado social».

Esa tesis fue profundizada por el decreto 606 del 6 de abril de 1967, que formalizó la Dirección Nacional de la Defensa Civil, como una dependencia de la Presidencia de la República, con dos grandes brazos: el cuerpo oficial, en el que están los directivos, y el voluntariado, conformado por juntas de la Defensa Civil.



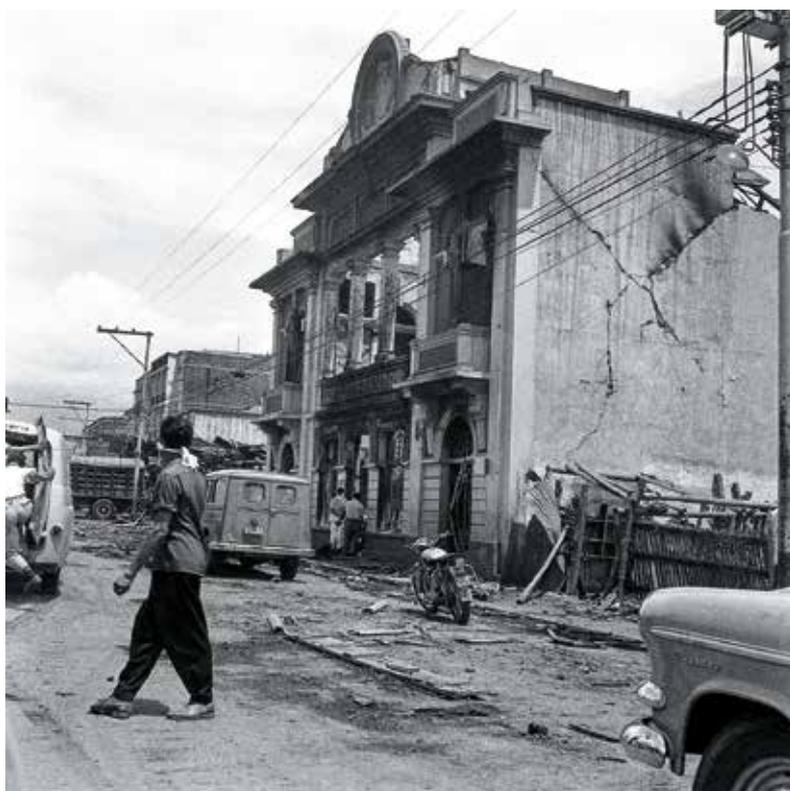


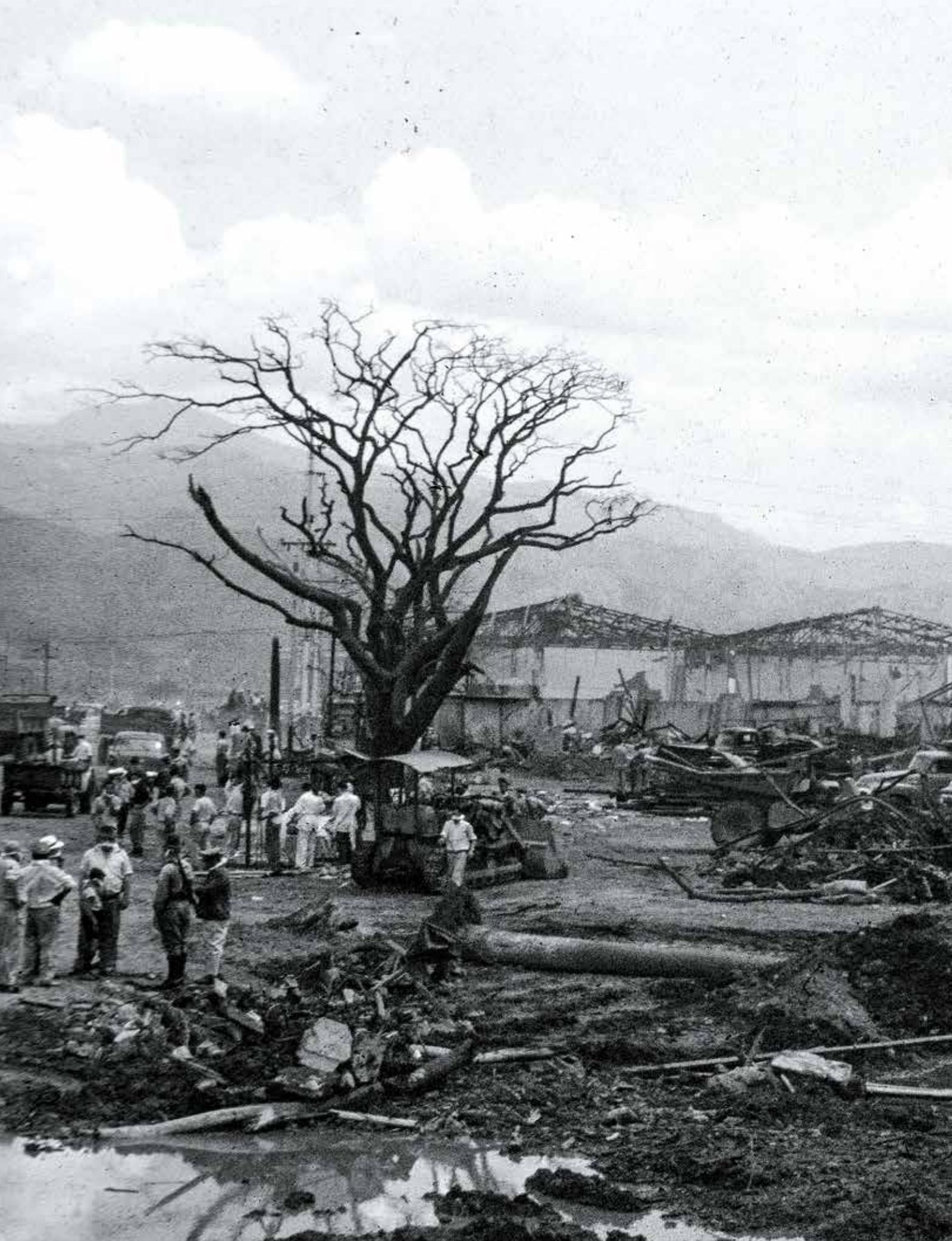
Dicen los estudiosos de la obra de Gabriel García Márquez que uno de sus primeros grandes reportajes fue sobre una tragedia. Como reportero de *El Espectador* cubrió el trágico derrumbe en el sector de la Media Luna, en la vía entre Medellín y Rionegro. Aquí una imagen del 2 de noviembre de 1970, en Barcelona, ciudad que el escritor había elegido para trabajar en su novela *El otoño del patriarca*.



Imágenes que muestran la magnitud de la tragedia que sacudió a Cali la madrugada del 7 de agosto de 1956, cuando llegaron a la ciudad seis camiones cargados de 42 toneladas de explosivos. Se estacionaron cerca de la Tercera Brigada del Ejército y en la madrugada explotaron. Fue una de las mayores tragedias en Colombia en el siglo XX y ocurrió con un número todavía indeterminado de muertos, pero calculado en miles.

Archivo particular • Nils Erik Bongue Bartelsman









El primer organismo de atención de emergencias que existió en Colombia fue la Cruz Roja, cuyos antecedentes de atención se remontan a la Guerra de los Mil Días y fue fundada oficialmente el 30 de julio de 1915. Aquí la imagen de un voluntario en una operación de rescate en Suárez, Cauca, el 13 de octubre de 2007.
AFP • Carlos Julio Martínez

A la derecha.

El uniforme azul, y en los primeros años negro, de Cruz Roja Colombiana estuvo presente en todas las tragedias que azotaron a Colombia en el siglo XX. Dos médicos insignes y a la postre definitivos en el futuro de esta institución fueron Roberto Liévano y Alberto Vejarano.

AFP • Pedro Ugarte



Cardona cree que es ineludible el contexto con el que surgió el organismo. «Ahí de pronto hay un elemento más de tipo político, que pretendía combatir ese ‘enemigo’ que representaba el comunismo. La Alianza para el Progreso¹⁴ justamente trataba de fortalecer esas capacidades institucionales, y se hablaba de estar listos en paz y emergencias».

La nueva mirada de Estados Unidos al lado sur del continente tuvo ese tipo de repercusiones. Y la evidencia es que el cambio fue notorio hasta en la conformación de cuerpos de bomberos y organismos civiles y de voluntariado para atender situaciones de emergencia. Dos decretos posteriores, ya de los años setenta, le dieron a la Defensa Civil autonomía financiera y el enfoque y perfil que aún hoy tiene. La Defensa Civil, la Cruz Roja y Socorro Nacional enfrentaron las tragedias de esa década que, principalmente, fueron dos: el sismo con tsunami en Tumaco y un terremoto que sacudió meses antes a Manizales.

Está documentado como el terremoto del Eje Cafetero o el sismo de Manizales y Pereira, el 23 de noviembre de 1979. Según el reporte de la consultoría ERN, el Centro Nacional de Información de Terremotos (NEIS), de Estados Unidos, ubicó el epicentro en los límites entre Chocó y Valle del Cauca, a 106 kilómetros de profundidad y con una intensidad de 6.3 en la escala de Richter¹⁵. Se le ubicó en la categoría de ‘carácter destructor’ y según la información sismológica de ese momento, el hecho dejó 27 muertos y 262 heridos. En Manizales causó un deslizamiento que mató a 6 y en Pereira uno más con 9 muertos.

Menos de dos semanas después ocurrió el fuerte terremoto que dejó a Tumaco sumido en la destrucción. La grabación del carro tapado por escombros, donde un día vivió una familia, y del hombre estupefacto que pasa y luego la cámara que se va a las cicatrices en la tierra por cuenta del terremoto. Hubo hundimientos de hasta ochenta centímetros, en la isla Gorgona, y de hasta treinta en Tumaco. La sacudida fue de tal magnitud, que la isla El Guano desapareció; hubo un cambio definitivo en la playa de la isla El Morro y la población de San Juan de la Costa desapareció por el tsunami.

14. Cardona se refiere a la *Alliance for progress*, por su nombre en inglés, que fue como se le conoció al programa de ayuda económica, política y social de Estados Unidos para América Latina. Una de las banderas políticas de John F. Kennedy, que se implementó entre 1961 y 1970. En el año que se inauguró esa política Kennedy estuvo en Colombia en visita oficial.

15. ERN, 2004, página 1-134.

El presidente de la República, Julio César Turbay Ayala, encargó a su esposa, Nidia Quintero, de coordinar las ayudas para los afectados. Así nació la primera entidad para la atención a los afectados de una tragedia, en una costumbre que se repitió en décadas posteriores, aunque cuando se definieron los lineamientos de una política de gestión de riesgo, el hecho de crear entidades exclusivas para la atención de un evento sea contradictorio.

Lo cierto es que la Corporación Solidaridad por Colombia asumió el apoyo, que consistió en menajes y elementos básicos para los afectados. Reubicó de manera temporal a quienes así lo requerían, aunque eso fue el detonante para que una zona de bajamar se poblara, a pesar de que estaba en riesgo. Fue un enfoque de atención basado en la ‘caridad pública’, porque la responsabilidad del Estado no estaba definida, según el diagnóstico posterior de expertos¹⁶.

Cardona cree que además de ese incipiente y en el futuro polémico modelo de ayuda, la principal herencia del segundo terremoto en Tumaco fue poner a hablar al país de la sismo resistencia: «Yo diría entonces que es ahí cuando empieza la nueva era. Ciudades como Manizales crearon una norma sismo resistente propia de la ciudad». Y lo hicieron, aunque la ley no lo exigía, pues en el país no existía en ese momento ninguna norma obligatoria al respecto. Pero el concepto ya había sido interiorizado por un grupo específico de ingenieros, quienes para ese momento ya empujaban avances definitivos que tardarían cuatro años en verse consolidados.

El camino se estaba iniciando. Harían falta días de remesones intensos, como el que sacudió a Popayán cuatro años después, y lecciones dolorosas, por cuenta de corrientes de lodo y escombros que sepultaron pueblos enteros. Un duro y luctuoso camino que —como en los versos de Machado— sólo era posible hacer al andar.

16.
Ibidem.



SIGLO XX: TRAGEDIAS IMBORRABLES

Dos países de Centroamérica y uno del Cono Sur soportaron algunas de las peores tragedias en el continente en las últimas décadas del siglo xx. Algunas imágenes que permiten hacer memoria de un tiempo cuando la gestión del riesgo era un tema desconocido y aún por explorar en el mundo.



Estado de la vía Chimbote, Lima tras el sismo que sacudió a Áncach, Perú, 31 de mayo de 1970.

EFE • UPI

A la derecha.

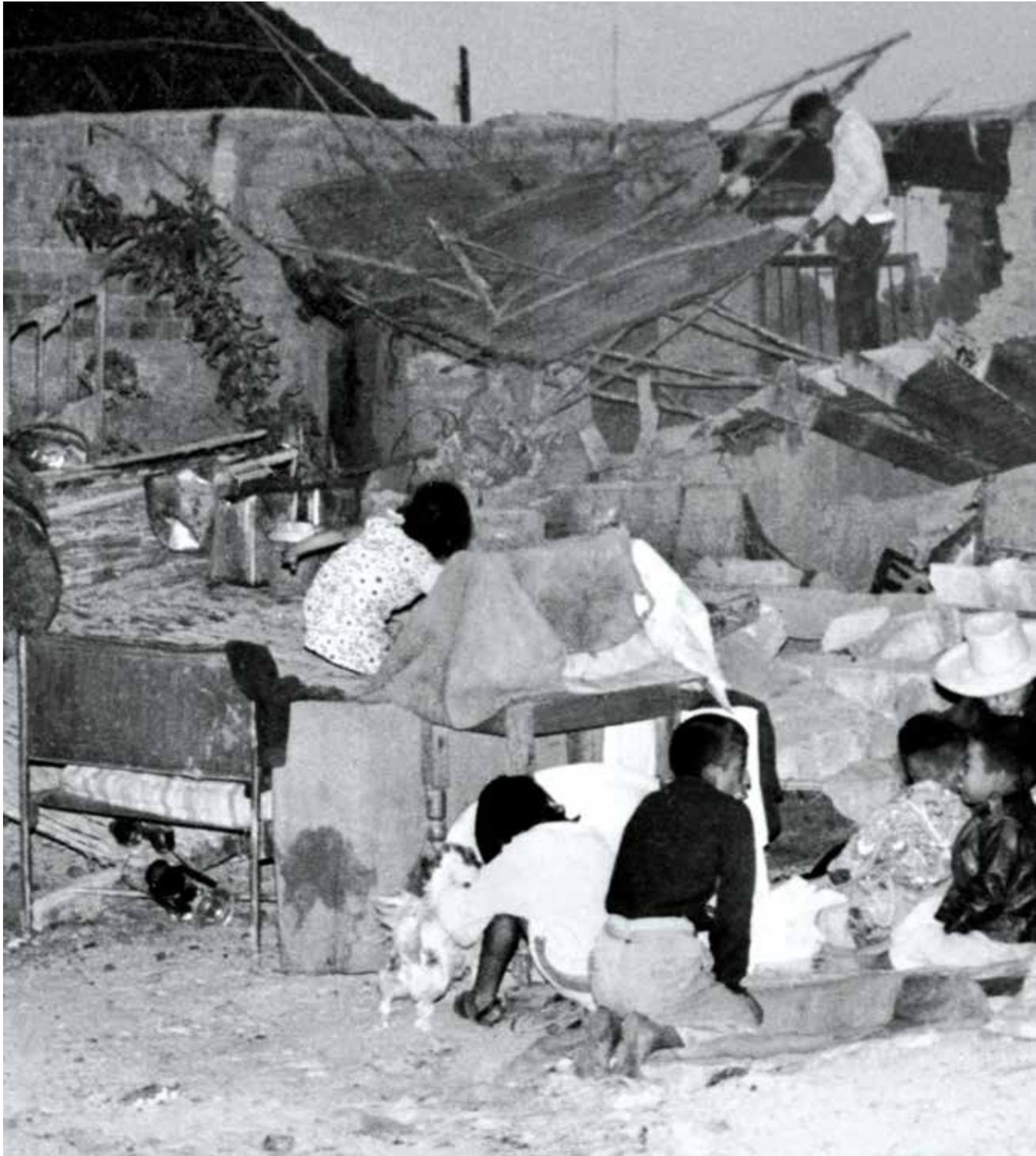
Panorama de destrucción en Chimbote tras el sismo que sacudió a Áncach, Perú, 31 de mayo de 1970.

UNICEF • AFP



PERÚ: TRAGEDIA EN ÁNCACH

El 31 de mayo de 1970 un terremoto sacudió el departamento peruano de Áncach. La magnitud fue 7.9 y lo siguió un aluvión que sepultó la ciudad de Santo Domingo de Yungay. Se calcula que diez mil personas murieron.





Una familia intenta organizar un hogar temporal usando muebles encontrados en las ruinas en la plaza principal de Huaraz, una de las zonas afectadas por el terremoto de Áncach, Perú, 31 de mayo de 1970.

AFP



Un soldado patrulla por Managua, ciudad destruida por el terremoto de magnitud 7.2 el 23 de diciembre de 1972.

EFE • UPI

A la derecha.

Vista aérea de un barrio céntrico de Managua, Nicaragua, destruido totalmente tras el terremoto del 23 de diciembre de 1972.

EFE • UPI



NICARAGUA: CAPITAL DESTRUIDA

El 23 de diciembre de 1972 un terremoto de magnitud 7.2, según la escala de Richter, afectó a Managua. Se reportó la muerte de 10.000 personas.





Aspecto de la destrucción en los barrios céntricos de Managua, Nicaragua, tras el sismo del 23 de diciembre de 1972.

EFE



Abajo.

Detalle de las grietas en las calles del Distrito Federal tras el sismo.

AFP • Derrick Ceyrac

A la izquierda.

Uno de los edificios que colapsó en el Distrito Federal tras el sismo del 19 de septiembre de 1985.

AFP • Jonathan Utz



DISTRITO FEDERAL EN RUINAS

Una de las catástrofes más recordadas del siglo XX en América es el terremoto que destruyó la ciudad de México D.F. La magnitud fue de 8.1 y el cálculo de víctimas mortales llegó a 20.000.



04.

JUEVES SANTO Y TERRIBLE EN POPAYÁN

Habitantes de los barrios afectados por el sismo en Popayán
buscan sus pertenencias entre los escombros de sus viviendas.

EFE



Decenas de personas acudieron a la catedral de Popayán, destruida por el sismo, para rescatar víctimas o imágenes religiosas que quedaron bajo los escombros.

El Espectador

El viejo mandato de llegar temprano a la iglesia. Un hombre abre el periódico. Otro más descansa en su apartamento; digamos que en el bloque de edificios Pubenza, tras un desayuno que pudo ser con empanadas de pipián. Una señora que ya limpia la fachada de su casa, puede ser en el barrio La Esmeralda o el Modelo. Un médico, digamos que Santiago Ayerbe, que se prepara porque tiene turno en el hospital. El administrador del matadero, digamos que Palmiro Velasco, dispone en el barrio Santa Clara otra jornada de descanso: no son días de venta de carne. Es Jueves Santo. Es Popayán y es el centro histórico o uno de sus barrios. Son las 8:13 minutos de la mañana. Dieciocho segundos después, todo cambió¹⁷.

El terremoto que sacudió a Popayán aquella mañana ocurrió cuando la ciudad estaba todavía a media marcha: mucha gente estaba en su casa y los feligreses de la concurrida y famosa Semana Santa ya llegaban a las iglesias del centro de la ciudad. La magnitud en la escala de Richter fue de 5.5 y el epicentro a pocos kilómetros, en el occidente de la ciudad. La profundidad fue calculada por los científicos entre 12 y 15 kilómetros, lo que ubica el sismo en el rango de ‘superficial’ y mortalmente peligroso. Estudios posteriores aseguran que ocurrió debido al desplazamiento de la falla Rosas-Julimito, perteneciente al sistema Romeral¹⁸.

17.

Los casos de víctimas y sobrevivientes que se citan en este capítulo con nombre propio, son citados específicamente de estas piezas periodísticas: dos crónicas del diario *El País* de Cali, a propósito de los aniversarios veinticinco y treinta de la tragedia, respectivamente. También se retomaron testimonios de Noticias RCN televisión, incluidos en el especial periodístico de los treinta años del terremoto. Ver la bibliografía. Algunas de las víctimas también están entre las entrevistas que se lograron de manera exclusiva para esta publicación, durante mayo y junio de 2016.

18.

ERN, 2004, Página 1-8.

El centro histórico de Popayán, aquel tesoro arquitectónico con más de cuatro siglos de historia, fue una de las zonas más afectadas por el terremoto. Quienes cultivaban la vieja costumbre de llegar temprano a la catedral Basílica de Nuestra Señora de Popayán, porque la celebración iniciaba a las 9:00 de la mañana, fueron sorprendidos por el techo que se les vino encima. El hombre del periódico, digamos que Alberto Grijalba, corrió al templo tras el sacudón que lo sacó de su cama. Allí encontró a su abuela, quien murió aplastada por la cúpula, aún de rodillas, elevando una plegaria.

Allí en la catedral quedó el mayor número de víctimas. El día y la hora en que ocurrió el evento es para los expertos una de las características más relevantes de esta tragedia: Jueves Santo, Popayán; que es lo mismo que decir uno de los días más importantes y esperados, según las tradiciones católicas de la ciudad. Para esas celebraciones acuden miles de turistas cada año y aquel 1983 no fue la excepción. También resultó determinante la hora: 8:13 minutos. Porque ya había fieles en las iglesias. Pero se cree que si hubiese ocurrido en otro momento de

ese mismo día, los estragos habrían sido mayores: las concurridas procesiones de Semana Santa en Popayán se cumplen en las noches.

Lo cierto es que la coincidencia temporal potencializó la vulnerabilidad de la ciudad, en materia de vidas expuestas. Uno de los atractivos de la programación de Semana Santa es el Festival de Música Religiosa y para el momento del terremoto ya estaban allí los músicos participantes. Y no sólo la catedral terminó en ruinas. La iglesia de Santo Domingo también experimentó averías. Hoteles y decenas de casonas centenarias. Balcones del barroco. Nichos y molduras. Balaustradas y aldabas. Todo en tierra, destruido en apenas dieciocho segundos.

Las estructuras más grandes con un patrón de destrucción común: las tejas de barro del techo colapsaron, por la violencia del movimiento, y luego las paredes de adobe también se vinieron abajo. Las que quedaron en pie resultaron afectadas posteriormente por los fuertes aguaceros que azotaron la ciudad. Los estragos fueron en el 90% de la zona de conservación: monumentos, templos, fachadas ancestrales, incluidas en los registros de patrimonio histórico de Colombia.

La onda de destrucción alcanzó construcciones recientes, de cemento y ladrillo. Barrios como El Cadillal, Pandiguando y La Esmeralda estuvieron entre los más afectados. El condominio familiar de apartamentos llamado Pubenza, en el barrio Modelo, fue uno de los puntos de mayor mortalidad. Allí, algunos de los edificios de cuatro pisos quedaron convertidos en una confusión de placas de concreto apiladas de mala manera, hierros retorcidos y muerte. Las cifras oficiales hablan de 287 muertos, 7.248 heridos y cerca de 150.000 afectados¹⁹.

Amalia Grueso de Salazar era la gobernadora de Cauca. Tras los dieciocho segundos, salió a la calle para hacer una primera evaluación de lo ocurrido. En el camino se encontró con Samuel Silverio Buitrago, arzobispo de la ciudad, quien también intentaba salir del impacto inicial. «Teníamos el corazón oprimido», recordó treinta años después²⁰. Lo primero que se le ocurrió fue acudir al comando de la Policía. El edificio estaba en ruinas. Debía comunicarse con el presidente de la República, Belisario Betancur Cuartas y, por el momento, era imposible.

19.
ERN, 2004, página 1-8.

20.
Amalia Grueso de Salazar es una de las fuentes entrevistadas para esta publicación. Pero también se cita desde su discurso de conmemoración, 30 años después de la tragedia.

Ese año ni Popayán ni ninguna ciudad colombiana estaba plenamente preparada para un evento de esta magnitud. Omar Darío Cardona cree, sin embargo, que el terremoto fue un punto de quiebre para que las emergencias en Colombia comenzaran a ser consideradas como algo que iba más allá de la Defensa Civil y la Cruz Roja, encargados de los rescates. «Se empieza a pensar en la atención hospitalaria. Comenzaba a surgir una actitud preventiva, pero todavía no había alguien que mirara este tema de una manera integral. Eran, más bien, esfuerzos individuales de orden académico».

Cuando la gobernadora logró hablar con el Presidente lo puso al tanto de lo que ocurría. De inmediato Betancur voló a Popayán, donde era incierto el estado de la pista del aeropuerto. Sin embargo, llegó a la ciudad y ese mismo día inició la evaluación de daños y la planificación de la reconstrucción. El Presidente oyó los reportes atentamente y recorrió, junto a la gobernadora y varios de sus ministros, las zonas destruidas. El radio de afectación del terremoto se extendió a Popayán, 11 municipios y 165 veredas: un área de más de 2.500 kilómetros cuadrados.

Palmiro Velasco había llegado al atrio de la catedral, en medio de la confusión y la nube de polvo. Dice que se oían gritos de auxilio de entre los escombros. Participó en los rescates de víctimas, con otros entusiastas del momento. Cuando ya daban por hecho que no había más vida entre los escombros, procedieron a sacar las imágenes religiosas. Una de las estampas que con los años se hizo ícono de la tragedia fue captada en ese momento. Palmiro y dos hombres más cargan al Santo Amo, como se le conoce al Santo Ecce Homo, talla de madera del siglo XVII, una de las figuras más importantes en las procesiones de la Semana Santa y patrono de la ciudad.

Palmiro, con el torso desnudo y una camisa azul colgada en el hombro, sacó la imagen de entre las ruinas de la catedral. Él mismo ha contado varias veces que la catedral estuvo a punto de ser demolida: alguien había atado un cable de acero a lo ancho de un muro herido por grietas profundas; en la otra punta del cuerda metálica, una retroexcavadora lista para jalar y —creía el maquinista— resolver así el riesgo de colapso. Cuando Palmiro vio lo que el operario hacía corrió donde monseñor Buitrago, quien intervino en medio de gritos furiosos y en el momento justo hizo desatar la cuerda.









Página 154.

El papa Juan Pablo II, quien visitó Colombia en julio de 1986, estuvo en las obras de reparación de la catedral de Popayán, dañada por el terremoto que ocurrió tres años atrás.

AFP • Jean-Claude Delmas

A la izquierda.

El terremoto de Popayán ocurrió un Jueves Santo. Los expertos consideran que eso maximizó la tragedia, pues la ciudad estaba llena de feligreses y turistas.

AFP • Luis Robayo

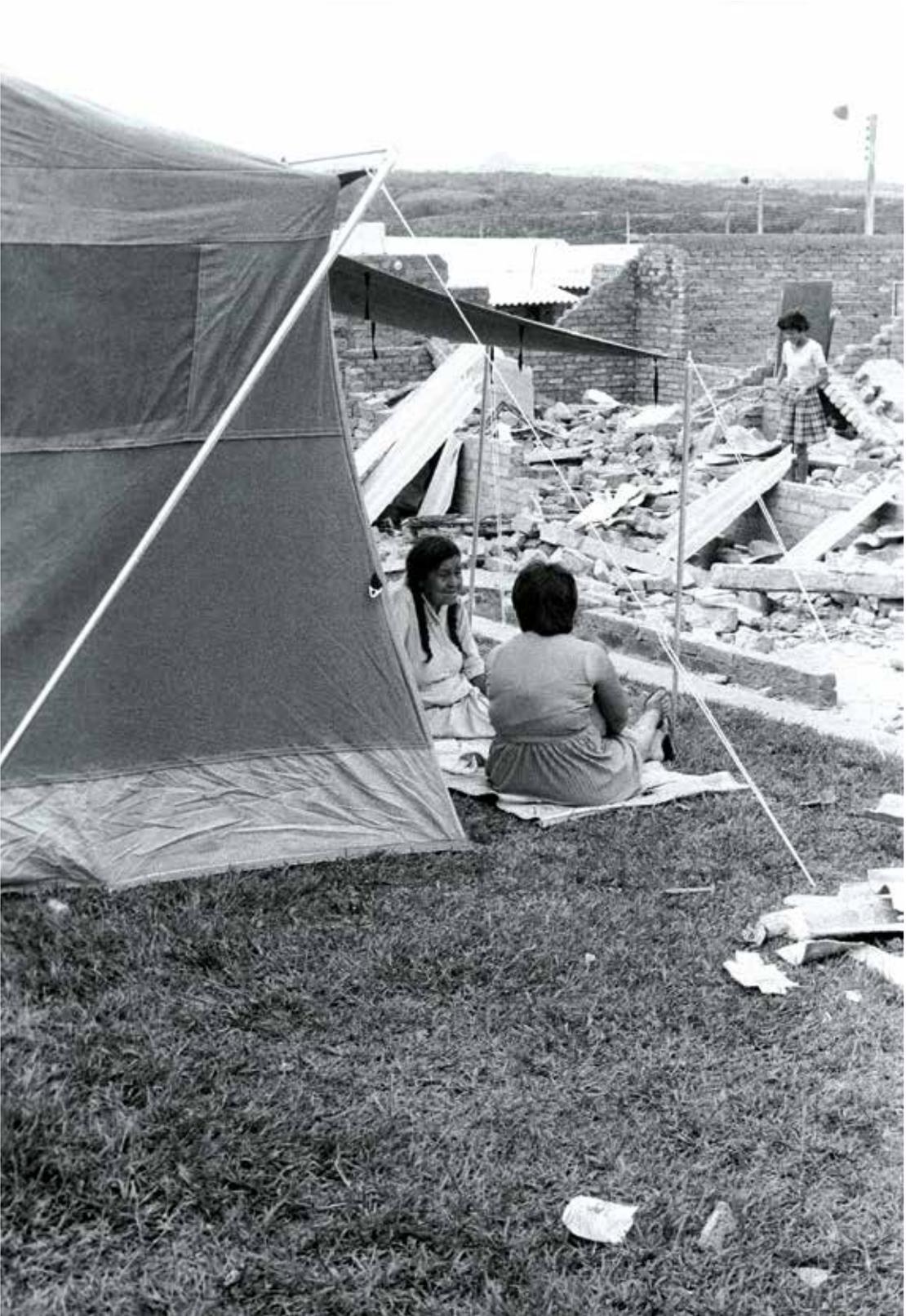
Tres días después del terremoto de Popayán este era el panorama en uno de los barrios de la ciudad. Arquitectura típicamente colonial, y algunas viviendas construidas con adobe, resultaron destruidas.

EFE









Otra imagen religiosa icónica que apareció en medio de la tragedia, y entre los escombros que seguían intactos días después del terremoto, fue la del Sagrado Corazón. Ya no tenía manos, la cabeza estaba averiada y el pecho partido. Cuando la catedral fue reconstruida, monseñor Buitrago ordenó ubicarla de nuevo en un nicho, pero sin restauración alguna, para que las nuevas generaciones no olvidaran que un día un terremoto sacudió la ciudad.

El enviado especial de la revista *Semana* inició una de sus crónicas con la imagen de un niño que jalaba una carreta donde llevaba tres ataúdes: los de sus familiares. El escritor Juan Esteban Constantín tenía tres años en ese momento. Treinta después escribió una columna con sus recuerdos. La tituló *La ciudad de la furia* y en ella contó que la tragedia le dejó su primer recuerdo diáfano: casas en el piso, postes de energía inclinados y ensartados en balcones. La hoy ex gobernadora recuerda que «todo esto parecía como si una poderosa bomba hubiera caído en nuestra Ciudad Blanca».

Expertos identifican al menos cinco vulnerabilidades a las que estaba expuesta Popayán. El muy precario mantenimiento de las edificaciones del centro histórico, cuya construcción data de los siglos XVII y XIX, es la principal. Casas que originalmente se construyeron para conquistadores y terratenientes y que en la modernidad cambiaron su uso, no siempre con el mantenimiento adecuado. Algunas estructuras de madera, como columnas y pilares originales, habían sido consumidas por plagas y cedieron ante el mínimo esfuerzo. Las modificaciones a las construcciones también resultaron definitivas en el momento del movimiento telúrico: la demolición de muros y la readecuación de los espacios interiores cambió la resistencia original. También se le atribuyen factores de vulnerabilidad al hecho de que se pavimentaran calles en el centro histórico, alterando los sistemas de las aguas lluvias y la resistencia y al hecho de que las redes de servicios se instalaran de manera subterránea²¹.

En los sectores nuevos de la ciudad el problema fue con el antiguo uso del suelo y fallas en la construcción²². Se cree además que las zonas rurales de Cauca eran vulnerables por el hecho de que hubo errores en la construcción de casas de ladrillo, sin cálculos sísmo resistentes ni refuerzos estructurales adecuados. En las mencionadas zonas, se documentaron casos de construcciones de bahareque que, o resistieron de mejor manera el impacto, o les dieron a sus

Página 160.

Carmen Agüero espera paciente la ayuda del gobierno tras el temblor de tierra que asoló la ciudad de Popayán. Su casa fue una de las que resultó destruida.

EFE • UPI

Página 161.

Una imagen que recuerda los albergues para afectados por la tragedia en Popayán. Una familia se resguarda tres días después del mortal sacudón.

EFE

21.

ERN, 2004, páginas 1-9 y 1-10.

22.

Ibidem.

ocupantes tiempo de salir²³. Con los años, los expertos han logrado determinar que cada factor se sumó, como el eslabón de una cadena, para que apenas dieciocho segundos fueran determinantes en el devenir de la ciudad y las poblaciones cercanas.

El gobierno concluyó que había varias maneras de afrontar el desastre y ayudar a Popayán y a Cauca. En junio de 1983 estuvo lista la ley 11, que creó la Corporación para la Reconstrucción y el Desarrollo del Departamento del Cauca (CRC). Esa misma norma estableció estímulos tributarios para el surgimiento de nuevas empresas y le dio facultades extraordinarias al Presidente de la República.

La reconstrucción de las viviendas —en la ciudad y las zonas rurales—, la rehabilitación y recuperación de los servicios públicos estuvieron a cargo de distintas entidades, públicas y privadas, que se especializaron en campos específicos de acción. Gustavo Wilches-Chaux coordinó los programas de autoconstrucción desde el Sistema Nacional de Aprendizaje (SENA). «En el caso de Popayán hubo un gran aprendizaje en el fortalecimiento de los actores sociales. Se fortaleció la comunidad», dice Wilches-Chaux²⁴.

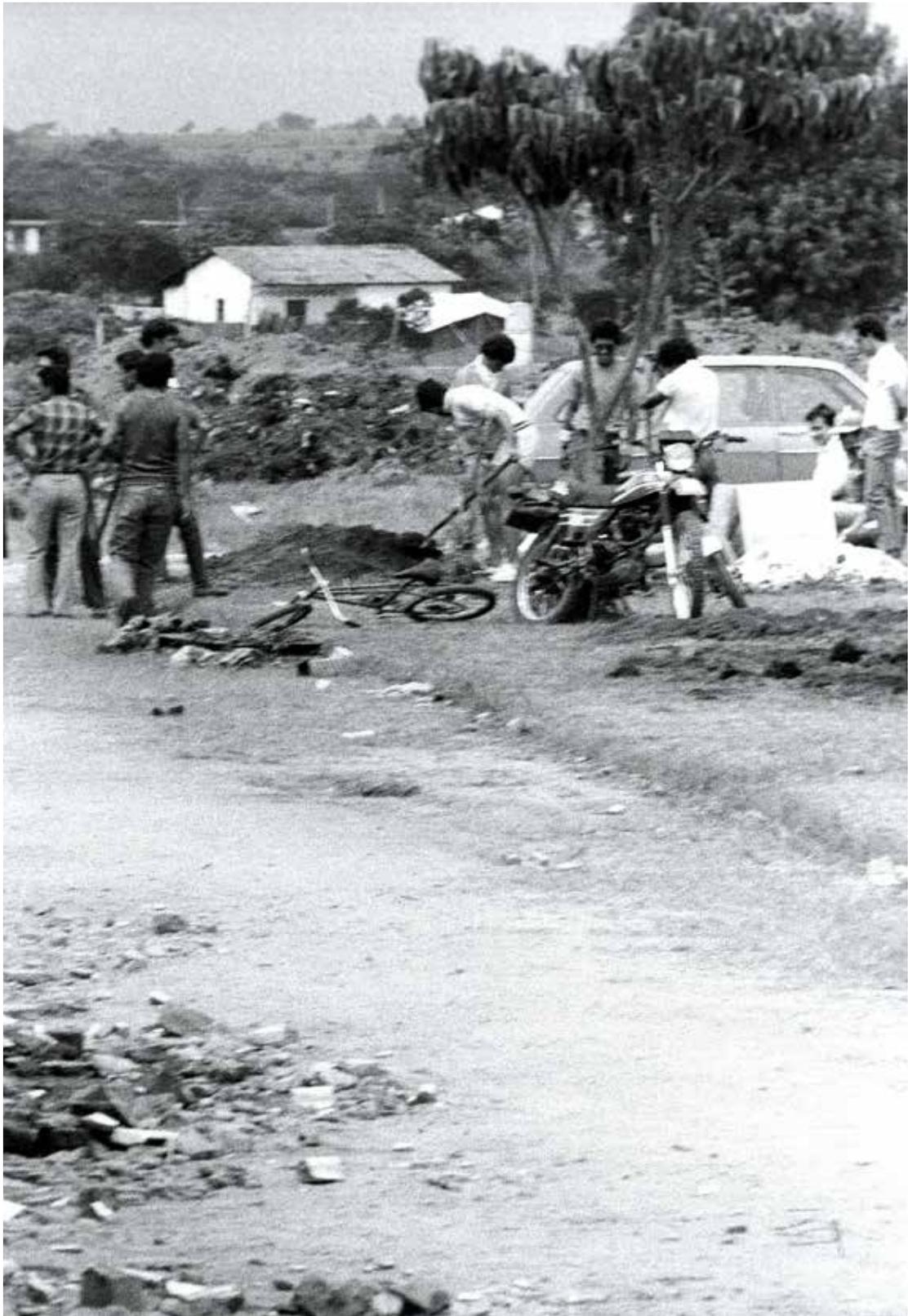
La estrategia consistió en que las comunidades afectadas participaran directamente en un trabajo de autoconstrucción, asistida por el Estado. Esto fortaleció el tejido social, según los estudios realizados treinta años después y de acuerdo con el diagnóstico que hace el propio gerente de esa iniciativa. «Al principio creímos que el objetivo principal era construir casas —recuerda Wilches-Chaux—. Y en el proceso nos dimos cuenta de que eso era un subproducto útil y necesario del proceso, pero el objetivo principal era fortalecer a las comunidades. Mejor dicho, que eso que hoy se llama resiliencia fuera cada vez más fuerte».

Los aprendizajes fueron en varios niveles. En un artículo que escribió en 1989 Wilches-Chaux explica que la ley 11 tuvo un efecto casi nulo en el propósito de estimular la creación de nuevas empresas. Faltó un detalle, dice el texto, y es que «difícilmente se podía atraer inversionistas a una ciudad casi totalmente destruida»²⁵. El autor explica que cinco años después, cuando ya estaba reconstruida, «incluso mejor que antes», y con nuevas redes de servicios públicos, los estímulos para la creación de empresas ya no existían.

23.
Ibidem.

24.
Entrevista con Gustavo Wilches-Chaux para esta publicación. Abril de 2016.

25.
Este texto de Wilches-Chaux se cita desde ERN, 2004, [página 1-21. 2004], en el que teórico y escritor es uno de los autores participantes.



Y vendría un gran avance en materia administrativa para atender futuras emergencias. La misma ley que creó la CRC le dio facultades al Presidente de la República para expedir otras normas sobre la atención de desastres y, bajo ese amparo, meses después expidió el decreto 1547 de 1984, con el que creó el Fondo Nacional de Calamidades.

Se trata de un mecanismo para soportar la política financiera de la atención de emergencias y la reconstrucción de las zonas afectadas, que se mantendría, con modificaciones, en las décadas posteriores. En la idea original se pretendía que el Fondo intermediara para el aseguramiento, lo que era un paso inmenso y de sorprendente avanzada en la cultura de gestión del riesgo de desastres, pero en los primeros años de funcionamiento del Fondo nunca se ahondó en esas estrategias.

Pero quizás el efecto más trascendental que tuvo la tragedia de Popayán fue en materia de construcción. La contundencia de los daños, que alcanzaron por igual el sector histórico y contemporáneo en la ciudad, coincidió con un debate que desde hace varios años se venía dando entre académicos: la necesidad de una norma sismo resistente en el país.

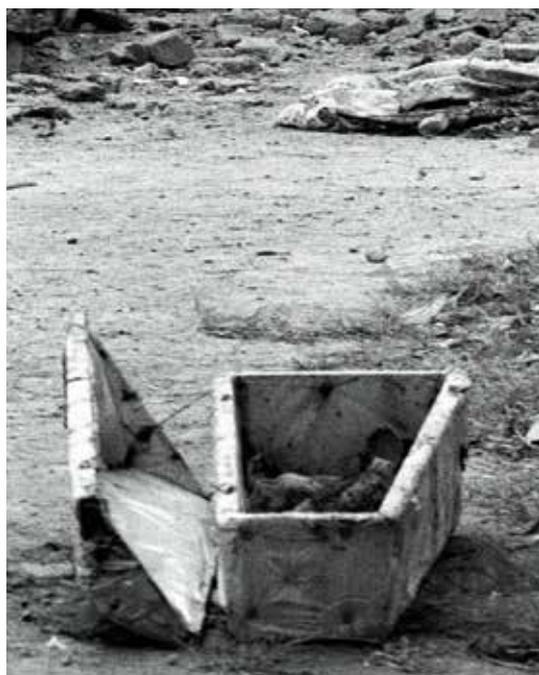
De hecho uno de los mandatos de la ley 11 era reconstruir Popayán, pero con normas de ese tipo, pues aunque tales normas ya existían en Colombia, no eran de cumplimiento obligatorio.

Ese fue el debate que quedó en primer plano tras el terremoto. Y del tema ya se hablaba en la academia desde casi una década atrás. Uno de los principales actores de este proceso fue la Asociación Colombiana de Ingeniería Sísmica (AIS), fundada en 1973 por Alberto Sarria Molina. Un artículo de 2014 de la *Revista de ingeniería* les atribuye a los profesores Sarria y Luis Enrique García el impulso del proceso que derivaría en la norma de sismo resistencia.

Omar Darío Cardona coincide en que los padres de la sismo resistencia en Colombia son Sarria y García. Y una de sus tesis, además, es que la tragedia fue determinante para que el tema se convirtiera en una prioridad nacional. «Se empieza a hablar de la reconstrucción, de las disposiciones y los decretos, se dice que se deberían construir las viviendas atendiendo las disposiciones de sismo resistencia. Todo esto se hacía con el objetivo de reconstruir sin las vulnerabilidades que existían antes de los desastres».

A la izquierda.
Habitantes de Popayán ayudan
en la tarea de instalar carpas
como albergues temporales.
EFE • Pedro Armestre





Las bóvedas del cementerio se abrieron y cientos de cadáveres y restos de huesos humanos quedaron expuestos, tras el sismo en Popayán. Ese impacto en el camposanto de la ciudad fue una de las más dramáticas y dolorosas consecuencias de la tragedia.

EFE

Según la *Revista de ingeniería*, el primer impulso para la norma de sismo resistencia ocurrió en 1973 cuando García concluyó una maestría en la Universidad de Illinois. En esa experiencia académica pudo conocer los trabajos de la Asociación de Ingenieros Estructurales de California que ya definía un estándar en respuesta a un temblor que sacudió a Los Ángeles en 1971.

El *Reglamento colombiano para la construcción sismo resistente* —en su edición de marzo de 2010— recoge la historia, aunque sin nombres propios. Coincide en el papel fundamental de la Asociación Colombiana de Ingeniería Sísmica. Dice que el primer paso fue traducir los Requisitos de la *Structural Engineers Association of California* (SEAOC), en 1976. La *Revista de ingeniería* registra que Sarria y García fueron quienes lo hicieron. El profesor García recuerda: «Sarria y yo hicimos una labor de titanes, que fue traducir el código con comentarios y lo publicamos en el año 1976»²⁶. El prefacio del reglamento sismo resistente asegura que la traducción buscó demostrar que «las fuerzas sísmicas que prescribe el documento de SEAOC están asociadas a unos requisitos de diseño estructural, especialmente en lo concerniente a detalles de refuerzo».

Esa traducción se imprimió y se difundió en 1978. Y ese año los ingenieros sísmicos colombianos emprendieron el mismo trabajo de traducción y difusión con otro documento clave, el ATC-3²⁷. Según el reglamento de 2010, esta nueva traducción tuvo una amplia difusión en todo el país. De esa manera, el tema de la sismo resistencia, y lo que se debatía en la academia del primer mundo, también era discutido y analizado en Colombia.

La *Revista de ingeniería* dice que ya en 1979 la AIS consideraba el documento ATC-3 un referente definitivo. «A partir de esta edición se encaminó la creación de la norma AIS-100-81 (Requisitos sísmicos para edificios). En palabras de Sarria, las primeras ideas salieron de varias reuniones y, luego, la AIS financió el trabajo de mecanografía para sacar en limpio los primeros documentos»²⁸.

Las distintas fuentes coinciden en que en los procesos se cumplieron en varias reuniones académicas definitivas para la definición de la norma colombiana: profesores de la Universidad de Illinois, Estados Unidos, debatieron con sus pares de la Universidad de los Andes,

26.
Revista de ingeniería, 2014.
número 40.

27.
Sobre el documento ATC-3, el prefacio del *Reglamento de sismo resistencia* explica cómo entró en el contexto de ese debate: A finales del año 1978 llegó al país un ejemplar del documento ATC-3. Este documento reunía en su momento el estado en el área de diseño sismo resistente. Fue desarrollado por la misma SEAOC, a través de su filial el Applied Technology Council (ATC), bajo auspicios de la National Science Foundation y el National Bureau of Standards.

28.
Revista de ingeniería, número 40.



Belisario Betancur, el presidente de Colombia (1982 – 1986) que tuvo que atender varias catástrofes y hechos graves: el terremoto de Popayán, en 1983; la tragedia por la erupción del volcán nevado del Ruíz y el lahar sobre Armero; y la toma del Palacio de Justicia, en 1985.

AFP • Pedro Armestre

en Colombia. En esos encuentros se concretó el modelo de una norma sismo resistente para el país, que salió publicada en 1981 como la AIS 100-81, *Requisitos sísmicos para edificios*.

«Eso no era una ley, sino una serie de recomendaciones que se le daban a la ingeniería para que las aplicara por convencimiento», recuerda Cardona. En ese contexto histórico ocurrió el sismo de Popayán, en 1983. Gobierno y autoridades de la ingeniería coincidieron en la necesidad de hacer que la sismo resistencia fuera de obligatorio cumplimiento. El Gobierno, que había plasmado la idea en el texto de la ley 11, la siguió impulsando a través del Ministerio de Obras Públicas y Transporte.

«Fue así como el Ministerio buscó la Asociación Colombiana de Ingeniería Sísmica y nosotros ya teníamos una norma sísmica escrita. Para ellos era un gran logro, porque ya se habían dado cuenta de que no era algo tan sencillo de escribir», dice Cardona más de treinta años después. Las inquietudes e investigaciones previas de la AIS se convirtieron después en la norma AIS 100-83, y luego, en el decreto 1400 de 1984 que fue expedido el 7 de junio, más de un año después del mortal terremoto de Popayán. Cardona recuerda que los alumnos terminaron anticipándose a los maestros: «un tema absolutamente fantástico y es que es la primera norma, que por primera vez existió, siguiendo las recomendaciones más modernas de Estados Unidos. Pero no fue en Estados Unidos, sino en Colombia».

En las reseñas siempre se referencia como la primera normativa colombiana de construcciones sismo resistentes. «El primer código de construcción sismo resistente fue un hito para la ingeniería colombiana», concluye el artículo de la *Revista de ingeniería*. «Todo esto por supuesto es la herencia positiva del terremoto de Popayán», dice Cardona.

Y mientras esos debates académicos avanzaban, Popayán luchaba por volver a surgir de entre los escombros y el polvo. Según los expertos que participaron en la consultoría sobre desastres de 2004, tres años después del terremoto la capacidad de la ciudad para funcionar ‘normalmente’ se había recuperado, aunque la reconstrucción total de algunos edificios tardó más o nunca se realizó²⁹.

29.

ERN, página 1-21. 2004.

Los costos del terremoto fueron calculados en casi un punto del PIB de 1983, o lo que es igual a más de 377 millones de dólares de la época (a 79 pesos colombianos el dólar, según la tasa de cambio). La reconstrucción fue calculada en 2004 en más de 9.300 millones de pesos. Los daños se evaluaron en dos semanas. Montar la logística de la organización tomó cuatro meses y doce días; y la atención a las víctimas y afectados del desastre se prolongó por seis meses.

Y dieciocho segundos fue el tiempo exacto del movimiento. Después, todo cambió. Cada 31 de marzo, el médico Ayerbe celebra una misa en honor a la memoria de sus hijos muertos, entre el concreto de su propia casa. Palmiro aún llora cuando recuerda que salvó al Santo Amo y a la catedral entera. Y las historias de heroísmo y valentía se harían innumerables. Luz Álvarez, por ejemplo, la mujer que instaló un puesto de empanadas de pipián frente a la iglesia de San José y, a fuerza de una obstinación a toda prueba y mucha sazón, recogió los fondos para reconstruir ese templo.

Hubo réplicas durante un mes. Como la que sorprendió la misma tarde de la tragedia a los integrantes de las corales que participaban en el Festival de Música. Los artistas no cancelaron su presentación y aunque sin trajes de gala y en un escenario improvisado, interpretaron parte del repertorio que tenían preparado. Bajo la dirección María Stella Dupont interpretaron el *Réquiem*, de Gabriel Fauré, que en el *Líbrame* dice: «Líbrame, Señor, de la muerte eterna / en ese terrible día / en que temblarán los cielos y la tierra».





«NADIE ESTABA PREPARADO»

AMALIA GRUESO DE SALAZAR

Recuerdo que era Jueves Santo y estábamos celebrando la Semana Santa por lo alto, como siempre en Popayán. De hecho para ese día, precisamente, estaba programado un concierto con Rafael Puyana. Recuerdo también que en la casa, en donde yo vivía con papá y mamá, estaba alojado el padre Javier Sanín. Esa era la casa de mi familia de toda la vida y estaba ubicada en la carrera 3 número 1-14.

No se me olvida que el Miércoles Santo, en la noche, cansada de todo lo que había que hacer, desconecté los teléfonos y dejé razón con papá de que nadie me interrumpiera el sueño. Estaba rendida. Sin embargo a las 7:30 de la mañana me llamaron de Caracol Radio y mi papá me pasó la llamada. Me preguntaron sobre las actividades de Semana Santa y yo invité a todos los colombianos a Popayán y al concierto de Rafico Puyana que se llevaría a cabo esa misma tarde.

Apenas colgué esa llamada, comenzó el terremoto.

El padre Javier Sanín estaba durmiendo y salió un poco exaltado:

—Amalita... ¡por Dios! ¿Qué está pasando?

Traté de calmarlo y le pedí a papá que se alistara para que me acompañara a revisar qué había pasado en la ciudad. Cuando salimos lo primero que vimos fue la casa del vecino, Lucio Guzmán, en el suelo. Empezamos a caminar y los heridos pedían ayuda en las calles. La gente me decía: «gobernadora, sálveme».

Íbamos para la Policía y en el camino nos encontramos con el arzobispo, Samuel Silverio Buitrago. Nos dimos un fuerte abrazo y quedamos den seguir adelante para atender todo lo que fuera necesario. Luego llegamos a la Policía y la sede estaba absolutamente destruida: había policías muertos en los pasillos. Entré, busqué un teléfono y llame a Presidencia de la República. Me dijeron que el presidente, Belisario Betancur, había salido para Neiva. Pedí que me comunicaran con urgencia con él y después de que hablamos cambió de rumbo y voló a Popayán. Yo estaba muy angustiada. No sabía si iba a poder aterrizar en la pista averiada.

Apenas se supo que el Presidente llegaría, ingenieros amigos y el secretario de obras inspeccionaron la zona y finalmente, como a las 10:00 de la mañana, aterrizó Belisario. Fuimos juntos a hacer un

Amalia Grueso de Salazar era la gobernadora de Cauca cuando ocurrió la tragedia del terremoto de Popayán. Estudió psicología en la Universidad de Maryland, donde recibió un master en terapia de familia. También se especializó en el Instituto de la Familia de Washington. Cuando ocurrió la tragedia llevaba seis meses en el cargo y luego estuvo en el despacho diez meses más.

A la izquierda.

La zona más afectada por el terremoto de Popayán fue el centro histórico de la ciudad. Sin embargo, los barrios construidos con muros de adobe también quedaron en el piso. Fueron varios días de confusión y gentes en las calles a la expectativa de lo que podía pasar.

EFE

recorrido y un reconocimiento del desastre. Fue así como llegamos a la plaza principal y vimos los pedazos de la catedral en el suelo. Ese fue uno de los lugares donde más muertos hubo. La gente que atendió a la misa de la mañana del Jueves Santo.

Ese mismo día alcanzamos a hacer un sobrevuelo, con el Presidente, para ver las poblaciones de Cajibío, El Tambo, Julumito y las zonas aledañas a Popayán. Aterrizamos en Julumito. Por esa zona mis papás tenían una casa de campo: cuando la vi en el suelo no pude contener las lágrimas. El Presidente me dio ánimos y después de dar un discurso para la gente de esa zona, me invitó a mí para que yo también diera unas palabras de aliento. No era una situación fácil, pero creo que me ayudó mucho ser psicóloga.

Nadie estaba preparado. No había absolutamente nada. Fueron semanas muy duras. Hubo muchos días en los que corrimos de un lado a otro porque no llegaba la comida o no llegaban las carpas para construir albergues. Todo se coordinó entre la Presidencia, la Defensa Civil, la Cruz Roja y la Alcaldía. Se establecieron centros de coordinación para saber qué llegaba y qué salía. El Presidente nombró un coordinador para que se recibieran todas las ayudas económicas.

Era difícil. Esos primeros días fueron terribles pero se necesitaba cabeza fría para coordinar. Yo no tenía sede de gobierno porque la Gobernación se cayó completamente. Nos organizamos en la Policía y ahí era donde llegaban ministros, secretarios, embajadores y todo el resto de funcionarios que participaban en la atención de la emergencia. Para mí era muy importante el tema de la salud. El secretario, Sofonías Yacub, me ayudó y pudimos hacer muchas cosas.

La atención de los heridos era muy compleja. El hospital estaba repleto, nos tocó mandar mucha gente a Cali y el gobierno del Valle del Cauca por fortuna nos ayudó bastante. Pero los servicios públicos colapsaron y eso hacía todo más difícil. En Colombia nunca había pasado algo así: fue en realidad a partir de esta tragedia que se empezaron a construir protocolos.



Las celebraciones de la Semana Santa en Popayán fueron declaradas, en el nuevo milenio, como patrimonio inmaterial de la humanidad de la UNESCO. La tradición se ha mantenido intacta por siglos. En 1983, cuando ocurrió el terremoto, algunos actos fueron suspendidos en medio de la calamidad.

AFP • Luis Robayo

El Presidente nos ayudó inmensamente y creo que a pesar del tiempo, todos los payaneses deberían estar agradecidos con Belisario. Fue él quien desde el primer día dijo públicamente que Popayán se reconstruiría. Eso levantó mucho el ánimo de la gente, surgió la solidaridad y reconstruimos la Ciudad blanca.

Un recuerdo que tengo intacto es el de las iglesias destruidas: Santo Domingo, La Ermita, San José, San Francisco; el Hotel Monasterio. Otro problema fue lo que pasó en el cementerio. Los ataúdes se salieron y quedaron a la intemperie: los muertos que se iban a enterrar y los cadáveres que se salieron de sus tumbas. Todo parecía una verdadera pesadilla.

Cuando pienso en el pasado recuerdo la Plaza de Caldas, los cafés, los estudiantes y las caminatas de las noches. Había pocos carros y todo el mundo caminaba por ahí; era pequeño, todo el mundo se conocía. El paisaje de Popayán siempre ha sido increíble. Los atardeceres son una belleza; el repicar de las campanas y la actividad religiosa. Todo el mundo iba a la misa y se hacían retretar en la plaza.





**«LOS INSTRUMENTOS DE MEDICIÓN
ERAN MUY PRIMITIVOS»**

HANSJÜRGEN MEYER

La primera iniciativa para controlar y vigilar los sismos en el país es muy antigua. Comenzó con los jesuitas en los años veinte y continuó en los cuarenta, cuando se estableció el Instituto Biofísico en Bogotá. Ahí fue cuando comencé mi carrera en Colombia, en 1976. Trabajé por dos años. Los jesuitas tenían la primera red sísmica en el país. Luego continuamos nosotros, en 1987, y después en lo que hoy se llama Red Sísmica Nacional. Ha sido un proceso de largos años.

Cuando ocurrió el terremoto de Popayán me encontraba en vacaciones en Cartagena. No me había dado cuenta de nada pero cuando pase por una venta callejera tenían prendido un radio: escuche la noticia y me regresé inmediatamente. Empezamos a establecer en ese momento, con el profesor Alberto Sarria Molina, de la Universidad de los Andes, que fue el promotor del Código de Sismo Resistencia Colombiano, una red sísmica temporal para registrar las réplicas del terremoto y poder entender qué tipo de falla lo había originado.

Vistos desde hoy, los instrumentos de medición eran muy primitivos. Registradores en papel, que era un papel que se tenía que ahumar cada cuatro horas para que una 'agujita' pudiera registrar. En ese momento, es decir 1983, los equipos habían sido prestados por ISA (Interconexión Eléctrica S.A.), que los estaba usando para estudios de amenazas sísmicas en proyectos hidroeléctricos.

El terremoto de Popayán condujo a algo ya en preparación: el Código de Sismo Resistencia que estaba siendo desarrollado desde antes por el profesor Sarria. En ese momento dio el impulso para que el Estado lo aceptara y lo convirtiera en ley. Un año más tarde ya estaba siendo preparado hasta que eso ocurrió.

Hansjürgen Meyer fue uno de los fundadores —y es al cierre de esta edición el Director Ejecutivo— de la Corporación osso, una de las entidades de investigación sísmológicas más antiguas y reputadas del país. Es físico matemático de la Universidad Técnica de Darmstadt, en Alemania, y magister en Geofísica. Miembro del Comité Técnico del Sistema de Alerta de Tsunami, entre otros cargos. En el diálogo para esta publicación abordó varios temas: en este fragmento la manera cómo funcionaban los sismógrafos en el momento en que ocurre la tragedia de Popayán.

A la izquierda.
Triste panorama tras el sismo de Popayán. Los daños en joyas arquitectónicas de la Colonia fueron a gran escala.
EFE





**«LAS CÚPULAS DE LA
IGLESIA YA NO ESTABAN»**

PALMIRO VELASCO

Yo me encontraba con mi familia porque nos dirigíamos para Ecuador. En la puerta de mi casa esperaba a mi esposa y a mi hija. Como la casa estaba ubicada en una zona alta de Popayán, cuando empezó el terremoto se veían sólo una polvareda. Pero cuando pasó el humo, las cúpulas de las iglesias ya no estaban. En ese entonces Popayán tenía una construcción tradicional de uno o dos pisos que tampoco se veía.

En pleno terremoto yo entré a la casa de mis suegros, porque nos íbamos con ellos. La tía de mi mujer estaba bajando a mi hija. Las alcancé en las escaleras y de ahí baje a mi hija cogiéndome de las paredes porque la cosa fue muy fuerte. Por fortuna en la casa no pasó nada.

Me dirigí a la casa de mi mamá y de mis hermanos para hacer inventario de toda mi familia. Tampoco le había pasado nada a nadie: sólo un hermano tuvo un susto cuando iba saliendo con un amigo de la galería del barrio La Esmeralda. Lastimosamente al amigo le cayó una losa encima y lo aplastó. A mi hermano lo trasladaron al hospital: gracias a Dios se salvó.

Luego me dediqué a ayudar a la gente en una camioneta. Pero la camioneta no podía pasar por algunas partes, porque había escombros en la vía. Como era Semana Santa, toda la gente estaba en misa. Me fui para la catedral a ayudar a remover los escombros y a sacar a la gente que estaba herida. Utilicé una pala para sacar escombros. La angustia que teníamos era desesperante.

Recuerdo que me encontré en la puerta de la catedral un reloj marcado; decía: «Anita P. de Ríos», y estaba parado justo en la hora de 3 y 08 minutos. Estuve todo el día en la catedral hasta las 7:30 de la noche, momento en que nos sacaron a la fuerza. A nosotros nos temblaba allá adentro. Nos habían querido sacar, pero nosotros nos escondíamos detrás de los arcos. La Policía, la Defensa Civil y los bomberos nos querían sacar de la iglesia porque amenazaba con quedar en ruinas y podíamos quedar aplastados. Pero no nos importaba nada. Sólo nos agarramos a trabajar. A mí me daban calambres en las piernas. La Cruz Roja me sacaba al Parque Caldas, que queda al frente de la catedral, y me hacían masajes. Cuando ya me pasaba el calambre, me paraba y volvía a entrar.

Palmiro Velasco es uno de los testigos de excepción del terremoto de Popayán y además uno de los personajes más recordados tras la tragedia, pues representa a las decenas de socorristas voluntarios improvisados, que con valor salvaron decenas de vidas. Fue además, como se relataba páginas atrás, uno de los que salvó de entre los escombros la imagen del Santo Amo, uno de los símbolos religiosos de la ciudad. En este relato recuerda ese episodio y cómo fue la tragedia.

A la izquierda.
Fueron varias las iglesias del centro histórico de Popayán las que resultaron destruidas.
EFE

Había gente enterrada entre los escombros. Pero también había gente despedazada porque se había caído la cúpula y varios arcos de la catedral. Cuando nos sacaron, a las 7:30 de la noche, no pude dormir. Y a las 5:00 de la mañana ya estaba otra vez ahí en la catedral. Cuando llegué tenían cogida con un cable de acero y una grúa verde con sapote la columna y el muro de la puerta principal. Entonces pregunte qué iban a hacer. Me respondieron que tenían que tumbar la catedral porque amenazaba ruina.

Le echaron candado por la puerta pequeña por donde se entraba. ¡Me enojé tanto! Hasta me agarré con el comandante de la Policía y con otros que estaban ahí. No quería que la tumbaran. Había un comandante del cuerpo de bomberos, Marcelino Carrillo, que era el que me estaba apoyando. Y en un momento Marcelino se me acercó y me dijo:

—Palmiro... mi papá se fue ayer para misa y no ha vuelto.

El jueves habíamos sacado a tres monjas. Ellas decían que faltaba una. Al otro día ocurrió lo de la grúa y no nos querían dejar entrar ni a nosotros ni a un señor que venía de Cali a buscar a la monja. Entonces salió el arzobispo, monseñor Samuel Silverio Buitrago, y convenció a la gente de no tumbar la catedral. Yo mismo desconecté el cable amarrado y lo puse en la puerta con candado. Les dije «ahora sí ¡jalen!». Entonces arrancaron la puerta. Actualmente se ve el parche que dejó eso. Entramos y seguimos sacando escombros, cuando Marcelino se me acerca y me dice:

—¡Encontramos la monja!

Estaba muerta en un rincón donde le había caído una losa. Yo seguí sacando escombros. Marcelino se aproximó de nuevo y me comentó, muy triste...

—No es la monja. Es mi papá.

Estoy seguro de que si hubiera dejado tumbar la catedral posiblemente hoy sería un parqueadero más, que fue en lo que quedo convertido el sector histórico de Popayán.



Uno de los símbolos de Popayán, La Catedral Basílica Metropolitana de Nuestra Señora de la Asunción, quedó con serios daños tras el sismo.

El Espectador

Cuando ya sacamos todas las víctimas, tanto vivas como muertas, también sacamos las imágenes. Entre ellas, la del Amo. Hay un libro que se llama *Dieciocho segundos* en el que aparece la foto cuando estamos sacando al Amo. Yo soy el de la camisa azul en el hombro. Los otros que se ven en la foto ya están muertos. El Amo y yo somos los únicos vivos. Jesús resucitó al tercer día y yo no me alcancé a morir.





05.

EL DÍA QUE ARMERO DESAPARECIÓ

Aquí por donde avanza el río de lodo una vez hubo avenidas, casas, calles y barrios enteros de Armero, Tolima, que desaparecieron la noche del 13 de noviembre de 1985.

STF • AFP



El veterano piloto y socorrista de la Defensa Civil Leopoldo Guevara. El testimonio que entregó para esta publicación, sobre cómo descubrió el valle lóbrego en el que se convirtió Armero después de la emergencia, es estremecedor.

UNGRD • Archivo Oficina de Prensa

Cuando el presidente de la República, Belisario Betancur, bajó de su helicóptero en Mercadito, una de las tres pistas improvisadas que había construido en cuestión de minutos la Defensa Civil, se encontró de frente con Leopoldo Guevara. Era el socorrista —delgado, voz profunda y grave— que esa mañana había llamado por teléfono al Palacio de Nariño, la sede del gobierno en Bogotá. Se comunicó minutos después de llegar a Lérída, tras un vuelo en una avioneta de fumigación para evaluar los daños de la descomunal corriente de la noche anterior. Todavía estaba asustado.

Leopoldo Guevara dependía de la base de la Defensa Civil de Venadillo. La noche anterior, estaba allí con sus compañeros cuando vio que Hernán Castrillón Restrepo, el presentador del noticiero de televisión TV Hoy, informaba sobre algo extraño que ocurría en el nevado del Ruiz; probablemente una erupción. Un par de horas después las voces de alerta ya hervían en los radioteléfonos de los equipos de emergencia y en las ondas de los aficionados. Inmenso río de barro. Hay mucha gente muerta. Se entró el agua a Armero. La situación es terrible. Pero nadie sabía con certeza qué estaba pasando. El equipo de la Defensa Civil quedó en alerta.

Hubo consenso en que era preciso ir directamente a la zona a verificar. Leopoldo Guevara se sumó a esa comisión, que partió en un vehículo particular. Cuando pasó por el río Recio, que nace del nevado del Ruiz, los socorristas buscaron sin éxito algún indicio entre la oscuridad y el premonitorio cauce. Eran las 11:00 de la noche. Decidieron seguir hacia Lérída para alertar sobre la posible avalancha de la que se hablaba en los radioteléfonos.

Encontraron que el rumor había llegado primero. La gente estaba muy nerviosa. Tras cotejar versiones y hablar con el Alcalde y otras autoridades decidieron seguir hacia Armero. Cuando llegaron al punto conocido como «la Y», un cruce de caminos donde se sigue a Santa Isabel o se ingresa a Armero, el lodo no los dejó avanzar. «Estaba tibio y se sentía el olor a azufre», recuerda Leopoldo Guevara³⁰. «No se veía nada; tampoco se oía nada».

30.

Este testimonio de Leopoldo Guevara es producto de una entrevista exclusiva para esta publicación, realizada en junio de 2016.

Allí el grupo ayudó a tres gentes que, embarradas y muy confundidas, buscaban resguardo en el capó de una camioneta. Los socorristas decidieron regresar, pues físicamente era imposible seguir. Cuando llegaron de vuelta a Lérída eran las 4:00 de la madrugada. La

siguiente decisión fue que Leopoldo Guevara iría a Venadillo a buscar uno de los ultralivianos de fumigación para sobrevolar la zona tan pronto despuntaran las luces del día. Lo acompañó otro piloto: Fernando Rivera.

«Llegamos a la pista a las 5:00 de la mañana». Las condiciones para el vuelo eran difíciles: llovía y había espesos cúmulos de neblina. Despegaron a las 5:30 de la mañana y como medida de precaución decidieron hacer el vuelo rasante. «Había mucha neblina en todo el camino; sobrevolábamos a unos cincuenta metros sobre la carretera. Casi no veíamos nada». Pero de un momento a otro el cielo se despejó. «Creo que la temperatura de lodo disipó la neblina: se podía ver desde la desembocadura del río Lagunilla hasta el Magdalena». Era un paisaje inmenso y sobrecogedor: Armero no estaba.

Tomaron aire, se miraron en la incomodidad de la cabina y lo intentaron de nuevo. Nada. Quizá revisaron brújulas, dudaron del rumbo e hicieron un sobrepaso más. Nada. En el lugar donde debía estar el pueblo había una llanura gris que brillaba, todavía húmeda. Apenas unos árboles y algunos techos sobresalían en ese lóbrego y triste valle. «¡Indescriptible! Vi armeritas semienterrados pidiendo auxilio; atrapados de la cintura para abajo. La lámina de barro era de unos cinco o seis metros: no se podía hacer mucho».

Eran las 5:40 de la mañana. El aparato regresó y bajó de nuevo en Lérica. Leopoldo Guevara corrió a la oficina de Telecom, la única manera de hacer llamadas de larga distancia en esa época. Pidió a la operadora línea con el Palacio de Nariño y tras sortear el trámite logró que lo comunicaran con Víctor G. Ricardo, secretario general de la Presidencia. Cuando le contó lo que había visto, la respuesta del funcionario fue: «Leopoldo, cálmese porque usted está exagerando las cosas; está muy alterado».

Pasó entonces el general Guillermo de la Cruz. Leopoldo Guevara repitió la historia, el sobrevuelo, el valle gris, el lodo. La respuesta fue la misma, «Leopoldo, cálmese y no exagere las cosas». Logró por fin hablar con el presidente Belisario Betancur y otra vez el relato: el pueblo no está, ni la iglesia, ni la plaza, ni las oficinas de los bancos; solo hay lodo. «Estás exagerando», le respondió el Presidente.

—Voy a mover toda la maquinaria para allá —dice Leopoldo Guevara que le dijo el presidente Betancur.

—No es de maquinaria, si no de helicópteros de rescate —le respondió—. Ahí se cortó la comunicación.

Y ahora el socorrista y el primer mandatario se miraban de frente. Todavía sonaba el helicóptero blanco presidencial que acababa de aterrizar en Mercadito. Leopoldo Guevara se acercó, y con respeto le preguntó: «señor Presidente... ¿ahora sí me cree?». Belisario Betancur estaba llorando.

La de Armero, Tolima, es una de las peores tragedias del planeta en el siglo xx. El miércoles 13 de noviembre de 1985 el cráter Arenas del volcán Nevado del Ruíz entró en proceso de erupción, tras cerca de un año de actividad. Ese día ocurrieron en total cuatro explosiones. Las dos primeras fueron simultáneas a las 3:06 minutos de la tarde y provocaron una intensa caída de ceniza volcánica en los departamentos de Tolima y Caldas.

Luego hubo dos explosiones más, a las 9:08 y a las 9:30 de la noche. Estas dos últimas fueron las de mayor violencia de todo el proceso. En ese momento se inició una cadena de hechos con consecuencias trágicas no imaginadas por nadie. Las explosiones en el cráter Arenas provocaron el descongelamiento de inmensos casquetes de hielo. Se calcula que en total se descongeló el 8% del glacial. Ese hecho provocó un aumento inusitado en el nivel de los ríos que nacen en el nevado. El material volcánico, conformado por ceniza, lava y piroclastos, mezclado con el agua del deshielo; además de rocas y la capa vegetal desprendida, formó una peligrosa masa, o lahar en el lenguaje técnico, que empezó a descender desde lo alto de la montaña.

El recorrido inició a los 5.400 metros sobre el nivel del mar. Los primeros ríos que recibieron la descarga fueron el Lagunilla y el Azufrado. Luego alcanzó rápidamente al Claro, el Nereidas, el Molinos y el Chinchiná. Seis cauces ya peligrosamente enfurecidos. Al menos 13 municipios de Tolima y 4 de Caldas los esperaban en la ruta devastadora y mortal que apenas iniciaban.

Tres días después de la erupción un reportero de la agencia AFP sobrevoló el cráter y logró esta impresionante imagen del Arenas aún con gases y ceniza.

AFP • Jonathan Utz





En las semanas anteriores a la tragedia, Armero había soportado varios episodios de caída de ceniza. Pero el que ocurrió ese 13 de noviembre, pasadas las 5:00 de la tarde, era especialmente profuso y estuvo acompañado de un intimidante olor a azufre. Eso generó miedo y dudas entre algunos habitantes del pueblo. El periodista Gerardo Reyes, quien para la época trabajaba en el diario *El Tiempo*, cuenta en uno de sus reportes que el párroco, Augusto Osorio, y el voluntario de la Defensa Civil, Efrén Torres —quien además era antropólogo y el director del único museo que había en Armero—, tranquilizaron a quienes los buscaron para averiguar por la ceniza y el fuerte olor. Que no había peligro, que usaran pañuelos y que se fueran a su casa³¹.

Las crónicas periodísticas de la época dicen que el sacerdote Osorio y el voluntario Torres, quizá apremiados por tantas preguntas, se dirigieron al pueblo a través de los altavoces de la iglesia. El periodista Javier Darío Restrepo reveló en su libro sobre la tragedia que minutos antes de emitir el mensaje Torres llamó a Bogotá para averiguar el origen de la ceniza y le dijeron que no había ningún problema. Por eso le pidió al sacerdote los altoparlantes y emitió las voces de calma para que las oyera todo el pueblo³². Se supone que al menos una emisora local transmitió también ese mensaje. A esa hora el Ruiz ya estaba en erupción.

La primera bocanada de muerte llegó a Armero a las 11:35 de la noche. El Lagunilla, que ya venía un 300% más grande por todo el material recibido, tuvo un último impulso cuando se encontró con la represa natural del Sierpe, una laguna que se formó producto del deslizamiento en la parte alta del cañón que desemboca en Armero. Entre los primeros estragos estuvo la destrucción de la central eléctrica, por lo que el pueblo quedó en penumbra minutos antes de que la creciente de lodo arrasara todo a su paso.

Horas antes de que la situación entrara en su punto más crítico, el Comité Regional de Emergencias se reunió en la Cruz Roja de Ibagué. Tenían información de la Defensa Civil sobre las erupciones de las 3:00 de la tarde. En ese tiempo las redes de alerta, o de información sísmica, eran precarias o inexistentes. Algunos radioaficionados fueron los que informaron sobre las explosiones en lo alto del Ruiz.

31. El artículo de Reyes es citado del libro *Avalancha sobre Armero*, del periodista Javier Darío Restrepo.

32. J.D. Restrepo, *Avalancha sobre Armero*. Página 44.



La operación aérea durante la tragedia de Armero fue compleja. Eso permitió salvar cientos de vidas de personas que sobrevivieron y pedían ayuda desde el lodo. Los heridos eran trasladados a distintas capitales como Ibagué y Bogotá.

AFP • Joaquín Villegas





El cauce del río Chinchiná, que este voluntario de la Defensa Civil intenta cruzar con dificultad creció decenas de veces su tamaño por el lahar que bajó del Ruíz. El municipio homónimo, en Caldas, fue el segundo más afectado después de Armero.

AFP • Joaquín Villegas

La reunión terminó a las 7:00 de la noche y el gobernador de Tolima, Eduardo García Alzate, según se dijo después, supuestamente estaba en un club jugando bolos. La conclusión general, tras recibir un informe de Ingeominas sobre lo que podría estar ocurriendo en la montaña, fue que se venían horas críticas para Armero y las poblaciones vecinas. Había que dar la alerta a los coordinadores de emergencias.

Entretanto, en Armero, el alcalde Ramón Antonio Rodríguez, que era radioaficionado, ya se había enterado también de lo que ocurría en el Nevado y tomaba las decisiones a su alcance. Cuenta Javier Darío Restrepo que incluso envió el único campero asignado a su despacho, para una ronda por los barrios cercanos al río Lagunilla: debían ordenar la evacuación de la zona³³. A esa hora la Cruz Roja desde Ibagué trataba de comunicarse con Margarita Bejarano, secretaria de la Defensa Civil de Armero, pero el contacto era imposible.

Expertos en riesgos confirmaron en 2004 que sí hubo una orden de evacuación, muy probablemente tras esa reunión de Ibagué. El problema, según ese informe, es que el mensaje se transmitió por radio, «pero no fue escuchado por todos ni fue entendido por la población. Las decisiones estaban centralizadas en Bogotá (...) entre la población y las autoridades locales, regionales y nacionales, la percepción del riesgo era casi nula»³⁴.

Margarita Bejarano estaba paralizada por el pánico y obturaba el intercomunicador de su radio, pero no lo liberaba de nuevo, lo que les impedía a sus locutores contestarle o hablar con ella. A los gritos, la mujer reportaba sin pausa «atención todas las estaciones, este es Armero. El río se desbordó». Algo similar se oyó en la comunicación del alcalde Rodríguez, a quien en su radioteléfono de aficionado le oyeron decir a las 11:20 de la noche: «se nos entró el agua»³⁵.

Javier Darío Restrepo, quien además del libro que publicó cubrió como reportero la tragedia, no duda hoy de que uno de los personajes más valerosos en Armero fue el alcalde Rodríguez: «Se murió con las botas puestas. Estuvo hasta el último momento buscando solución. Y él no le temía tanto al Ruiz, sino a una laguna que había en el camino (la represa natural del Sierpe). Estuvo en su escritorio trabajando con

33.
J.D. Restrepo, *Avalancha sobre Armero*. Página 34.

34.
ERN 2004, página 1-27.

35.
Testimonios citados del libro *Avalancha sobre Armero*.
Página 49.



Algo similar a esto fue lo que vio el piloto Leopoldo Guevara cuando la mañana del 14 de noviembre logró sobrevolar Armero. Luego fue el primero en contarle a Colombia y al mundo lo que había pasado. Fue difícil que sus interlocutores dieran crédito a sus palabras. Armero, Tolima, había desaparecido del mapa.

EFE

su aparato de radio. Y es impresionante la grabación que hay en el momento de la avalancha, cómo él exclama... y no se le oyó más»³⁶.

El alcalde Rodríguez murió atrapado por la corriente de barro y ese fue el doloroso cierre de su lucha de meses: insistió como pudo en que en Armero iba a pasar algo. El periodista Germán Santamaría fue uno de los testigos de ese empeño. «Por casualidad, el alcalde Ramón Rodríguez era amigo mío»³⁷. Más de treinta años después de la tragedia, Santamaría lo recuerda como un gestor cultural y un librero, además de «un hombre interesante, culto, bien formado».

Rodríguez visitó al periodista tres meses antes de aquella noche fatal. «Estuvo en mi casa contándome de un derrumbe en la región del Sirpe, a unos 10 o 15 kilómetros de Armero. El río estaba represado y eso era una bomba de tiempo. Él no pensaba tanto en el volcán, él pensaba más en los factores que represaban el río, el lodo y las piedras que se habían caído; el agua podía romper el dique artificial que se creó ahí y armar una avalancha».

Su temor se confirmó la noche del 13. Santamaría no tiene dudas al respecto: «Efectivamente esa represa que se formó allí multiplicó la avalancha y llegó a Armero el doble de fuerte: un potencial mortífero. Sí era una bomba de tiempo que estaba ahí sobre la cabeza de Armero. Este alcalde definitivamente fue un hombre responsable consciente y preocupado por su pueblo; tanto, que pagó con su vida en esta tragedia».

El lodo destruyó casas y sepultó familias enteras. Muy pocas edificaciones se salvaron del embate, pero en ellas de todos modos el barro entró y revolvió todo: sacó a las gentes de sus camas o de sus sillas de televisión; sacó mujeres de las cocinas, niños de los cuartos y hombres de los garajes y los patios. Rompió muebles, vidrios y tumbó techos. Algunos murieron por un golpe seco de algún muro de su propia casa o quedaron sepultados en su habitación. Los que quedaron flotando en ese río caliente, viscoso y furioso, a veces recibían heridas de muerte, golpeados por palos, o cortados por tejas o pedazos de ventanas que avanzaban a su lado con toda la fuerza de la corriente. Muy pocos sobrevivieron.

36.
Entrevista con Javier Darío Restrepo. Abril de 2016.

37.
Entrevista con Germán Santamaría. Abril de 2016.

Luis Fernando Montoya Uribe³⁸ es uno de ellos. Vivía en la misma casa donde se alojaba el alcalde del pueblo: su mamá había convertido su vieja y gran casona en un cálido hospedaje. El alcalde Rodríguez era uno de sus habitantes. Dice Montoya que horas antes de que la tragedia golpeará a Armero, se levantó de su cama y encontró al Alcalde, angustiado y diligente, analizando sobre un mapa lo que probablemente ocurriría esa noche: su temida inundación por el agua del Sierpe había llegado. Lo que no imaginaba era que la represa recibiría, además, el mar de lodo y que todo caería donde él estaba ahora.

Cuando oyó al alcalde, Montoya decidió salir corriendo de su casa para avisarles a los vecinos y amigos. Al regresar, sus padres ya no estaban. Huyo a una parte alta y nunca más volvió a ver su familia. Encontró el cuerpo de su papá dos años y medio después, a 3 kilómetros de Cambao, uno de los pueblos alcanzados por el lahar. De su madre nunca volvió a saber nada.

38.

Este testimonio de Montoya Uribe es citado del libro *Armero treinta años de ausencia lecciones aprendidas*, de Carmen Inés Cruz Betancourt y Francisco Parra Sandoval. Editado en 2015 por la Universidad de Ibagué. Página 44.

«Los continuos flujos de lodo me arrastraban y yo no podía hacer nada, ni siquiera el intento de nadar, pues eran muy densos y viscosos; simplemente yo iba en el lodo, me dejaba arrastrar completamente impotente»: el recuerdo es de Jaime Vallejo Jaramillo. En 1985 era estudiante de geología. Llegó a Armero para una salida de campo y esa noche descansaba en uno de los hoteles del pueblo. El lodo lo sacó del cuarto a él y a sus compañeros. «Cuando la corriente me arrastraba, una señora se me prendió del tobillo derecho y me gritó: ‘Señor... ayúdeme, ayúdeme...’ y no alcanzó a decir más pues el lodo la arrastró y la hundió»³⁹.

39.

Cruz Betancourt y Parra Sandoval. 2015. Página 27.

40.

Según los reportes oficiales, los pueblos alcanzados por el barro fueron: Anzoátegui, Fresno, Falan, Herveo, Líbano, Casabianca, Murillo, Ambalema, Armero, Guayabal, Honda, Lérida, Mariquita, Villahermosa y Santa Isabel, en Tolima; Chinchiná, Palestina, Villamaría, Guarinocito, en Caldas; y Cambao, en Cundinamarca.

Cuando el barro llegó a Armero ya había afectado también una parte de Chinchiná, Caldas⁴⁰. Cerca de siete barrios ubicados en la ronda del río fueron arrasados por el barro: 2.000 individuos murieron. Ese pueblo cafetero fue el segundo más afectado, después de Armero. Y el número de víctimas allí en Caldas podría ser mayor, pues la erupción ocurrió en plena época de cosecha del grano y había miles de trabajadores de paso, provenientes de otras ciudades. En Armero tampoco fue posible calcular una cifra exacta de muertos: los datos más cautos hablan de 21.000 fallecidos. Cifras de voces autorizadas en 2004 hablan de entre 23.500 y 28.000; 4.470 heridos en Armero y 500 más en Chinchiná. El número total de afectados por el desastre se calcula en 200.000⁴¹.

41.

ERN, 2004, página 1-27.



Religiosos o voluntarios de las más diversas procedencias se sumaron a la tarea de ayudar a los sobrevivientes. El procedimiento urgente consistía en un poco de agua para lavar el lodo pegado al cuerpo de quienes acababan de volver de la inaudita pesadilla.

AFP • Píqiste

Eso era lo que veían Leopoldo Guevara y su compañero desde la avioneta: el escenario donde murieron más de 20.000 seres humanos. Pero Leopoldo Guevara está ahora en una cabina telefónica de Lérída, Tolima, para tratar de contar lo que vio. Tras la breve charla con el Presidente de la República, pidió a la operadora una llamada más. Contactó entonces al periodista Yamit Amat, de Caracol Radio, en Bogotá.

«Me preguntó que quién era yo. Le expliqué lo que había visto. Me dijo que era un irresponsable, que cómo iba a dar una noticia así; y se cortó la comunicación». Leopoldo Guevara insistió. Llamó entonces al general Guillermo Rodríguez Rodríguez, entonces comandante de la sexta brigada. «Le conté. Me dijo que estaba exagerando. Le dije: mi General, ojalá fuera mentira». Llamó a su hijo, que también se llama Leopoldo Guevara, «él vivía en ese entonces en Ibagué». Le dije que avisara que Armero había desaparecido. Leopoldo Guevara hijo llamó a Juan Gossaín, de RCN Radio. «Y tampoco le creyó».

Lo intentó de nuevo con Amat, quien al fin lo sacó al aire y Guevara se convirtió en la primera voz que les contó a los colombianos lo que había sucedido.

—¿Qué descripción podría hacer de lo que vio? —preguntó el periodista desde la estación de radio.

—Vea... Es decir... Eso quedó todo lodo... Borró casas, borró todo, todo, todo.

—Pero ¿usted podría hablar de cuántas personas muertas? —insistió Amat.

—Desapareció todo el mundo. Yo creo que ni un 5% estará con vida de lo que era Armero.

La forma de explicarlo era de una contundencia dolorosa: todo desapareció. Eran las 11:00 de la mañana cuando Betancur llegó a Armero y se encontró con Guevara. En ese momento ya habían iniciado las tareas de rescate. Centenares de sobrevivientes esperaban en las copas de los árboles, en los techos de sus casas o con medio cuerpo enterrado en el fango. Heridos y agonizantes se aferraban a un milagro. Los esfuerzos individuales de los socorristas empezaron a sumarse, pero a veces de manera descoordinada.

La dolorosa imagen que se repitió una y mil veces tras la tragedia de Armero, Tolima. Las personas son sacadas por socorristas del barro. Fueron en todo caso más quienes murieron arrastrados por el río oscuro que quienes vivieron para contarlo.

AFP • Joaquín Villegas





Walter Cote fue uno de los rescatistas que llegó a Armero ese jueves 14 de noviembre. Era el director de operaciones de la Cruz Roja⁴² y recuerda que en Colombia no existía un protocolo o un método para responder ante una tragedia de esa proporción. «Y en ese momento cada entidad trabajaba lo que podía como podía, sin tener comunicación estructural y funcional con nadie».

La Cruz Roja, la Defensa Civil, la Policía y las Fuerzas Militares asumieron la descomunal tarea de buscar sin pausa algún rastro de vida entre el mar de lodo. Algunos avanzaban hasta donde el barro lo permitía y con cuerdas jalaban de los heridos para ponerlos a salvo. Pero había zonas del pueblo convertidas en islas rodeadas de una sopa profunda y peligrosa. Por eso los rescates aéreos eran la única opción. El periodista Restrepo dice que en los dos primeros días hubo hasta treinta helicópteros en el cielo de Armero⁴³.

La vida que por momentos se sobrepone y resiste empezó a salir de entre el lodo todavía fresco. Las historias insólitas de los sobrevivientes colmaron las páginas de periódicos y los canales de televisión de todo el mundo. Los que corrieron a las partes altas, por entre la confusión los gritos y los carros descontrolados que intentaban huir. Los que volvían para contar que sólo se dejaron llevar por la marea del fin del mundo y así sobrevivieron. Y otros más que con pedazos de vidrio o espejo llamaban la atención de los pilotos y luego recibían la camilla o la manila desde el aire.

Jorge Parra, reportero gráfico del periódico *El Tiempo*, obturaba desde un helicóptero de la Fuerza Aérea y de pronto vio que el niño a quien intentaba enfocar, y que creyó un cadáver, se movía: estaba vivo. Tras el rescate todo fue alegría y llanto a bordo⁴⁴. Así transcurrían las horas posteriores.

El mundo en vilo seguía cada detalle. Al lado de los socorristas que acudieron primero también llegaron reporteros para cubrir la noticia. Para ellos también todo se salía de la proporción, de cualquier aprendizaje y experiencia previa. Existen varias horas de video en los archivos de las programadoras, y rotando en las redes sociales, que resultan la más clara evidencia del dolor: paramédicos, que con impotencia y desespero tratan de quitar las costras de lodo seco para que las víctimas puedan abrir los ojos. Dos hombres que jalan un

42.
Cote es al cierre de esta edición el director regional en América de la Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. La entrevista que concedió para este proyecto editorial es de abril de 2016.

43.
Restrepo, *Avalancha sobre Armero*. Página 68.

44.
Ibidem.

cadáver, quizá de algún familiar o amigo. Los muertos que empiezan a ser apilados en las esquinas. El camarógrafo y el reportero que se acercan a un hombre cubierto en lodo que acaba de llegar del apocalipsis y descansa sobre el *bumper* de un camión Dodge negro.

—¿Desde qué horas estaba usted metido ahí entre el barro? —pregunta el periodista.

—Aproximadamente como desde las 11:00 de la noche —responde el hombre, la cabeza abajo, el alma rota.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no nos cuenta?

Quizá, por algunos segundos, el hombre vuelve a estar atrapado en el río espeso. Quizá sus familiares, quizá sus amigos. Se lleva el antebrazo a la frente. Llora.

—¿Sintió usted alguna explosión? —insiste el reportero.

—No —Toma aire. Valiente. Sobreviviente—. Simplemente lo que pasó es que empezó a caer ceniza como a las 5:00 de la tarde; 5:30. Entonces, la emisora dijo que nos calmáramos y que no hiciéramos nada todavía. Y, bueno, pues todo el mundo le puso cuidado. Cuando de un momento a otro, faltaba por ahí un cuarto para las once, se vino... explotó el volcán y se vino todo... se desbordó el río con barro y todo... Y se llevó todo Armero.

Los presentadores de noticias improvisaban sobre lo que les mostraban los casetes grabados horas antes en Armero y enviados en avión a Bogotá. Germán Santamaría fue el enviado a la zona por el periódico *El Tiempo*. Como es un periodista de la región —nació en el Líbano, Tolima— y con frecuencia visitaba Armero, tenía una conexión profunda con el pueblo que acababa de desaparecer del mapa. Ahora debía recorrer el valle gris para escribir sus notas de prensa. «Yo crucé Armero. Vi sus montañas, sus crepúsculos, sus atardeceres, sus nubes»⁴⁵. Esa melancolía lo acompañó en su cubrimiento. En algún árbol caído, en cualquier montaña de escombros, en alguno de los bancos de arena, veía los lugares de su infancia y aquel pueblo vivo, caliente y parlero que ya no estaba.

45.
Entrevista con
Germán Santamaría
para esta publicación.
Abril de 2016.

Todo había desaparecido. Santamaría llegó a lo que quedaba del pueblo la mañana del miércoles, como uno más en los batallones de reporteros de todo el mundo. Y empezó a buscar historias; aunque lo atravesaba la lanza de la nostalgia. Dos días después, el viernes a las 3:00 de la tarde, tuvo un encuentro que cambió su vida. Fue a un montículo de escombros en el barrio Santander, donde otros periodistas y varios socorristas observaban atónitos. Los hombres en corro rodeaban un pequeño foso lleno de agua y casi sepultado por los pedazos de madera y tejas partidas. Allí, una pequeña cabeza, pelo negro y crespo, apenas sobresalía. Era una niña.

La historia de Omayra Sánchez, de trece años, es la metáfora más dolorosa que dejó esta tragedia. La hija de Aleida Garzón y Álvaro Enrique Sánchez estaba en su casa con su tía y su padre; dos días antes su mamá había viajado a Bogotá para renovar su carné de enfermera. Y de pronto llegó la tragedia. Todo fue confusión y escombros volando. Su familia quiso salir, pero el techo y los muros se les vinieron encima. Cuando el mundo se detuvo un poco, Omayra se encontró enterrada hasta la cintura. Atrapada. Así amaneció el jueves 14. Sola.

Ese día en la tarde el socorrista Jairo Enrique Guatavonza pasó enfrente de lo que era su casa y alcanzó a oír los gritos de auxilio. Vio que una pequeña mano se movía entre las placas apiladas y supo que allí estaba la niña. «Guatavonza comenzó a destrozar la plancha para atender el llamado y ni siquiera al anochecer pudo suspender su trabajo de picapedrero sobre la dura plataforma», narró el periodista Restrepo⁴⁶. Tras un trabajo arduo, al fin logró despejar un poco el área. Y la encontró. Sonriente, la niña milagro lo miraba desde abajo.

La noticia de que había una niña enterrada pidiendo ayuda se regó por toda la zona del desastre. Varios reporteros llegaron en busca de la historia⁴⁷. Santamaría encontró el lugar el viernes sobre las 3:00 de la tarde, cuando ya se disponía a regresar en helicóptero a Bogotá para cerrar las páginas de esa edición. Omayra lo recibió, igual que a todos, con sus frases redondas y su tono como si no pasara nada en el mundo. Hablaron un par de horas. «La niña cantó, me habló, me dijo cosas muy impresionantes». Luego Santamaría, tocado en el alma, corrió al helipuerto y voló a Bogotá. Se sentó en su máquina de escribir y contó lo que acababa de vivir. La crónica salió al día siguiente con el título «Por favor: ¡Hay que salvar a Omayra!».

46. Restrepo, *Avalancha sobre Armero*. Página 75.

47. El fotógrafo francés Frank Fournier, por ejemplo, logró una imagen de Omayra que luego fue premiada con el prestigioso World Press Photo, y es considerada una de las imágenes más impactantes del siglo xx.



La pequeña Omayra Sánchez durante su increíble lucha. Su lucidez y valentía la convirtieron en símbolo de la tragedia.
El Espectador • AFP • Jairo Higuera

El segundo párrafo iniciaba así: «La pequeña lleva ya dos días allí y mira asombrada a los socorristas y a los curiosos que la observan y dice: ‘Voy a perder el año, porque ayer y hoy fallé a la escuela’⁴⁸. Y en el cuarto párrafo, el cronista recordó la amena charla y ese tono de Omayra, su lucidez inverosímil y las frases imborrables: «Durante dos horas conversamos con Omayra Sánchez. Le dimos la mano. Le acariciamos la cabeza, hasta por un momento sonrió y a las 5:00 de la tarde de ayer nos dijo: ‘Váyanse a descansar un ratico y después vengán y me sacan de aquí’. Todos le dimos la mano y le dimos la espalda para que no nos viera llorar. Y nos fuimos llorando un puñado de periodistas, entre ellos varios norteamericanos que habían conocido la muerte en los arrozales de Vietnam»⁴⁹.

Todos los periodistas que conocieron a Omayra quedaron con una marca definitiva. Evaristo Canete, de la Televisión Española, y uno de los más avezados camarógrafos de televisión del mundo, estaba ese día en Armero. Lo que Santamaría contó en el texto, Canete lo pudo registrar en imágenes. El reportero llegó con la cámara encendida al lugar donde estaba la niña y comenzó por preguntarle cómo se llamaba. La niña le contestó y de inmediato lo sorprendió con un interrogante:

—¿En qué noticiero salen ustedes?

—Esto es para Televisión Española. Pero se pasa en todos los noticieros. Tú, ánimo que ya verás cómo te sacan enseguida —contestó Canete—.

—Ay, quiero decir unas palabras. ¿Puedo?

—Claro, dilas.

—Mamá: si me escuchas, yo creo que sí, reza para que yo pueda caminar y esta gente me ayude⁵⁰.

Y luego siguió hablándole a la cámara, soltando frases y sentencias atronadoras. Un duro reclamo: «Yo vivo porque tengo que vivir. Apenas tengo trece años... para morir... no es justo». Los socorristas trataban de atarla para jalarla del fondo, intentaban protegerla del agua descompuesta o acomodaban una llanta para que descansara. Ella no paraba de hablar. «Yo quiero que cuando salga me tomen con la cámara, ¡que salga yo triunfante!». Y luego se despidió de su madre,

48.
Germán Santamaría. *Por favor: ¡Hay que salvar a Omayra!*. Periódico *El Tiempo*, sábado 16 de noviembre de 1985.

49.
Ibidem.

50.
Grabación de la Televisión Española hecha por Evaristo Canete el viernes 15 de noviembre de 1985 en Armero, Tolima.

con un mensaje cariñoso y profundo, pero de frases entrecortadas por la presión en el pecho y el fango a ras de boca. El valor, el dolor y toda la tragedia en una sola imagen.

Omayra murió el domingo. Cuatro días después de la tragedia. Fue imposible derrotar la placa que la aprisionaba, al parecer, contra sus propios familiares. Por un momento pensaron en amputarle las piernas, pero se descartó porque las condiciones para la operación eran adversas y la infección sería inminente y fatal. La motobomba, que los socorristas piden con insistencia en la grabación de Canete, llegó cuando todavía vivía.

Fueron realmente dos máquinas las que llevaron para tratar de sacar el agua: una suministrada por un médico y otra que llevó *El Tiempo*, por orden del entonces jefe de redacción, Juan Manuel Santos Calderón, y por intermediación de Santamaría. «Le conté que necesitaban una motobomba», recuerda Santamaría. «Mientras yo escribía la historia como a la una de la madrugada, Juan Manuel hizo abrir un almacén en Paloquemao, tengo entendido, y sacaron la motobomba». La llevaron en el helicóptero a *El Tiempo*. Pero sacar el agua tampoco era viable. «Era como intentar secar el mar», dice el periodista, quien tuvo que escribir otra crónica, pero con el triste final de la historia.

Santamaría llegó a su casa a las 2:30 de la madrugada. «Tenía que quitarme la ropa antes de entrar a la casa porque estaba infectada de lodo y sangre, luego bañarme. No dormí nada contándoles a mi señora y mis hijas toda la historia. A las 5:30 de la mañana el helicóptero estaba frente a mi casa, aterrizó en el barrio. Y salimos con la motobomba para Armero. Llegamos a las 7:00 de la mañana porque también había mal tiempo. La niña murió a las 10:00 de la mañana. La labor de Juan Manuel Santos, después presidente de la República, fue haber conseguido de manera diligente la motobomba».

No poder salvar a Omayra fue, quizá, el golpe más fuerte en medio de una tragedia ya dolorosa y difícil de entender. Santamaría cree que sólo quienes estuvieron allí pueden entender lo que pasó. «No entenderlo, pero por lo menos comprenderlo. Y tal vez porque fue una tragedia donde había un gran caos y una gran incertidumbre. Un gran desorden».

La idea de la motobomba que se necesitaba fue algo así como una ilusión. «Tal vez con una especie de grúa para levantar la plancha gigantesca de la terraza de la casa que la tenía presionada de la cintura —recuerda Germán Santamaría—. Pero igualmente levantar la plancha que se encontraba debajo del agua era una labor muy compleja y llevar allí una grúa, una palanca, era difícil. Muy complejo. Y no existían los mecanismos, ni estaban al alcance, ni se habían implementado en Colombia técnicas más efectivas. No se pudo salvar porque no hubo los recursos. El tiempo y la vida son muy complejos: el tiempo muy veloz y la vida muy frágil».

En el texto de Santamaría sobre la muerte de Omayra, atravesado por el dolor y la rabia, cuenta que a pocos metros de donde murió Omayra, casi al mismo tiempo, nació una niña a la que llamaron Consuelo. Un poco de vida en medio de tanta muerte, aunque fue una esperanza pasajera porque la pequeña murió días después. Otra historia de dolor, con menos lentes y flashes, y otro niño como protagonista.

Porque los niños de Armero fueron el centro de la atención por diversas causas. En muchos casos el lodo desapareció a los padres, pero no a los hijos. En otros, el barro separó a la familia: unos y otros muy cerca, en una ciudad o pueblo vecino; pero muy lejos, en medio del caos y la confusión. Para los extraviados inició el suplicio de una larga búsqueda que concluyó —a veces— semanas después. Pero hubo quienes tuvieron menos suerte y jamás encontraron a sus hijos. La búsqueda se prolongó por décadas y aún hoy sigue.

La investigación que hizo la Universidad del Tolima recoge el testimonio de una de esas madres: la mujer lleva más de treinta años buscando a su hijo. Se llama Claudia Marcela Ramírez Villamizar y tiene la certeza de que sus padres y su esposo murieron sepultados por el lodo. Pero asegura que su hijo, Andrés Felipe Cubides Ramírez, está vivo. Sustenta su idea en uno de los videos que grabaron los periodistas el día de la tragedia. Andrés Felipe, según su madre, aparece en la grabación: el torso desnudo, el pelo negro revuelto, y está tomando lo que puede ser agua en un vaso blanco. «El niño sale sano de la tragedia»⁵¹, asegura su madre.

51.
Cruz Betancourt y Parra
Sandoval. 2015. Página 38.

Fotografía del 5 de noviembre de 2015. Cada día hay alguien que visita la tumba simbólica de la niña Omayra Sánchez. En el camposanto de lo que un día fue Armero surgió la leyenda de que la pequeña Omayra hace milagros. En el año 2010 un sacerdote le envió al Vaticano una comunicación dando testimonio de las supuestas intercesiones divinas de la niña.

EFE • Mauricio Dueñas Castañeda



Algunos dicen que Omayra hace milagros y en agradecimiento le ponen placas con leyendas o llevan juguetes al lugar.

UNGRD • Archivo oficina de prensa



Otro detalle del sitio donde fue hallada Omayra Sánchez y que hoy es una tumba simbólica, y lugar de peregrinación. Sus devotos improvisan altares con imágenes religiosas.

AFP • Luis Acosta



Francisco González, un armerita que perdió a su padre y su hermano, lleva más de cinco años investigando ese tipo de casos: los niños posiblemente desaparecidos tras la tragedia de Armero. A través de su Fundación, llamada Armando Armero, ha logrado contactar, en varios países del mundo, a 20 jóvenes, niños en el momento de la tragedia, que hoy buscan a su familia biológica. González también ha recibido el testimonio de al menos 300 familias que aseguran haber perdido contacto con un menor de edad tras la tragedia.

Los protocolos para atender la tragedia no existían, y mucho menos se sabía cuál era el procedimiento en casos de niños sobrevivientes y huérfanos. González impulsa la creación de ese protocolo y reencontros de padres e hijos separados. Cree que los niños se perdieron de sus padres de muchas maneras distintas: problemas con los registros de información, familias caritativas que los acogieron de buena fe y hasta posibles intervenciones premeditadas de bandas de trata de personas, que habrían merodeado la zona de la tragedia⁵².

Lo cierto es que tras la tragedia son miles las familias que no supieron con exactitud qué ocurrió con sus seres queridos. Es el caso de muertos, por ejemplo, que sin mayores protocolos de identificación fueron llevados a fosas de los cementerios, supuestamente para evitar problemas sanitarios. Y también están los miles de enterrados en el propio pueblo, cuyo registro fue imposible llevar. Menos de un año después de aquella noche terrible, el primer día de julio de 1986, el papa Juan Pablo II visitó Armero, oró arrodillado en una cruz instalada donde quedaba la iglesia y declaró camposanto la zona de la tragedia.

Pero el duelo de las víctimas siguió como una herida abierta. Y algo similar ocurrió con el debate posterior, pues aún hoy el caso Armero es analizado en todo el mundo por expertos en gestión del riesgo de desastres. La tesis más recurrente es que fue una tragedia anunciada. Por ejemplo, los consultores de Evaluación de Riesgos Naturales (ERN) resumieron todos los indicios que existían, antes de la tragedia, en una nota al pie de página de su informe, donde se lee la siguiente cronología:

En octubre de 1984 los sismógrafos comenzaron a mostrar signos de que el volcán se estaba ‘despertando’. El 22 de ese mes se registró un sismo de magnitud 4 y el cráter Arenas creció, generando un gran penacho de humo visible desde

52. Entrevista con Francisco González para esta publicación. Abril de 2016.

lejos; cayeron lluvias de cenizas en Chinchiná y Manizales; un lahar de poco volumen interrumpió la ruta de Manizales a Murillo. En septiembre de 1985, casi un año después, se terminó el mapa de riesgos sísmico-volcánico (realmente un mapa de amenaza), elaborado por Ingeominas y otras entidades nacionales e internacionales⁵³.

53.
ERN, 2004. Nota al pie de la página 1-25.

54.
ERN 2004, página 1-26.

55.
Restrepo, *Avalancha sobre Armero*.
Página 18.

56.
Restrepo, *Avalancha sobre Armero*,
lo explica así en la página 17:
«El gobernador de Caldas decidió
entonces que, a falta de elementos
confiables en el país, había que
apelar al exterior, y escribió a la
embajada de Suiza en solicitud
de ayuda. Para su sorpresa, diez
días después tenía en Manizales a
John Tomblin, alto comisionado de
la Organización de las Naciones
Unidas para la Investigación y
Prevención de Desastres (UNDRP);
al sismólogo suizo Deiter Mayer
y al geólogo francés Jean Jacques
Wagner (...)».

57.
Restrepo, *Avalancha sobre Armero*.
Página 20, en donde cita, entre
otros, el artículo *La burocracia,
casi peor que el volcán*, *El Tiempo*
20 de diciembre de 1985.

Luego el análisis dice específicamente que la vulnerabilidad era de carácter político e institucional. Eso «impidió que las claras advertencias de muchos científicos nacionales e internacionales sobre la inminencia de un evento como el que finalmente tuvo lugar, fueran tenidas en cuenta y convertidas en decisiones que hubieran podido evitar, sino el desastre, por lo menos el número tan abrumador de pérdidas humanas»⁵⁴.

El periodista Javier Darío Restrepo también se ocupó del tema de la vulnerabilidad de Armero en su investigación. Logró un revelador recorrido por entre indicios y alertas que increíblemente nadie atendió. Dice, por ejemplo, que sobre la actividad del Ruiz hubo advertencias de institutos o expertos de Islandia, Ecuador, Costa Rica y México⁵⁵. El comportamiento del volcán, y la certeza de los científicos que calificaban la situación de «muy probable erupción», se convirtió en un tema en los círculos especializados del mundo. Por ello, meses antes de la erupción estuvieron en Manizales tres autoridades mundiales de la prevención de desastres que confirmaron el riesgo de erupción⁵⁶. «Desgraciadamente, tales informes se mantuvieron casi en secreto, en manos de unos cuantos especialistas, por el temor a crear pánico», escribió Restrepo en la página 17 de su libro.

Restrepo dedica un capítulo completo al tema y recopila lo que otros trabajos periodísticos pusieron en evidencia sobre la inexplicable imprevisión. Cita, por ejemplo, los informes de la Unidad Investigativa de *El Tiempo*, encabezada por Daniel Samper Pizano, cuyo contenido denuncia la existencia de una carta de la ONU, enviada tras las alertas de los científicos del mundo, con el ofrecimiento de ayuda científica a Colombia. El mensaje estuvo dos meses, de escritorio en escritorio, «sin que ningún funcionario notara que era un asunto de vida o muerte»⁵⁷.

La destrucción en Armero fue total. Pero esta panorámica muestra, una de las zonas con árboles que resistieron el embate. Cientos se salvaron al subir a la copa y esperar el fatal desenlace. Esta imagen corresponde al 18 de noviembre: cinco días después del desastre.

STF • AFP





Diecinueve días antes de la tragedia, el tema de la vulnerabilidad de Armero fue debatido en el Congreso de la República. Los representantes Hernando Arango Monedero y Jaime Ramírez Rojas citaron a cuatro ministros —minas, gobierno, defensa y obras públicas— y en una sesión que quedó para la historia dijeron sin ambages lo que podía pasar tras una posible erupción del Ruiz. Arango Monedero hizo cálculos del peligroso volumen de agua que generaría un deshielo: «12.000 millones de metros cúbicos, o sea doce veces más que el mayor embalse que tienen todas las hidroeléctricas del país»⁵⁸. Ramírez Rojas fue aún más contundente: «La avalancha es inminente».

Armero y su tragedia se convirtieron en el detonante de historias en todos los tonos. Es conocida la de una supuesta predicción del desastre. El historiador Helio Fabio González, quien asegura que estudió juiciosamente varios textos antiguos que reseñaban erupciones del Ruiz, dice que encontró registros que daban cuenta de otros eventos en siglos pasados, en el mismo sitio donde para 1985 quedaba Armero. En concreto hablaba de un texto de 1595, cuando Fray Pedro Simón narró una situación trágica muy similar: una avalancha que baja de la montaña y causa estragos y muertes. Y lo relacionó con dos textos más, de 1845, que hablaban de una inundación por el río Lagunilla. Esos indicios le permitieron conjeturar que una posible nueva erupción del Ruiz podría ocurrir en noviembre de 1985.

Semanas antes de la tragedia, escribió un texto que título «s.o.s. por el norte del Tolima» y lo envió al periódico *El Tiempo*. Era evidente que ningún editor iba a suscribir esa teoría, que tampoco tenía un soporte técnico. Se trataba, en todo caso, de un hallazgo de carácter conjetural e histórico pero estaba lejos de ser una verdad científica. Lo paradójico es que las circunstancias le dieron la razón al historiador. Y el hecho de que el periódico no incluyera la historia quedó en los recuerdos de la tragedia. Después de la tragedia, cuando se comprobó que la conjetura resultó cierta, el propio periódico reveló la historia e incluyó el artículo de González en la edición del día 17 de noviembre.

En todo caso, y más allá de esta anécdota, los grandes esfuerzos de distintos funcionarios y científicos, que advirtieron de la actividad sísmica al menos desde un año antes, hacen que la de Armero sea una tragedia anunciada. Y hay más autores que se han ocupado de ese tema. Y también los tribunales, que ya se pronunciaron al

58.
Anales del Congreso.
Septiembre de 1985.

respecto. En un artículo de la revista *Semana* de noviembre de 2010, el escalador y profesor Carlos Mauricio Vega, quien estuvo en la cima del Ruiz meses antes de la erupción, recuerda que la tragedia ya es cosa juzgada. «[El Gobierno fue] absuelto en tres instancias en casi un millar de demandas que por 80.000 millones de pesos se levantaron en su contra. En 1991, lo absolvió el Tribunal Superior del Tolima; en 1994, el Consejo de Estado, y más recientemente, la Corte Suprema de Justicia. La sentencia de las tres instancias rezaba lo mismo: que los eventos de la naturaleza son imposibles de prevenir y de controlar y que no les cabe fallo en la responsabilidad a los funcionarios por estos hechos»⁵⁹.

Hay quienes piensan que las más de 22.000 vidas que quedaron allí entre el lodo no fueron en vano. Tras la tragedia, el Estado colombiano tuvo que reconocer que debía planear, organizar y sistematizar la forma en que se atienden las emergencias. Sobre todo se entendió que había que prevenir los hechos catastróficos, aprender a convivir con los ciclos de la naturaleza y analizar y anticiparse para evitar muertes. Aquella noche terrorífica de explosiones y muerte, el proceso nacional de la gestión del riesgo tuvo su momento más crítico. Y se necesitarían cuatro años más para que llegara a consolidarse en un sistema.

Pero las frases de Omayra, la valentía a toda prueba del alcalde Ramírez, los testimonios terribles de los sobrevivientes y cada uno de los hombres, mujeres y niños que murieron alcanzados por el barro y hasta el asombro pasmado del socorrista que aquella mañana sobrevoló Armero, quedarían en la memoria de Colombia para siempre.

59.

La profecía de Armero, de Carlos Mauricio Vega, publicado por la *Revista Semana* el 6 de noviembre de 2010. Se cita del archivo digital de la publicación.





YAMAHO A DRA
TONI





Una vivienda en pie treinta años después de la tragedia. Algunos de los restos del pueblo arrasado permanecen como calaveras gigantes y son visitados cada tanto tiempo por deudos, turistas y curiosos.

AFP • Luis Acosta

Página anterior.

Las ruinas de Armero quedaron enclavadas en la vía que de Mariquita conduce a la ciudad de Ibagué, en Tolima. Estructuras como el hospital permanecen como un muerto viviente. La nueva vía está a la altura de lo que era el antiguo segundo piso de la edificación.

AFP • Luis Acosta

El presidente Juan Manuel Santos les habla a los familiares de las víctimas y sobrevivientes de Armero que asistieron a la eucaristía por los veinticinco años de la tragedia.

Presidencia de la República de Colombia • Felipe Pinzón



Durante la conmemoración de los veinticinco años de la tragedia, el presidente Santos Calderón (d) fue acompañado por el periodista y escritor Germán Santamaría: juntos comparten la experiencia de haber vivido la tragedia de Armero desde el periodismo. También está con ellos Aleida Garzón, la mamá de Omayra Sánchez.

Presidencia de la República de Colombia • Felipe Pinzón



El presidente Juan Manuel Santos puso el primer ladrillo de la segunda etapa del Centro Memorial Omayra Sánchez de Armero Guayabal, como parte de la conmemoración de los treinta años de la tragedia. Lo acompañan Simón Gaviria, director de Planeación Nacional (i), Mauricio Cárdenas, ministro de Hacienda; y Tatiana Orozco, directora de Prosperidad Social.

Presidencia de la República de Colombia • Juan David Tena



Ante la cruz en el camposanto de Armero, el presidente Juan Manuel Santos y su esposa, María Clemencia Rodríguez, están en un momento de reflexión durante la ceremonia de conmemoración por los treinta años de la tragedia.

Presidencia de la República de Colombia • Juan David Tena







**«OMAYRA NOS GRITA
QUE NO SE PUEDE REPETIR»**

GERMÁN SANTAMARÍA

Obviamente me golpea hablar nuevamente del tema, pero siempre lo hago con respeto, cariño y afecto por la memoria de la gente fallecida. Yo creo que la historia no hay que repetirla, hay que asumirla para poder evolucionar y mejorar.

El maestro Germán Arciniegas, gran escritor colombiano, dijo que Pompeya hace dos mil años no había tenido un testigo de la tragedia: cayó el monte Vesubio sobre Pompeya y la cubrió; se encontraron, dos mil años después, los cadáveres petrificados, momificados, pero no hubo una voz, un testigo. Pero Armero tuvo la circunstancia de haber tenido un testigo, lo decía Germán Arciniegas, «un testigo para la historia, que fue Omayra». Y yo que estuve tan cerca de ella; de la historia, de su vida y de su muerte. Pienso que ella es la voz de la tragedia.

Porque en Armero fueron 20 o 25.000 muertos, nunca se sabrá con certeza, pero esos muertos en su expresión masiva son una masa muy dolorosa y muy grande, pero sin rostro. Tienen rostro para cada familiar, cada pariente es una tragedia. Pero la tragedia es muy difícil de asumirla de manera masiva. Y esta niña, con su cara, su voz, su valor, su identidad; con su fuerza y su dignidad, le puso el rostro humano individual a la tragedia y la dejó para la historia. Me impacta mucho, ahora después de treinta años, cómo la televisión española, portuguesa y francesa repetían permanentemente la voz y la imagen de ella. Y yo creo que esa imagen es la impronta, es una memoria histórica de Armero para recordarnos realmente el dolor y el sufrimiento de tanta gente.

Colombia es un país azotado por la muerte: la muerte política, la muerte natural, la muerte que produce la naturaleza cuando se desboca, cuando se desata. Es un país que ha tenido una gran intimidad con la muerte. Pero el pueblo colombiano —que según entiendo, creo y siento, es bueno, valiente y valeroso— se ha enfrentado a la muerte. La lección que le deja Omayra a Colombia, ante ese panorama tan grande de muerte, es la del triunfo de la vida sobre la muerte; el valor del colombiano sobre la muerte. Esta chica tan joven, de trece años, cómo enfrentó la muerte. Cómo estuvo hasta el final, con esperanza, dignidad; con ese valor inmenso. Yo creo que eso engrandece el sentido de la identidad del colombiano, del tolimese y de quien nació en Armero.

Germán Santamaría es un periodista, escritor y diplomático colombiano. Esta entrevista, en abril de 2016, la contestó desde su despacho de la Embajada de Colombia en Portugal. Tiene una destacada carrera como reportero y, entre otras, cubrió tres de las tragedias que aborda este libro: terremoto de Popayán (1983), tragedia de Armero (1985) y terremoto en el Eje Cafetero (1999). Una de sus crónicas más conocidas es *Por favor: ¡Hay que salvar a Omayra!* publicada en *El Tiempo* el sábado 16 de noviembre de 1985. El texto fue reproducido en periódicos de todo el mundo y fue una de las piezas periodísticas definitivas para que el mundo conociera el drama de la niña Omayra Sánchez Garzón. Su vínculo con Tolima y Armero es profundo, pues nació en ese departamento y muy cerca de la población arrasada por el lodo. En una de las respuestas para esta investigación ahondó sobre esa conexión.

A la izquierda.

La pequeña Omayra Sánchez durante su increíble lucha. Su lucidez y valentía la convirtieron en símbolo de la tragedia.

El Espectador • AFP • Jairo Higuera

La lección es esa: el valor. Pero igualmente la lección también es una señal de advertencia. No se puede asumir como algo positivo, sino que es una advertencia que nos recuerda desde la memoria, desde su voz, que eso pasó y que no se puede repetir, y que se deben tomar los correctivos para evitar en lo posible que esto se vuelva a suceder.

Creo que los seres humanos están relacionados con el entorno que los rodea, con la geografía, la atmósfera física que produce su contexto de vida. Y Armero es una entidad geográfica del norte de Tolima. Yo nací cerca a Armero, a media hora: en El Líbano, Tolima. Pasé miles de veces por Armero; de niño, cuando era joven, tomaba jugo de mamey, de guayaba... comía pollo frito en una tienda. Acompañaba a mi tía que iba muchas veces al odontólogo. También tenía otra tía que era enfermera del hospital.

Dicen que la patria de un ser humano se forma dentro de los 5 y los 11 años, porque es la patria mental, la patria de la memoria donde siente los olores, los sabores y los paisajes. Y yo crucé a Armero, vi sus montañas, sus crepúsculos, sus atardeceres, sus nubes; el calor de la llanura, sus planicies, los sembradíos de algodón; la ciudad con sus talleres de mecánica, sus almacenes de abarrotes, su plaza de mercado llena de gente; donde una vez vi pelear a dos hombres con cuchillo por una venganza y vi mujeres muy bonitas caminar con faldas muy cortas por el calor. También vi el tren que llegaba de La Dorada y Mariquita; se quedaba en Armero y seguía para Ambalema e Ibagué.

Cada mes yo viajaba en ese tren de Ibagué a Armero para ir a una finca de mi familia. Y ese tren que pitaba, ese tren que echaba humo, ese tren que llegaba y se alejaba de la estación, ese tren no solamente me quedó en la memoria a mí, sino a mucha gente. Esas son las figuras geográficas que son la impronta de la patria de uno de niño. Yo me imagino que los que nacieron allí y sobrevivieron a Armero perdieron eso: su familia, su casa, su entorno. Pero también perdieron su estación del tren, su calle, el mercado, la estación de Rápido Tolima. Una cosmografía; algo muy interior. Perderlo y luego desaparecer. Me parece un impacto de desarraigo y de dolor eterno en la gente. No sólo perder los seres humanos, sino perder hechos de los que fueron parte y que los formaron; perder su entorno natural, perder su patria de niños.





Omayra Sánchez. Reporteros de todo el mundo
acudieron al lugar donde la niña luchaba de mane-
ra ejemplar. El fango a ras de boca que la agobiaba
fue una de las constantes.

El Espectador



**«SI EXISTÍAN
INDICIOS SUFICIENTES»**

JAVIER DARÍO RESTREPO



Tanto en Armero como en el Eje Cafetero trabajé como reportero. Yo examinaba qué era lo que pasaba. Trataba de hacer análisis. En lo que se refiere a Armero me preocupaba mucho la actuación de los distintos medios de comunicación frente a la tragedia. Me preguntaba si era una acción motivada por el interés institucional o un interés económico; o si era una actuación motivada por el servicio al bien público. Luego encontré que predominaba el interés institucional y el interés económico.

Servir al bien público no era una tarea muy clara, entre otras cosas, por la constitución de la agenda: los periodistas nos movemos de acuerdo con una agenda que nos dice lo que tenemos que cubrir y desde qué ángulo. El ángulo siempre era el más vendedor de la noticia o el que favoreciera las relaciones públicas de la empresa para la que uno trabajaba. La mayoría se casaba con la escasez de medicinas y ayudas o intentaba localizar a la gente perdida.

Recuerdo que había grandes filas de gente frente a los aparatos de las cadenas radiales. Llevaban los nombres de los familiares que buscaban y los locutores iban difundiendo el mensaje. Esto se consideraba como una forma de congraciarse con toda la gente porque se estaban identificando con ellas. Además, los reporteros también ayudaban a la gente a encontrar un hospital o cama hospitalaria para llevar a los rescatados. Era ese tipo de cosas las que se hacían.

Pero había algo en el cubrimiento que estaba ausente. Hacía falta una consideración grande y general para ver todo el problema. Hacía falta buscarles soluciones a los problemas y comprometer a los oyentes con estas soluciones. En el libro [*Avalancha sobre Armero*, El Áncora Editores, 1986] hay muchos detalles que muestran que Armero era una tragedia anunciada. Volvamos a algunos detalles para tener claro qué tanto se sabía realmente.

Hay un episodio que a mí siempre me ha impresionado y siempre lo repito. El 7 de octubre de 1985, a las 11:00 de la mañana, los periodistas estábamos en el Instituto Geológico y Minero. Allí se encontraban los vulcanólogos y todos los expertos que tenían que ver con el examen científico del volcán Nevado del Ruiz. Uno de los voceros del Instituto nos leyó un comunicado en un lenguaje tan enrevesado y técnico que nos quedamos en vilo. Sin embargo, recibimos el boletín, después hicimos cualquier cosa para la emisión de la tarde.

Javier Darío Restrepo es una de las autoridades en ética periodística en América, fundador del consultorio de ética de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), y uno de los maestros de esa escuela, fundada por Gabriel García Márquez. Ha dedicado más de cincuenta años de su vida al periodismo, especialmente en prensa y televisión, y –como su relato lo indica– cubrió algunas de las tragedias más graves en Colombia. Es autor de una decena de libros periodísticos, tratados sobre ética periodística y de valiosos testimonios de su experiencia como reportero de guerra. Javier Darío Restrepo habló en entrevista para esta publicación, en abril de 2016, en la que además sus libros son fuente primordial de información.

A la izquierda.

El volcán Nevado del Ruiz en una postal de 1985, meses antes de la erupción y la tragedia. El despacho de las agencias de noticias de aquel 13 de noviembre incluyó esta foto, que muestra la montaña y su aspecto en ese tiempo.

AFP

Al día siguiente me puse a repasar los periódicos y el único que le dio importancia a ese boletín fue *El Espectador*, que en primera página se limitó a reproducir el jeroglífico de aquella información. Cuando pasó lo que pasó, y asumí la responsabilidad de escribir el libro, volví a leerlo. Y ahí sí vi que en ese boletín se describía exactamente lo que iba a suceder. Todo.

Luego, después de publicar el libro, recuerdo que hubo un congreso de científicos en Popayán y me invitaron para que explicara cuál había sido la participación de los periodistas en Armero. Esa fue la oportunidad para decirles a los científicos: «ustedes vieron lo que iba a suceder, pero no fueron capaces de traducirlo; nosotros recibimos sus boletines y no asumimos la responsabilidad suficiente para traducir eso al lenguaje común y advertir sobre lo que iba a suceder con el respaldo científico que ustedes nos daban».

Para futuras emergencias como estas yo creo que es indispensable y, además, un servicio público, que los científicos sean capaces de hablar el lenguaje común y corriente y que también los periodistas sepamos interpretar y explicar el lenguaje, para que todos puedan entender lo que dicen los expertos.

Eso es una muestra de que sí existían indicios suficientes. Hay unos boletines a los que le seguí la pista en el diario *La Patria*, de Manizales, en enero de 1985. Allí se comenzó a hablar de unas fumarolas que estaban ocurriendo en el volcán. El periódico lo publicó muy discretamente. Y luego me explicaron que lo habían hecho, por miedo a echar a perder las fiestas de Manizales.

Pero sin duda el indicio más elocuente lo daba la historia. Desde el siglo XVI, con la crónica de Fray Pedro Simón, y otros dos relatos posteriores. Y es que cuando uno las lee, pareciera que estos cronistas hubieran visto lo que sucedió el 13 de noviembre de 1985. En mi libro se habla de un hombre que leyó estas tres crónicas y escribió una carta al diario *El Tiempo*, explicando que, de acuerdo con todos esos relatos, sucedería una tragedia en noviembre. En *El Tiempo* les pareció tan extravagante que alguien se atreviera a predecir eso, que le colgaron la carta. Sólo después, cuando sucedieron las cosas, descubrieron la importancia de esta carta y ahí sí la publicaron. Ahí fue que se dieron cuenta —hablando en la jerga periodística— de que habían tenido la chiva del siglo y la habían archivado.

¿Cómo comportarse en esa difícil situación en la que los periodistas se ven entre el temor de ser alarmistas y el extremo de engeguercer a la gente y volverla inconsciente frente al peligro? Esa línea media entre esos dos extremos, porque hay que tener en cuenta los dos extremos, es muy difícil. Se requiere bastante sutileza para informar sin alarmar, y sin dejar en la inconsciencia.

He llegado a la conclusión de que en estas situaciones extremas se ve el grado de sensibilidad que uno tiene hacia el otro, por la reacción que hay ante peligros inminentes. El servicio al otro exige una dedicación integral, sin importar los horarios de los cargos burocráticos. Eso nos pasa también a los periodistas: con tal de mandar la información sensacional a tiempo, quedamos tranquilos. Y se echa de menos la investigación; el periodista debe investigar en beneficio de la comunidad, pues ésta tiene derecho a conocer bien las cosas y a saber cuáles son los peligros inminentes.

Creo que la enseñanza está todavía por aceptarse. Creo que hay mucho para que la prensa aprenda de lo que ocurrió el sábado siguiente a la tragedia, cuando la ministra de comunicaciones, Noemí Sanín, absolutamente asombrada por la información que le llegaba, alarmó a la gente y casi que ocasiona otra catástrofe por el tropel que se formó al saber que desde el Gobierno se informó que venía otra avalancha. Allí estuvo una de las grandes enseñanzas: el peligro que tienen las palabras, difundidas por los medios de comunicación, que pueden determinar situaciones de pánico colectivo. Las palabras también pueden determinar seguridad o llamamientos a la solidaridad. El manejo de la palabra por parte del Gobierno fue deficiente, al igual que el que tuvieron los medios de comunicación.

De igual forma hay una reflexión que tiene que ver con la organización para manejar auxilios. Eso fue un desastre. A partir de lo ocurrido, empezamos a pensar en qué consiste un auxilio. Era lamentable ver lo que la gente daba; las personas entregaban aquello que les sobraba. No había conciencia de que cuando uno ayuda debe entregar lo mejor que tiene. La gente ayudaba con lo que sacaba de la basura y eso, dentro de la conciencia colectiva, es un factor muy negativo. En ese momento nadie sabía cómo reaccionar, ni cómo prestarles ayuda a los más necesitados.





«SE IMPROVISÓ MUCHO»

HAROLD TRUJILLO BOCANEGRA

En ese momento me encontraba estudiando medicina en la ciudad de Cali. Recuerdo que a las 9:30 de la noche Hernán Castrillón Restrepo anunció por el noticiero *TV Hoy* que parecía que el volcán Nevado del Ruiz había hecho erupción. Estaba con mi hermana.

—Armero se va a desaparecer —le dije.

—No diga eso —me respondió un poco escéptica.

De todas formas alisté mi morral y traté de estar pendiente de las noticias para cuando se empezara a precisar la información. Al siguiente día, cuando iba para la universidad, escuché la transmisión de Yamid Amat y la alerta del sobrevuelo del piloto que advertía que Armero había desaparecido. Me sentí sumamente frustrado, decepcionado y sentía algo de culpa porque muchos sabíamos que eso iba a pasar.

Apenas escuché la noticia me bajé del bus y me fui para la Fuerza Área de Cali. Me le reporté al oficial de turno. Hablé con la Cruz Roja del Valle y sobre las 9:40 de la mañana me monté a un helicóptero con destino al lugar de la tragedia.

Recuerdo mucho ese momento. A esa hora todavía no había imágenes y todo lo que yo sabía lo había escuchado por radio. El relato del piloto había sido crudo y cuando lo vi con mis propios ojos lo primero que pensé era que ya no había mucho que hacer. Sentía muchas emociones desagradables y era una situación difícil de manejar. No era fácil dejar de sentir rabia.

Un año antes de que sucediera lo de Armero se había hecho un trabajo previo para sensibilizar y difundir alguna información que teníamos sobre lo que podría ocurrir. Este trabajo se hizo con la unidad municipal de la Cruz Roja en Armero. Era una unidad muy fuerte. Se instaló un sistema de monitoreo de alerta temprana que por supuesto tenía sus limitaciones por la tecnología de la época. Se montaron básicamente unos radios de VHF para difundir información de lo que pasaba con el cauce del río. Sabíamos también que era necesaria una evacuación. Pero se fue la luz. Y no se había previsto que los sistemas de comunicación pudieran tener permanencia a través de las fuentes alternas de energía.

El médico Harold Trujillo Bocanegra es el presidente de la Cruz Roja en Tolima. En 1985 era integrante del grupo de socorrismo y participó en las tareas de rescate y atención en Armero: estuvo entre el lodo buscando vestigios de vida y salvó, junto con sus compañeros del organismo humanitario, a cientos. Su testimonio de lo que vivió durante la tragedia es requerido cada vez que se habla de Armero, pues transmite con mucha exactitud lo que sentían quienes participaron en la difícil tarea humanitaria. Trujillo también estuvo presente en otras grandes tragedias de finales del siglo XX en Colombia: la avenida torrencial del Páez en Cauca, en 1994.

A la izquierda.

Un fragmento de lo que un día fue una calle de Armero, Tolima, con el aspecto que conserva treinta años después de la tragedia. La noche fatídica de aquel 13 de noviembre el inmenso lahar bajó por las calles y inundó las viviendas que, aunque quedaron en pie, no escaparon de la descomunal calamidad.

AFP • Luis Acosta

El helicóptero aterrizó en la zona más afectada y de inmediato empezamos a trabajar con lo que había para tratar de ayudar. Hacíamos puentes y solucionábamos pasos con tablas de madera, tejas y material de escombros. Todo esto para tratar de evacuar a la gente que estaba sobre la orilla del lodo y luego seguir con el rescate. Desde que aterrizamos fue una carrera contra el tiempo, porque en la noche todo era más difícil.

Pudimos rescatar algunos pero recuerdo perfectamente que muchos de los que gritaban pidiendo auxilio no se veían con facilidad. Había mucha desesperación y nosotros los que estábamos en terreno no contábamos con un sistema de comunicación aérea: no había comunicación permanente con los helicópteros; nos tocaba a señas cuando sobrevolaban cerca.

Al otro día, sobre las 9:00 de la mañana, empezamos a montar una estrategia formal de rescate helicoportado teniendo en cuenta las condiciones y los elementos que teníamos a disposición. Muchas veces nos valíamos de un vuelo estacionario de distancia muy corta para levantar a algunos de los lesionados. Otras veces nos dejaban a los voluntarios en los techos que quedaban y desde los bordes, con ayuda de algunas cuerdas, buscábamos la manera de llevar a cabo el rescate. La situación era tan extrema que algunas de las cuerdas se rompieron y muchos de los heridos que se habían logrado amarrar volvieron a caer. Eso lógicamente era desesperante para uno como rescatista. Pero lamentablemente las condiciones no eran las mejores.

No había coordinación, la inexperiencia era mucha. Pero también hay que decir que la magnitud del desastre era grandísima. Si hoy se presentara algo similar está claro que tenemos muchas más herramientas desde el punto de vista logístico y operativo. Sin duda el personal está más capacitado. Pero aún así ante la magnitud de un desastre como el de Armero siempre habrá temas que se salen de las manos y resulta muy difícil que no se cometan errores.

El Ejército tomó el mando del operativo de la atención de la emergencia con los conocimientos que tenía. Pero no estaba claro quiénes debían ir en los helicópteros y cuáles eran los itinerarios; quiénes operaban y quiénes no. Todo se hacía de forma muy espontánea. Recuerdo que luego llegaron helicópteros norteamericanos grandísimos y cuando se acercaban a los puntos donde se estaba trabajando

la turbulencia era tan potente que las carpas salían volando. Todos esos eran detalles de la logística que no se habían pensado y que claramente empeoraban la situación.

Se improvisó mucho también en la atención de los heridos. Se hicieron muchos traslados a Cali y a Bogotá pero realmente no había buenos canales de comunicación. Muchos de los traslados se hicieron sin identificación formal porque los pacientes estaban inconscientes. Todas las condiciones eran extremas, las jornadas eran extenuantes y no se tenían protocolos para el transporte.

Había muchas organizaciones intentando ayudar, algunas internacionales, pero por la falta de coordinación todo era muy complicado los primeros días. Sin embargo poco a poco construimos entre todos una dinámica y tratamos de tomar las riendas de la situación. Hubo muchos tropiezos pero también había mucha voluntad. No sólo por parte de los voluntarios sino de la misma comunidad. Muchos de los sobrevivientes contribuyeron como guías o canales de información, y gracias a ellos se desarrollaron estrategias para lidiar con los caminos que estaban llenos de lodo.

La primera enseñanza es que la historia no se puede olvidar ni ignorar. Tenemos que tener muy presentes los errores del pasado para no volver a cometerlos. No se puede olvidar que el volcán sigue ahí y que en cualquier momento puede volver a hacer erupción y dejar consecuencias graves para la región. Todavía hay poblaciones que están en riesgo, y por eso no se puede bajar la guardia.



La cúpula de la iglesia de San Lorenzo de Armero quedó varias manzanas más abajo del sitio donde originalmente estaba. Luego, durante la conmemoración de los treinta años, se instaló una foto que permite ver de manera contundente la dimensión de la tragedia.

AFP • Luis Acosta





Iglesia de San Lorenzo



Cajicá, Cundinamarca,
el 21 de mayo de 2011. AFP • Guillermo Legaria

Portada: El trágico panorama en la sabana de Bogotá por inundación
el 5 de mayo de 2011. AFP • Guillermo Legaria

COLOMBIA MENOS VULNERABLE es una amplia investigación periodística, basada en más de noventa entrevistas, y en una robusta consulta bibliográfica, que permite reconstruir la historia de la gestión del riesgo en el país. 4 tomos, 20 capítulos y un completo compendio fotográfico que resultan además un recorrido por los desastres con origen en la naturaleza de mayor impacto que ha enfrentado Colombia. De los primeros indicios tras la Guerra de los mil días, a la atención en el 9 de abril, cuando ocurrió El Bogotazo. De la tragedia de Armero, Tolima, a la de Mocoa, Putumayo. Una historia que planteó un reto imprescindible para toda sociedad: definir un Sistema de atención y prevención de desastres y —años después— crear una política de gestión del riesgo que hoy nos hace menos vulnerables.